

RAFAEL DELGADO, COSTUMBRISTA MEXICANO

POR

PAUL ALLEMAND, B. A.

MAESTRO EN ARTES DE LA UNIVERSIDAD DE TEXAS

PREFACIO

Al escoger la obra de Delgado como objeto de nuestro estudio, hemos sido impulsados por un movimiento de legítima curiosidad. El campo de la literatura española es hoy explorado en nuestro país con tesón admirable, y con siempre creciente simpatía para la tierra de los hidalgos. Recientemente este afán por conocer las cosas de España se ha extendido a sus antiguas colonias, y el estudio de las literaturas hispano-americanas forma ya parte del programa oficial en la casi totalidad de las universidades de los Estados Unidos. Al tomar dicho curso, oímos con sorpresa que México ocupa lugar eminente en el campo de la poesía y del drama, pero que está en sus comienzos en el de la novela. ¿Hay, o no hay en México novelistas dignos de este nombre? Esta fué la pregunta que surgió en nuestra mente al recorrer rápidamente el campo de la literatura mexicana. Con el deseo de contestar dicha pregunta, determinamos ahondar en el estudio de la obra de Don Rafael Delgado, que, según informes, era de lo mejor en el ramo de la novela.

Para este fin nos hemos valido de cuanto posee en sus ricos estantes la magnífica "Biblioteca García" de esta universidad, de la notable colección de periódicos y revistas que hay en la misma y de algunos informes manuscritos que nos han sido amablemente suministrados desde México, Orizaba

y Jalapa. A pesar de nuestro afán en conseguir informes, hemos tropezado con muchas dificultades debido a que una obra del novelista está ya agotada y no se puede conseguir; además varias otras han quedado hasta hoy inéditas sin que se sepa donde están los originales.

A pesar de esta escasez de material, hemos contado con lo suficiente para que nuestras pesquisas resultasen interesantes, debido sobre todo a la atractiva personalidad del autor y al no sospechado valor de su producción novelística. Para nuestra investigación hemos echado mano del método histórico en busca de material y del método crítico en la selección del mismo y del juicio que hemos dado sobre la obra del eminente novelista.

Séanos permitido, al terminar, expresar nuestra gratitud a quienes en algo o en mucho nos han ayudado en la preparación de este trabajo. Nuestras más sinceras gracias a la señorita profesora N. L. Weisinger que despertó en nosotros interés para las letras hispano-americanas, a los señores C. E. Castañeda, Julio Torri, C. C. Glascock y F. Stovall que leyeron esta obra y muy especialmente al señor profesor J. R. Spell por sus oportunos consejos y su crítica tan franca como provechosa.

I

VIDA DE RAFAEL DELGADO.

Nada más interesante para el hombre que el hombre mismo. Por más que muchos se inclinen a creer que no hay nada tan monótono como una biografía, estimo por el contrario, que el relato de la vida es de lo más fascinante. Y lo fuera mucho más todavía si tras los actos externos, los únicos que nos es dado observar, pudiéramos descubrir los móviles secretos, las luchas internas, los heroísmos eternamente ignorados, las epopeyas ignotas y ¡ay! los tropiezos inevitables que entran por mucho en toda existencia humana aún en la más gloriosa.

Exenta de acontecimientos notables, la vida de Rafael Delgado, es la de un hombre bueno, de un ciudadano de la república de las letras, como los ha habido y los hay muchos todavía en México. Supo escoger sus ideales, siempre elevados y nobles, y nunca se apartó de ellos ni en los momentos trágicos de su existencia. Muy poco se ha escrito acerca de su vida debido tal vez a que murió cuando su amada patria se hallaba desgarrada por cruenta guerra civil, y en vísperas del gran conflicto mundial. La única biografía del autor que tenemos, y, por cierto muy breve, la debemos a Francisco Sosa. Forma ésta el prólogo del volumen 42 de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*.⁽¹⁾ En el presente estudio biográfico servirá ésta como base hasta el año de 1902. Para los años posteriores hasta 1914, fecha de su

(1) Lleva por título este tomo *Obras de Rafael Delgado, Cuentos y Notas*, Tomo I.

muerte, nos valdremos de los distintos apuntes y notas que han aparecido después en diferentes artículos de revistas, periódicos y obras críticas.

Nació don Rafael Delgado el 20 de agosto de 1853, en la ciudad de Córdoba, Estado de Veracruz. Fué hijo del señor Don Pedro Pablo Delgado ⁽¹⁾ y de la señora Doña María de Jesús Sainz Herosa, ambos de distinguidas familias de la propia ciudad. Su abuelo materno era oriundo de Ranales, pueblo de las montañas de Santander, y el paterno procedía de San Andrés Chalchicomula, Estado de Puebla. Este último desempeñó puestos muy importantes en Córdoba. Fungía de Alcalde cuando Iturbide y O'Donohú se reunieron allí para tratar de la Independencia de México; y el señor Delgado, con otros individuos del Ayuntamiento cordobés, fué en una comisión que recibió al Libertador en Orizaba. ⁽²⁾

Un tío materno de Delgado hizo brillante carrera eclesiástica, llegando a ser Doctoral de la Colegiata de Guadalupe, Canónigo de la Catedral de Jalapa y Doctoral de la de Puebla. De él heredó Rafael una selecta y rica biblioteca de que había de servirse ampliamente. ⁽³⁾

Apenas contaba Rafael dos meses de vida cuando su padre, retirándose de la política que tantos sinsabores le había ocasionado, fué a radicarse en Orizaba. ⁽⁴⁾ En esta ciudad pasó nuestro biografiado la mayor parte de su vida, dedicándole más tarde las páginas más hermosas de sus amenas y vivas descripciones. Paisajista por excelencia, al tratar de Orizaba su pluma adquiere matices y tonalidades sin igual.

Fuó en Orizaba, pues, donde Delgado recibió su instrucción primaria; en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, establecimiento que gozaba entonces de merecida reputación bajo la dirección del pedagogo Don José María Ariza y Huerta. ⁽⁵⁾ En enero de 1865 cuando no contaba aún doce años fué llevado Rafael a la ciudad de México y puesto de interno en el Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe, donde sólo permaneció

(1) Sosa, Francisco, "Prólogo" en *Obras de Rafael Delgado, Biblioteca de Autores Mexicanos*, t. 42, p. vii. (En adelante abreviaremos *Biblioteca de Autores Mexicanos*, B. A. M.).

(2) *Ibid.*, p. viii.

(3) *Ibid.*, p. viii.

(4) *Ibid.*, p. ix.

(5) Tanto Iguiniz en su obra *Bibliografía de Novelistas Mexicanos* (que en adelante designaremos *Bibl. N. M.*) México, 1926, p. 94, como Carlos González Peña en su *Historia de la literatura mexicana*, México, 1928, p. 446, afirman que Delgado hizo sus estudios primarios en Córdoba, pero en un colegio del mismo nombre y bajo el mismo maestro señor Don José María Ariza y Huerta. En vista de tal contradicción con lo asentado por Francisco Sosa, acudimos al señor Ingeniero Enrique Zepeda, amigo nuestro, residente actualmente en Orizaba, pidiéndole se sirviese hacer investigaciones para esclarecer el caso. He aquí lo que nos ha contestado respecto a este punto:

"Por lo pronto le diré que el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, que fundó y dirigió por varios años el eminente escritor y polemista Padre Don José María Ariza y Huerta, de esta ciudad fué en ésta fundado y abrigó en su seno y educó a hombres eminentes como Don Rafael Delgado, el Doctor Gregorio Mendizábal, el ilustre jurisconsulto Don Silves.

poco más de un año; pues al siguiente, en 1866, sus padres le llamaron violentamente debido al sitio con que las fuerzas republicanas amenazaban a la capital.⁽¹⁾

Antes de salir de México le fué dado presenciar "el primer acto de una gran tragedia que acababa de principiar", según nos dice él mismo en su cuento autobiográfico, "La Misa de Madrugada."⁽²⁾ Le tocó ayudar a celebrar una misa a las cuatro de la mañana a la cual asistieron el Emperador y la Emperatriz en traje de viaje, pues debían salir luego, la desdichada Carlota para Veracruz y Europa y Maximiliano a campaña.⁽³⁾ Delgado, que había asistido poco antes a suntuosísimas fiestas en honor de estos dos soberanos no pudo menos de sentir profundamente el trágico contraste y nos dice:

"Meses antes, el mismo sitio vió a los monarcas en todo el esplendor de su alta dignidad. Una legión de cortesanos llenaba el templo. Diplomáticos, políticos, grandes damas, chambelanes, soldados de diversas naciones, ujieres, pajes y alabarderos rodeaban a los soberanos. El con el toisón al cuello. Ella ceñida la sien con la imperial corona. Entonces aclamaciones, músicas, vítores, entusiasmo, delirio, adoración . . . Ahora, silencio, indiferencia, soledad.

"La obscuridad del templo oprimía el corazón; algo lúgubre y fatal flotaba en las tinieblas."⁽⁴⁾

Pasa luego a la historia del rezo fervoroso de la Emperatriz entrecortado por sollozos y lágrimas como si tuviera fatal presentimiento de las desgracias que se cernían sobre su cabeza. Nos habla también de la historia de

tre Moreno Cora y fué de tan gran renombre en su tiempo, que decirse alumno de ese colegio significaba ya una distinción y seguridad de conocimientos y de refinadas maneras.

Dicenme que los padres de Rafael Delgado tuvieron que trasladarse a Córdoba pocos meses antes de que naciera su hijo y permanecieron allí meses después, trayendo acá a Rafael todavía tierno y no volvieron más a Córdoba. Por lo que no es exacto que nuestro escritor y maestro haya estudiado primaria ni secundaria allá, desde el momento que fué discípulo del Padre José María Ariza por muchos años. Este Padre Ariza fué casado primero y enviudó y quedó con hijos que todavía viven en esta ciudad. Poco después de haber enviudado se ordenó y fué entonces cuando fundó el colegio de Nuestra Señora de Guadalupe en la calle que se llamó de la Independencia en aquellos días, que cambió su nombre por el de Gorostiza después, y que hoy es conocida con la nomenclatura de Oriente 4."

(1) *Ibid.*, p. IX, también Iguíniz, *Bibl. N. M.*, p. 94.

(2) *Obras de Rafael Delgado*, B. A. M. XLII, pp. 226-228.

(3) El hecho debió de suceder el 8 de julio de 1866, día en que salió Carlota de México para Francia y Roma para tratar de hacer que Napoleón cumpliera sus promesas y no abandonase a Maximiliano cuyo poder ya se veía muy comprometido. Manuel Payno, *Historia de México*, (México 1881), p. 214, y Torres Quintero, *Historia Nacional*, (Madrid, 1904), p. 283, Guillermo Prieto, *Historia Patria*, (México, 1893).

(4) *Obras de Rafael Delgado*, B. A. M. XLII, pp. 234-235, y también Iguíniz, *Bibl. N. M.*, p. 94.

sus penas propias de la nostalgia terrible que ni le deja dormir, pues la vista de las colinas desoladas y tristes le traen siempre a la memoria su río 'Albano de aguas límpidas y sonoras, praderas enfloradas, montañas boscosas allá donde estaban los suyos.

Por estos años la familia de Delgado había venido a menos a consecuencia de las guerras civiles que por todas partes sembraban desolación y pobreza.

En mayo de 1868 ingresó Rafael al Colegio Nacional de Orizaba que estaba a la sazón bajo la Dirección del Lic. D. Silvestre Moreno Cora. En dicho colegio cursó su preparatoria, teniendo por maestro al ya citado señor Moreno Cora, al hermano de éste, D. Aniceto, y al Sr. Lic. D. José de Jesús Jiménez. ⁽¹⁾

El joven fué aprovechadísimo en sus estudios; de discípulo pasó a ser maestro en el mismo plantel en que recibió su instrucción preparatoria. Sabemos por el mismo Sr. Moreno Cora que desde 1875 a 1893 ⁽²⁾ desempeñó por dieciocho años las cátedras de Geografía, Historia Universal e Historia especial de México, siendo el que introdujo el estudio de la Geografía histórica. ⁽³⁾

En su misión de maestro logró sacar alumnos muy aprovechados y demostró siempre un celo y una abnegación dignos del mayor encomio. Veía en el magisterio un sacerdocio, que siempre desempeñó noble y desinteresadamente sin que sus servicios, a veces abrumadores, ni la cortedad e irregularidad del sueldo le apartasen del cumplimiento de sus deberes como profesor. Sin embargo, como los emolumentos que recibía por desempeñar sus cátedras no eran suficientes para hacer frente a las obligaciones y necesidades que la vida moderna tiene, se vió precisado a prestar sus servicios al propio tiempo, en varios establecimientos de instrucción primaria. ⁽⁴⁾

Sus muchas ocupaciones no le hicieron olvidar los estudios literarios a que desde niño se inclinaba con verdadero amor. Dicha inclinación fué fomentada por sus cariñosos padres que vieron en ella un medio de librar al joven de los peligros propios de su edad. Su padre, sin ser afecto a las letras, gustaba de la lectura, y tenía buena biblioteca en la que figuraban las obras nuevas o recientes en número limitado. Había en la familia de Delgado la costumbre de leer por las noches, y Rafael era el lector. Por este medio, muy pronto llegó a conocer toda la literatura mexicana, y en particular a los au-

(1) Ibid., p. x, y también Iguíniz, *Bibl. N. M.*, p. 94.

(2) Iguíniz, en su *Bibl. N. M.*, p. 95, repitiendo un erratum del tomo 42, B. A. M., dice "desde 1895" en vez de 1875.

(3) "Con el nombre de *Lecciones de Geografía Histórica* llama Delgado a unos apuntes sobre este asunto que como sus *Lecciones de Literatura* sirvieron de texto en las escuelas superiores y que contienen una síntesis muy bien lograda de los conocimientos necesarios para llenar los programas de la materia." Rafael C. Peredo F. *Breve Nota Bibliográfica sobre el Maestro Delgado en la Prensa*, de Orizaba, 14 de mayo de 1927.

(4) *Obras de Rafael Delgado*, B. A. M. XLII, p. xi.

tores costumbristas, que fueron siempre los predilectos de su padre y que tanto influyeron después en la manera de novelar del joven, según él mismo lo confiesa más tarde.

A sus estudios literarios unió el de la apología católica, pudiéndose decir que fué este estudio como un complemento voluntario a la esmerada educación cristiana que recibió de sus padres. A esto se debe sin duda su soberano respeto hacia todo lo que se refiere a religión, que es patente en todas y cada una de sus obras.

Como su maestro, el señor Silvestre Moreno Cora, Delgado tuvo siempre gran afición por la lengua y la literatura francesa que conocía a fondo como lo demuestran las múltiples citas de autores galos que encontramos en sus novelas y cuentos y más aún en sus *Lecciones de Literatura*.⁽¹⁾

Las preferencias literarias de Delgado le llevaron a cultivar la literatura dramática. A ella dedicó muchas horas de estudio, consagrándose en particular al estudio del teatro griego, latino, francés e italiano en las obras originales.⁽²⁾ También le eran conocidos los dramaturgos alemanes, así como Shakespeare, que estudió en traducciones. Desde joven se ensayó Delgado en la producción de obras dramáticas, y en 1878, a la edad de 25 años, dió al teatro dos obras: *La Caja de Dulces*, drama en tres actos en prosa, y *Una Taza de Té*, proverbio en un acto en verso. Al año siguiente publicó una traducción del delicioso proverbio de Octavio Feuillet *El Caso de Conciencia*, y luego el monólogo *Antes de la Boda*.⁽³⁾ Muchas horas dedicó también al estudio de los críticos e historiadores literarios como lo demuestran sus frecuentes alusiones a "L'Art Poétique" de Boileau y a la obra de Menéndez y Pelayo "Las Ideas Estéticas en España."

El año de 1881 vió la fundación de la sociedad "Sánchez Oropeza" llevada a cabo por iniciativa del señor Moreno Cora. En la sección literaria de esta sociedad trabajó Delgado con empeño por espacio de seis años. Tomó parte en casi todas las veladas literarias que se celebraban mensualmente. Se han conservado algunas de las composiciones que leyó entonces, siendo una de las más notables "El Amor a los Libros."⁽⁴⁾

En dicha conversación literaria, como él la llama, dedicada a su ilustre maestro, el señor Moreno Cora, Delgado nos da como el génesis del libro trazando brevísimamente su historia hasta nuestros días.

El amor de nuestro biografiado para los libros reviste casi el carácter de un culto. Al penetrar en una biblioteca le parece que penetra en un san-

(1) Delgado Rafael, *Lecciones de Literatura.—Estilo y Composición*, Jalapa, Imprenta del Gobierno del Estado, 1904.

(2) Sosa, Francisco, *Biografía de Delgado*, p. XI en B. A. M. XIII.

(3) *Ibid.*, p. XII.

(4) Francisco Sosa, p. XIII, llama dicho trabajo "El Amor al libro", pero el título verdadero según copia del mismo en la Universidad de Texas, G868.73, D373c es *El Amor a los Libros*. Delgado, Rafael, *Conversaciones Literarias* leídas en la Sociedad "Sánchez Oropeza." *El Amor a los libros*, Orizaba, Imprenta del Hospicio, 1886.

tuario. "Allí están", dice, "la ciencia de Dios y el saber de los hombres, el pensamiento y el corazón de los siglos, la actividad humana en su gloriosa lucha por la verdad." (1)

Entre los libros que Delgado cree que deben formar parte de toda biblioteca nombra algunos autores por los cuales tiene preferencia como los españoles del siglo de oro, cuyas donosas rimas producen eco sublime en nuestra alma, Garcilaso, Andrada, Fray Luis de León, Calderón, Alarcón, y Mendoza, y Quevedo a quien llama cruel y sangriento, profundo y humano. Habla también de las dulcísimas estancias de Lamartine, "cadenciosas y arrulladoras como el leve vaivén de la barquilla en el dormido lago," del arranque atrevido y romántico de Víctor Hugo, del pareado ardiente de Musset y del himno desolador de Byron. (2)

A continuación, menciona ciertas obras que tan sólo quiero nombrar para que el lector tenga idea más segura de las lecturas y del gusto y preferencias literarias del autor. Habla de Dean Swift y menciona a Robinson Crusoe, a Pablo y Virginiu, a Edmundo de la Casa Morrel, a Rafael, a Werther, a Grasielle

"candorosa y sencilla, tan bella como esa dulce y delicada María, florecilla fragante de las selvas vírgenes de América, que pasó por el mundo para amar y ser amada y morir como las rosas en las primeras horas de un hermoso día."

Al oírle no puede uno menos de pensar en esta otra María mexicana, Angelina, heroína de una hermosa novela suya que también parece dotada de perfume virginal y es representativa de la idiosincracia femenil de su país.

Como conclusión, recomienda Delgado la formación de una biblioteca al alcance de todas las fortunas compuesta solamente de cuatro libros: *La Santa Biblia*, el libro de Dios, la *Imitación de Cristo*, el libro de la virtud, *La Historia Patria*, y un libro para regocijo grato y esparcimiento del espíritu, el libro del genio español: *Don Quijote de la Mancha*. Termina dándonos, como él dice, una florecilla pálida y seca cogida en pradera lejana y guardada en el fondo de su memoria:

"Seigneur! preservez-moi; preservez ceux que j'aime,
Frères, parents, amis, et mes ennemis même
Dans le mal triomphants,
De jamais voir Seigneur! l'éte sans fleurs vermeilles,
La cage sans oiseaux, la ruche sans abeilles,
La maison sans enfants!"

y se permite agregar "y de una vejez sin libros." (3) Hemos querido dar aquí el resumen de esta conversación literaria porque más que otra ninguna nos ayuda a discernir su gusto, sus preferencias personales y criterio estético.

(1) Delgado, Rafael, *El Amor a los libros*, p. 14.

(2) *Ibid.*, p. 15.

(3) *Ibid.*, p. 16.

co. Patentes están también en ella su sensible corazón, su espíritu religioso, la tendencia romántica, acendrado patriotismo y dulce melancolía. Otras conversaciones literarias suyas que denotan profundo conocimiento y gran amor a la literatura son *La poesía como elemento civilizador* y otras tres dedicadas al estudio de otros tantos poetas líricos: Leopardi, Núñez de Arce y Bécquer.

La poesía lírica fué siempre objeto de la predilección de Delgado y la cultivó con éxito, como en su lugar diremos. Líricos fueron casi todos los versos que escribió principalmente entre los 16 y los 30 años, siendo los más bellos aquellos que dedica a la descripción de su amado terruño. Una de sus mejores poesías es una oda, *Te Deum Laudamus*.⁽¹⁾ La última composición que de él tenemos es una oda a la raza latina escrita en 1910 en honor del centenario de la proclamación de la Independencia de México. En años posteriores siguió Delgado publicando poesías y cuentos o notas, como él los llama, que aparecieron en revistas literarias y periódicos de la capital. Estos cuentos, a petición de sus amigos y admiradores, los coleccionó Delgado, más tarde y publicó en un tomo que constituye el tomo 42 de la *Biblioteca de Autores Mexicanos*. Entretanto habían aparecido ya dos de sus novelas largas *La Calandria*, que vió la luz en la Revista de Letras y Ciencias en 1890, y *Angelina*, publicada por primera vez en 1893. A estas dos novelas habían de seguir *Los Parientes Ricos* que fué publicada en 1901 e *Historia vulgar* en 1904.

Rafael Delgado colaboró por varios años en la sección literaria de *El Tiempo* y *El País* y además fué uno de los redactores de la *Revista Moderna*, que según el profesor don Julio Torri es de lo mejor que ha habido en México.

Hemos visto ya que fué muy variada la obra literaria de nuestro biografiado; sin embargo no hemos nombrado aún todas las actividades del insigne maestro. En la carta del Sr. Ing. Enrique Zepeda arriba mencionada nos dice:

“Cuéntanme quienes trataron a D. Rafael Delgado, que además de ilustre poeta, dramaturgo, novelista, orador y maestro, fué notable naturalista, muy dado a estudios de botánica y zoología y nada vulgar cocinero. Era motivo de orgullo para él, cuando se reunía con sus amigos y discípulos preparar personalmente la comida con que los obsequiaba, la que resultaba muy apetitosa y suculenta, por lo rica y diestramente condimentada.”

Por estos años nuestro autor había dejado momentáneamente a su querida Pluviosilla para hacerse cargo de la cátedra de literatura en el Colegio Preparatorio de Jalapa. Publicó allí en 1904 sus *Lecciones de Literatura*, libro

(1) Dicha oda, firmada en Orizaba, diciembre de 1889, está publicada en *Corona Literaria*, ofrecida al Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, en su jubileo sacerdotal, México, 1889, pp. 123-127.

dedicado a sus alumnos del colegio de Preparatoria en los años 1901, 1902, 1903, y 1904.⁽¹⁾

Después de 1904 nada oímos de Delgado. Parece que ciertas críticas que acogieron su publicación de *Los Parientes Ricos*, sátira de costumbres de la clase alta mexicana, agobiaron su corazón, y desde entonces detuvo su actividad la pluma del insigne mentor de la juventud veracruzana. Se volvió misántropo, se encerró entre el florido cerco de su casa de Jalapa, rodeado de libros.⁽²⁾

Nos dice Federico Gamboa en un artículo escrito el 28 de mayo de 1914, ocho días después de la muerte de nuestro biografiado y publicado en *Revista de Revistas*:

"En diciembre de 1912, Pepe López Portillo y Rojas, Gobernador a la sazón del Estado de Jalisco y muy amigo de Rafael, se lo llevó consigo de Director General de Instrucción Pública, con el doble propósito de que tal dirección parara en buenas manos y que Rafael galvanizara con su prestigio la moribunda actividad intelectual de la provincia, antaño famosa por lo intensivo de esa propia actividad. Pero ocurrió lo que se era de prever: que pronto Rafael Delgado, en mayo de 1913, enfermó de la morriña que siempre le acometía lejos de su Pluviosilla, único lugar en que gustase devanar el hilo de su vida, y a ella tornóse para nunca jamás abandonarla."⁽³⁾

En este mismo artículo nos da cuenta el esclarecido escritor de su última entrevista con el gran novelista orizabeño.

"A mi regreso de Europa en agosto del año pasado (1913) que me detuve en Orizaba unas cuantas horas, proporcionáronme el gusto de su presencia y de su charla Rafael Delgado y Paco López Carvajal, y pude darme cuenta (con cuantísima pena por cierto! de que el espíritu de Rafael andaba muy decaído y declinante. A mi pregunta afectuosamente interesada, de que qué escribía; con tal desaliento y desgana respondiome que nada, y comprendí que el escritor insigne, latente dentro del cuerpo, ya algo encorvado del amigo, hacía tiempo que se nos había muerto. . . ."

Poco después de esta entrevista con Gamboa, Rafael Delgado cayó enfermo, y el 20 de mayo de 1914 pasó a mejor vida. Pluviosilla, la villa que ha inmortalizado, le hizo solemnísimas exequias. Su cuerpo fué llevado al salón de actos de la Preparatoria, convertido para tal circunstancia en capilla ardiente. Más de cien coronas adornaron su ataúd y alumnos de todas las escuelas le acompañaron en su último viaje.⁽⁴⁾

(1) Delgado, Rafael, *Lecciones de Literatura, Estilo y Composición*, Imprenta del Gobierno del Estado, Jalapa, 1904.

(2) "El Cronista de Hogaño," Los Novelistas Mexicanos, Rafael Delgado, en *Revista de Revistas*, mayo 30 de 1914.

(3) Gamboa, Federico, "Rafael Delgado" *Revista de Revistas*, junio 7 de 1914.

(4) *El Imparcial*, 22 de mayo de 1914.

Aunque, como lo dice Federico Gamboa, la muerte de Delgado no ha repercutido todo lo que debiera en la Patria porque, modesto hasta en esto, acertó a morir cuando la Patria sentía en peligro su magna existencia augusta. (1) La noticia de su fallecimiento fué recibida con duelo por todos los amantes de las letras y por cuantos conocían al amable escritor.

Al día siguiente de su muerte *El Imparcial* publicó en sus columnas la siguiente noticia necrológica, seguramente escrita por el poeta Salvador Díaz Mirón, que a la sazón dirigía ese periódico:

"México está en días de infortunio. Un insigne escritor y un excelente pedagogo falleció ayer en Orizaba: Don Rafael Delgado. El cual produjo las novelas superiores que conocemos en la literatura nacional.

"El alto varón murió en la fuerza de la edad, consumido por su genio como un cirio por su llama.

"La tristísima noticia nos tiene conmovidos de tal modo que la aflicción nos impide consagrar desde luego al eminente poeta veracruzano un artículo que ponga de manifiesto la grandeza de la pérdida que el país acaba de sufrir.

"El autor de *La Calandria*, *Angelina*, y *Los Parientes Ricos*, entregó a Dios un espíritu immaculado, sabio, y clarísimo. Debe de haber en el cielo un ángel más." (2)

El indiscutible valor de Delgado le mereció ser escogido miembro correspondiente de la Real Academia Española e individuo de número de la Mexicana.

Delgado fué siempre modesto y poco afecto a producirse en público. A pesar de esto, sus dotes singulares le granjearon la estimación de sus conciudadanos y "fué varias veces regidor del Ayuntamiento de Orizaba secretario del mismo honorable cuerpo, y de la Jefatura Política de la propia ciudad, mostrando en el desempeño de dichos cargos celoso afán por el progreso y el bien común, dedicación al cumplimiento de sus deberes; una honradez y una energía iguales a las que desplegara en el ejercicio de tales funciones el autor de sus días." (3)

Quienes lean esta breve biografía desearán conocer algo de las ideas políticas, religiosas y sociales de nuestro biografiado. Francisco Sosa nos ha dejado algunos apuntes que, con lo que ya hemos asentado, sirven para el caso.

Hijo de familia esencialmente católica, Delgado profesó siempre la religión heredada, fortalecida por sus estudios de la teología cristiana. Mas sus arraigadas creencias y su sincero convencimiento nunca fueron motivo para entrar en pugna con los que otras ideas profesaban. En su trato social respetó todas las creencias honradas, como quiso que fuesen respetadas las suyas.

(1) Gamboa, Federico, "Rafael Delgado", en *Revista de Revistas*, junio 7 de 1914.

(2) *El Imparcial*, 21 de mayo de 1914.

(3) Francisco Sosa, *ibid.*, p. xxxiv.

Su amor y cariño por los hijos del pueblo y de la clase media, son palpables en cada página de los libros que ha escrito. Quien no sintiera acendrado cariño por ellos nunca habría podido dejarnos los cuadros hermosos, por verdaderos, de sus cuentos y de sus novelas en que parece hasta tener demasiada indulgencia para quienes abusan de la inocencia y del amor. Quien lo dude no tiene más que leer *El Retrato del Niño*.⁽¹⁾ Otro tanto nos dice "El Cronista de Hogaño" (Don José de J. Núñez y Domínguez):

"Se decía que daba los últimos toques a otra novela sensacional: *La Huelga* en que describía los horrores del movimiento obrero de Río Blanco. Conocía desde niño a todos los que cayeron en la jornada, lo amaban, y su impresión fué profunda. Entre los fulgores de aquella hoguera más de una vez los brazos de Don Rafael se abrieron en un gesto de paz y de perdón."⁽²⁾

Las notas salientes en el carácter de Delgado eran sin duda su modestia de niño, su exquisita sensibilidad y su dulce melancolía.

Estos rasgos aparecen con luz meridiana en su novela autobiográfica *Angelina* y en sus cuentos *vividos* tales como: *Mi Única Mentira*⁽³⁾ en que Rafaelito, demostrando sentimentalidad mujeril, rehúsa dar muerte a un ratoncito porque le da lástima; *La Chachalaca*,⁽⁴⁾ escrita a los cuarenta años, narración de una niñería que Delgado dice recordar todos los días con remordimiento; *Amor de Niño*⁽⁵⁾ en que narra sus amores platónicos de niño por "Cordelia", un hermoso cuadro de la heroína de Lear; y *Bajo los Sauces*,⁽⁶⁾ fragmento de un diario, con una deliciosa descripción, en que el recuerdo de horas de juventud arranca de su alma lastimosa queja, pues como las golondrinas de Bécquer "no volverán."

Según Gamboa, la sensibilidad melancólica, el aislamiento, y el celibato de Delgado son responsables de la reducida producción del autor:

"Delgado padeció trascendental equivocación no doblegando la cerviz al yugo conyugal, tanto más cuánto que según leyenda romántica que anda en lenguas de Orizaba tuvo un idilio juvenil con esponsales y todo, y la elegida vió consumirse juventud y belleza en infructuosa espera de que el novelista le llevara a su lado para compartir con ella las ironías del vivir y los regocijos secretos de sus legítimos triunfos literarios. . . .

"El exquisito temperamento artístico de Rafael Delgado, hurraño ya de por suyo, como el del cartujo de Polanco, tiene que haberse resentido de este apartamiento voluntario. Ha de habersele impuesto el fatídico "¿Para qué...?" causa y origen de que porción

(1) *Obras de Rafael Delgado, Cuentos y Notas*, pp. 270-298, B. A. M. XLII.

(2) "El Cronista de Hogaño," "Los Novelistas Mexicanos, Don Rafael Delgado," en *Revista de Revistas*, 31 de mayo de 1914.

(3) *Obras de Rafael Delgado, Cuentos y Notas*, B. A. M., XLII, pp. 154-161.

(4) *Ibid.*, pp. 137-151.

(5) *Ibid.*, pp. 165-174.

(6) *Ibid.*, pp. 239-246.

de altas empresas queden inconclusas y trucas. Diversamente Rafael estaba obligado, dado sus aquilatados méritos y sus innegables talentos, a legar a nuestra flaca literatura nacional, si no muchedumbre, sí mayor cantidad de obras tan excelentes y acabadas como su *Calandria*.⁽¹⁾

El egregio escritor ha bosquejado también para nosotros un retrato del autor. Refiriéndose a su primera entrevista con el novelista en 1894 dice:

"... un caballero de buen pergeño obscuro, de poblado mostacho, de mirar hondo y expresivo, de voz opaca y tarda, parco en ademanes y sonrisas, armada la diestra de cigarrillo de papel cuya lumbré adquiría relieve y cuerpo en las crecientes agonías crepusculares... Era Delgado".⁽²⁾

Años después, hablando de una reunión de literatos en México, a la que asistían entre otros, Jesús Contreras, Federico Gamboa, Baibino Dávalos, Luis Urbina, Amado Nervo y Delgado, Ciro B. Ceballos nos dice la impresión que le causó este último al presentarse, y nos lo describe como sigue:

"Su frente noble y melancólicamente viril... sus ojos claros, de mirada escrutadora y amorosa, a veces, su nariz fina y recta, su enérgica barba y su franca sonrisa, denunciaban la entereza de su carácter, la bondad de sus sentimientos y la limpiísima claridad de su privilegiada inteligencia."⁽³⁾

Con la muerte de Delgado perdió el Estado de Veracruz y la República Mexicana uno de sus mejores y más ilustres hijos. Hombre de finísima cultura, maestro abnegado, poeta, aplaudido dramaturgo, cuentista ameno y distinguido novelista, Delgado ha dejado tras sí gran número de discípulos que de él se acuerdan con cariño y admiración. Ojalá que uniendo sus esfuerzos logren, en un porvenir no muy lejano, hacer que muchos conozcan y aprecien al ilustre pintor de su hermoso suelo cuya obra es todavía ignorada de la inmensa mayoría de sus conciudadanos.

II

OBRAS MENORES DE RAFAEL DELGADO.

CRÍTICA.

Aunque su reputación literaria se cifra principalmente en sus novelas, Rafael Delgado cultivó la literatura preceptiva, el cuento o novela corta, la poesía y el drama.

(1) Gamboa, Federico, "Rafael Delgado," en *Revista de Revistas*, 7 de junio de 1914.

(2) *Ibid.*, p. 19.

(3) Ceballos, Ciro B., "Seis Apologías, Rafael Delgado" en *Revista Moderna*, t. 1-2, núm. 2, México, 15 de agosto de 1898, p. 22.

Su contribución a la crítica, se concreta a unas cuantas conferencias principalmente sobre la poesía lírica que leyó ante la sociedad "Sánchez Oropeza." Entre otros fueron objeto de su estudio en sendas "conversaciones" Núñez de Arce, Leopardi, Bécquer, Juan Ruiz de Alarcón, Shakespeare y Cervantes.⁽¹⁾

Sus juicios sobre obras literarias demuestran inclinación hacia las tendencias modernas. En el prólogo a sus *Lecciones de Literatura* critica a los autores de ciertas obras preceptivas, que

"andañ mal informados, tal vez ayunos, de cuanto se refiere a los procedimientos del arte contemporáneo, maravilloso en sus aciertos y digno de interés hasta en sus mayores extravíos."⁽²⁾

Desaprueba la tendencia frecuente al culto de la palabra en México y en la América Latina.

"Actualmente en México. . . en periódicos, libros y tribunas impera como soberana la ampulosidad: señal cierta de la corrupción del gusto y síntoma de lamentable decadencia en los estudios literarios. La ampulosidad es muy frecuente en los escritores hispano-americanos."⁽³⁾

De paso lanza Delgado una saeta a los decadentes innovadores, diciendo que él no cree que haya palabras de colores, es decir verdes las unas, rojas o azules las otras, negras, blancas, etc. . . ." pero asienta que las palabras despiertan en nuestra mente por sí o por asociación de ideas la impresión de un color, y conmueven nuestros sentidos con la imagen correspondiente.

En un hermoso párrafo sobre la descripción, se apropia las palabras de Chateaubriand, que no pueden menos que recordarnos otras similares de Wordsworth:

"Los grandes espectáculos de la naturaleza no pueden ser vistos y cantados al mismo tiempo. Es preciso que vuelvan a la mente evocados por la memoria infiel."⁽⁴⁾

Sale Delgado a campaar por los fueros del realismo contestando a sus detractores, que le hacen el cargo de recrearse en la descripción de fealdades físicas y de horrores morales, que una cosa es el método, y otra el mal gusto de los autores. En su prólogo a la primera edición de *Angelina*, se defiende de ciertos lectores amantes de buscar en toda novela hondas trascendencias y problemas al uso, y dice que la novela ha de ser poesía, pura poesía, libro de grata y apacible diversión. Declara tener en aborrecimiento las novelas tendenciosas y afirma que la novela debe ser obra artística, por

(1) Ha sido imposible encontrar algunas de estas conferencias literarias.

(2) Delgado, Rafael, *Lecciones de Literatura*, Jalapa 1904, p. v.

(3) *Ibid.*, pp. 67-68.

(4) *Ibid.*, p. 161.

ser el objeto principal del arte la belleza. No podemos menos de hacer mención aquí del elocuente discurso pronunciado en el teatro "Llave" de Orizaba el 8 de julio de 1905, con ocasión de un certamen literario para celebrar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*. Delgado fué el orador principal en dicha reunión literaria; y difícilmente se habría podido hacer elección más acertada para cantar las alabanzas del glorioso manco de Lepanto.

En uno de los primeros párrafos define así la novela:

"Es la novela, narración gallarda; exquisita y entendida de imaginarios acaecimientos, de supuestas aventuras y de particulares andanzas, urdida por el ingenio, tramada por la discreción, hecha con hidalgo propósito y noble designio, y realizada por modo artístico y con fines estéticos para dar al espíritu, plácido solaz y grato esparcimiento." (1)

Discípulo del gran Cervantes, realista como él antes de pregonar las excelencias del *Quijote*, hace hincapié en el credo realista que quiere ser fiel a la verdad y reproducir con exactitud el mundo, tanto físico como moral, una mezcla de bien y de mal, de cosas bellas y de ordinarietas:

"Si un mundo le brinda al autor con la verde llanura, con el río precipitado o sesgo, con la fuente limpidísima, con el arroyo parlero, con la placidez nemorosa, con las cumbres coronadas de nieve con los cerúleos lagos, la irisante cascada, y el cielo tachonado de luceros; ofrécele asimismo hispida espesura, huraños bosques, encrepadas y devastadoras corrientes, pavorosas cavernas y pestíferas charcas.

Si el otro (mundo moral) magnífico también le descubre bajezas y ruindades, llagas y lepras del corazón, rebeldías de la carne, extravíos del pensamiento, y desmayos de la voluntad, las pasiones y los sentimientos en formidable titánica lucha, contrapuestos y movidos por el interés y la concupiscencia, muéstrale al par delicadezas del espíritu, sublimidades del corazón, triunfos de la voluntad, dulzuras del sacrificio y heroísmos de la virtud, purísimos afectos y aspiraciones generosas; el hombre, el hombre, en fin, grande en su pequeñez, altísimo a pesar de su miseria, siempre igual y siempre el mismo en todos los tiempos, bañado en divina claridad, y en sombras del Averno, caído bajo el peso de original pecado o exaltado por el esfuerzo de su libre albedrío, siempre anhelando excelsitudes, siempre ansioso de llegar al foco inextinguible de la increada luz que alumbrá las conciencias." (2)

Felizmente expresa Delgado los dos elementos esenciales de la novela al decirnos que es hermana de la historia e hija de la poesía.

Finalmente discurre sobre la penosa labor del novelista cuya misión

(1) Sociedad "Sánchez Oropeza," Orizaba. Tercer aniversario secular de la publicación del *Quijote*, p. 18.

(2) *Ibid.*, p. 19.



D. Rafael Delgado en su juventud.

condensa en los cuatro versos de un gran lírico mexicano, que según él, expresan lo que se requiere del novelista digno de este nombre:

“Tres heroísmos en conjunción:
El heroísmo del pensamiento,
El heroísmo del sentimiento
Y el heroísmo de la expresión.”

Exhorta Delgado a los jóvenes que le escuchan a que sigan las huellas de Cervantes y aumenten el repertorio de Valera, Galdós, y Pereda con una literatura mexicana, debidamente española; digna de Rojas, el iniciador de la novela naturalista, cuando ni rusos ni franceses sabían que pudiera existir en el mundo algo que se llamase naturalismo.

Refiriéndose a la moralidad de Cervantes, y comparando el *Quijote* con ciertas producciones naturalistas modernas, concede a estas últimas exquisitez y elegancia de estilo al par que veracidad minuciosa, pero las califica de hipócritas, corrompidas y malsanas, diciendo que prefiere la fealdad salutarífera de maritornes a la hermosura enfermiza de Naná. Refiriéndose a este discurso dice Rafael C. Peredo F.:

“Es tal vez la pieza literaria en que culmina el Maestro y a pesar de su brevedad bien vale por sí sola una de sus más largas novelas.”⁽¹⁾

Otros dos artículos de crítica, salidos de la pluma de Delgado, aparecieron en la *Revista Moderna*; en el primero, de poca monta y de menos vuelos, discute a *Hamlet*,⁽²⁾ y en el segundo, mucho mejor, analiza con verdadero “gusto” las excelencias de *La Verdad Sospechosa* de Don Juan Ruiz de Alarcón.⁽³⁾

En resumen diremos que la estética de Delgado es la de los más sanos autores modernos, la de su muy admirado D. Marcelino Menéndez Pelayo. Según él (Delgado) la belleza consiste en la visión y reproducción exactas de la naturaleza idealizada. En su prólogo a *Los Parientes Ricos*, dice:

“A juicio mío la novela debe ser copia artística de la verdad.”

y define al realismo con las palabras de Antoine Albalat:

“Realismo es el método de escribir, dando la visión de la verdadera vida, con ayuda de la observación moral y de la observación plástica.”⁽⁴⁾

El idealismo realista, la verdad idealizada, es lo que persigue Delgado y lo que con éxito poco común ha sabido consignar en las páginas hermosas y verdaderas que nos ha dejado.

(1) Delgado, Rafael, *Shakespeare*, en *Revista Moderna*, Año III, t. 3-4 (1900), p. 50.

(2) *La Prensa*, Orizaba, 1º de mayo de 1927.

(3) Delgado, Rafael, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, *ibid.*, p. 66.

(4) Delgado, Rafael, *Lecciones de Literatura*, p. 176.

II. PRECEPTIVA

La contribución de Delgado a la literatura preceptiva radica principalmente en sus *Lecciones de Literatura*.⁽¹⁾

Sus *Lecciones de Literatura* constituyen un libro de texto interesante, sobre todo por el acopio y selección de ilustraciones de que se vale Delgado para ilustrar sus preceptos literarios:

“Hay en estas páginas muchos ejemplos en francés, puestos para despertar afición a las literaturas extranjeras; uno que otro en latín; pocos en italiano; los más españoles e hispano-americanos. Y ¡a qué ocultarlo! nos hemos complacido en consignar citas de autores conterráneos nuestros, hijos del Estado de Veracruz—benermérito de las letras nacionales.”⁽²⁾

Se excusa Delgado de haber dado poco lugar a los clásicos castellanos a pesar de la admiración que tiene para estos célebres ingenios, pues como él dice, la lengua se perfecciona y gana no poco en flexibilidad, soltura y eufonía.

Ciento veintiocho autores distintos cita Delgado en sus *Lecciones* y sus autores favoritos vienen mencionados con frecuencia. Encabezan la lista los autores mexicanos, de los que cita cuarenta y cinco; hay treinta y cuatro españoles y casi el mismo número de franceses, siendo el total de éstos treinta y dos. De la Biblia toma cuatro ejemplos e igual número de escritores sudamericanos, haciendo sólo tres citas de escritores italianos y latinos.

Salvador Díaz Mirón parece ser poeta predilecto de Delgado, pues le menciona nueve veces. Le sigue Gaspar Núñez de Arce que ha suministrado siete citas, José Zorrilla seis, Marcelino Menéndez y Pelayo cinco, y luego Fray Luis de León, Chateaubriand, Lope de Vega, Pereda y Emilia Pardo Bazán, con cuatro cada uno, y Cervantes, Racine, Corneille, Víctor Hugo, Lamartine, J. J. Pesado, Manuel Carpio, Zola, los hermanos Goncourt, J. A. Pagaza, Luis Hernández, Lopez Portillo y Rojas, y Manuel José Othón con tres. Su libro es de lectura amena y creemos que ha acertado en su propósito de apartarse del método de aquellos preceptistas que sólo recopilan

“vulgares y rutinarias reglas enlustradas malamente, enjabegadas de prisa, y expuestas por modo tan árido y difuso que los alumnos, aunque listos y aplicados, como no pueden comprender y estimar desde luego los principios del Arte, sólo encuentran tinieblas y tedio donde la belleza parecía ofrecerles algo de su misteriosa divina irradiación.”⁽³⁾

(1) Delgado, Rafael, *Lecciones de Literatura*, tomo I, Estilo y Composición Jalapa, 1904. El libro de 24 x 17 $\frac{3}{4}$ cms. tiene 238 páginas. En la cubierta de dicho libro anuncia Delgado la próxima publicación del tomo II, *Retórica y Póetica* que hasta hoy ha quedado inédito.

(2) *Ibid.*, p. VII.

(3) Delgado, Rafael, *Ibid.*, pp. V y VI.

Si se nos preguntase cuál es el capítulo que más nos ha gustado optaríamos por "La Descripción" aunque el que trata de las cualidades particulares de estilo es también muy de nuestro gusto por las acertadas citas que tiene y por su originalidad.

III. OBRAS DRAMÁTICAS

Puede decirse que carece de importancia la contribución de Delgado al teatro. Se le atribuyen tan sólo cuatro producciones de este género: *La Caja de Dulces*, drama en tres actos y en prosa (1878), *Una Taza de Te*, proverbio en un acto en verso (1878), *El Caso de Conciencia*, traducción del delicioso proverbio de Fenillet (1879), y *Antes de la Boda*, monólogo (1885).

De éstas sólo nos queda la última, aunque sabemos que la primera tuvo un gran éxito ya que después de su primera representación los amigos y admiradores de Delgado le dieron un banquete y le obsequiaron con una corona de plata y una pluma de oro.

Antes de la Boda⁽¹⁾ pone en escena en un camarín lujosísimo a una joven, María, en traje de boda y en espera de la ceremonia. María acaba de pasar dos horas frente al tocador; recuerda en los breves instantes en que la dejan sola, lo mucho que se dijo en esas dos horas. Se mira al espejo y se encuentra guapa, un poco pálida. Habla luego al público de su novio Jorge. Enseña los regalos de boda desparramados por el cuarto, toma los objetos y lee las tarjetas que indican su procedencia. Al llegar al regalo de su padre, un rico brazalete, recuerda sus últimos consejos "los maridos son lo que sus mujeres quieren que sean" y el amor, que no es más que una página de la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres!" Se dirige luego al velador y toma un cofrecillo que traía al comenzar la escena. Al abrirlo, dice: "Es preciso dejar en la playa los restos del naufragio de ayer—todo recuerdo es un rival; acabemos con las dulces memorias de los sueños pasados." Saca luego una a una las cartas de sus enamorados. La primera es una carta de Luis, chico almibarado, gloria de los salones; la arroja al fuego. Sigue el billete del señor Mendoza, secretario de embajada, hombre de bigotazos que gastaba corsé—al fuego! El tercero, de un acaudalado mercader, tiene la misma suerte. En seguida vienen cuatro cartas de un poeta decadentista, un adorador de Verlaine, que van a parar con las otras. Sigue un paquete —tiernas confidencias de un noble corazón que ya tiene compañera y un angelito de cabellos de oro— al fuego.

Tras esto saca un retrato, y exhalando un hondo suspiro dice: "Pobre

(1) *El Tiempo*, t. IV, No. 715, 3 de enero de 1886. *Revista Moderna*, Arte y Ciencia, tomo I-2, Año II, núm. 9, sept. 1899, pp. 284-287, y también en folleto, Orizaba, Oficina Tip. de Manuel Castro Limón, Calle Cuarta del Calvario, No. 11, 1900. Quinta Edición. Esta pieza fue estrenada en el Teatro Llave de Orizaba, el 19 de noviembre de 1885, aunque había sido publicada antes, el 12 de octubre de 1885, pues aparece en esta fecha en el *Boletín Científico de la Sociedad Sánchez Oropeza*, tomo I, Núm. 18, pp. 11-19, (Orizaba) 1884-1886.

joven, murió pensando en mí. Dulce primer amor, bendito seas." Pronuncia un párrafo hermoso dedicado al primer amor que llena de encantos la aurora de la vida—que termina con "Adiós para siempre!" Sécase los ojos y mira extinguirse la carta y el retrato. Nuevamente pregona las virtudes de Jorge—Seré feliz, y digna de él y le haré dichoso!" De pronto se oye un vals de Waldteufel tocado al piano . . . y voces llamando ¡María! ¡María! A punto de salir la joven pide a los oyentes que guarden profundamente el secreto de esta confidencia y se despide con estas palabras: Yo espero que a fuer de galantes caballeros no me negaréis un aplauso como regalo de boda." Y sale violentamente.

Por este breve resumen puede verse que este monólogo resulta muy interesante. Tiene originalidad y sus puntas de moral. El estilo es pulido, liso y fácil como todo lo de Delgado.

IV. CUENTOS Y NOTAS.

Llegamos ahora a algo más interesante, a los cuentos de Delgado. Estos fueron escritos intermitentemente y publicados en distintas fechas entre 1876 y 1902. Aparecieron publicados primero en periódicos y revistas del Estado de Veracruz y de la capital, y luego en 1902 fueron coleccionados en un tomo. Para este tomo escribió Francisco Sosa el prólogo ya mencionado, en que da breve reseña de la vida y obras de Rafael Delgado.

Es muy de sentirse que cada uno de los cuentos no lleve la fecha de su primera publicación, pues nos vemos así privados del placer de seguir al autor y de apreciar el desarrollo de sus dotes literarias. De los veintiocho cuentos que integran la colección mencionada sólo cinco llevan fecha, y como dichas fechas no guardan ningún orden, bien podemos suponer que no están insertados por orden de publicación. El primer cuento fechado es el octavo, *Voto Infantil*⁽¹⁾ que, según breve nota preliminar, debe ser posterior a febrero de 1892, y el noveno, *En el Anfiteatro*,⁽²⁾ lleva fecha 1876.

De estos mismos *Cuentos y Notas* dice Delgado en el prólogo:

"Son hijos míos, hijos de mi corto entendimiento y nacidos todos ellos en horas de amargura y en días nublados, casi al mediar de mi vida, esta pobre vida mía que no será muy larga, y en años en que sólo el cultivo del Arte puede alejar de nosotros el recuerdo de seres amados idos para siempre, y en que, dolorido el corazón, nos entregamos de grado a las añoranzas de la muerte."⁽³⁾

En el mismo prólogo, el autor hace de estos cuentos una triple división. "Unos, dice, son meros apuntes de cosas vistas y sucesos bien sabidos; otros son impresiones mías, y lo restante trata de cosas más vistas que inventadas."

(1) Delgado, Rafael. *Cuentos y Notas*, pp. 105-116, B. A.M.XLII.

(2) *Ibid.*, pp. 118-135.

(3) *Ibid.*, pp. xxxviii y xxxix.

Por lo dicho vemos que los *Cuentos* han de ser trozos de vida, arrancados de la realidad y no frutos de la imaginación, y que todos ellos están, de cerca o de lejos, relacionados con la existencia del mismo Delgado.

Amplificando un poco la idea analítica del autor nos permitimos clasificar sus cuentos así: autobiográficos; cuadros de costumbres, que son los más, e históricos.

Hay además unos cuantos que tan sólo pueden llamarse descripciones; otros que son meros episodios, uno humorístico-satírico y por último uno esencialmente patriótico.

En sus cuentos autobiográficos, los más relativos a sucesos que en su niñez y juventud dejaron profunda impresión en su espíritu, es donde está más patente su exquisita sensibilidad y su temperamento romántico.

Son éstos *La Chachalaca*,⁽¹⁾ *Mi Unica Mentira*,⁽²⁾ *Amor de Niño*,⁽³⁾ *La Misa de Madrugada*,⁽⁴⁾ (1866) y *Bajo los Sauces*.⁽⁵⁾

Estos cuentos nos revelan al autor en el seno de su familia durante los años de su niñez. Nos muestran su religioso respeto y cariño para con sus padres; nos dan una idea de su vida como estudiante y de sus primeros amores. El último contiene una descripción llena de colorido, toda preñada de ternura, y salpicada de tristes reflexiones que recuerdan a *Yarrow Revisited*, aunque aquí el cambio no está en el sitio, sino en el protagonista, herido por la vida.

Bajo el título de cuadros de costumbres incluimos algunos que no lo son del todo, por tener algo de episódico o de autobiográfico, pero cuyos elementos son indudablemente costumbristas. Por ellos nos enteramos de lo que sucede a menudo a los jóvenes mexicanos de acaudaladas familias que sufren desengaños amorosos; presenciamos los pasos de un noviazgo en una población reducida de la República; una escena de cantina en la ciudad de México, un cuadro de miseria hermoseado por un sublime cariño de madre; los amores de un estudiante de medicina en México, un episodio de las guerras civiles con un cuadro realista y una primorosa descripción de tarde de mayo en tierra tropical. Saboreamos el estudio de dos tipos esencialmente mexicanos, el Caballerango y la Gata, que recuerdan a Mesonero Romanso en sus *Panoramas Matritenses*; asistimos al "toro del pueblo" o corrida popular, y a la ejecución de una ave de rapiña en un paisaje cordobés.

Pertenece a este grupo *Adolfo*,⁽⁶⁾ *Mi Vecina*,⁽⁷⁾ *Amistad*,⁽⁸⁾ *Ampa-*

(1) *Ibid.*, pp. 137-151.

(2) *Ibid.*, pp. 154-161.

(3) *Ibid.*, pp. 165-174.

(4) *Ibid.*, pp. 226-238.

(5) *Ibid.*, pp. 239-246.

(6) *Ibid.*, pp. 1-10.

(7) *Ibid.*, pp. 11-23.

(8) *Ibid.*, pp. 24-31.

ro, ⁽¹⁾ *En Legítima Defensa*, ⁽²⁾ *El Caballerango*, ⁽³⁾ *La Gata*, ⁽⁴⁾ *To-rooo*, ⁽⁵⁾ *Justicia Popular*, ⁽⁶⁾ *El Retrato del Nene*, ⁽⁷⁾ *A dónde vas?* ⁽⁸⁾ y *Margarita*. ⁽⁹⁾

Algo más que una simple mención se merecen *El Caballerango*, *La Gata* y *To-rooo*, pues son cuadros de costumbres de lo mejor. *El Caballerango* describe un tipo netamente mexicano que había llegado a ser así como una institución nacional, un artículo de necesidad y de lujo, como dice Delgado. *El Caballerango* tenía vestido especial, privilegios y fueros que respetaba su mismo señor. Salía de las filas del pueblo; de sus padres heredaba el amor a la equitación. Antes de ser caballerango, servía en el establo de los amos. Era simple criado. Allí iba puliéndose poco a poco, hasta que un día pasaba a ser caballerango, cambiando con esto de esfera social. Desde aquel día tenía el respeto de las criadas y demás sirvientes, se le encargaban delicadas misivas, llevaba las niñas a los toros, sacaba las chiquillas a paseo, cobraba dineros, era algo así como parte integrante de la familia del amo. En el barrio y en la hacienda era el irresistible Don Juan de todas las lindas morenas.

Más interesante aún, dice Delgado, era el caballerango que servía a jóvenes ricos y solteros. Este era calavera, coleador, y charro en toda la extensión de la palabra, enamorado y valentón. Era el confidente de su amo; sabía todos sus secretos; conocía todos sus líos, andaba en todos sus trapiqueos, y participaba en todas sus diversiones. En cambio de todos los favores de su amo convertíase el caballerango en su incondicional admirador y defensor.

La Gata es, si cabe, más interesante aún, y puede compararse con los mejores cuadros de Mesonero y de Larra. "Garbancera" llamábasele anteriormente a la sirvienta coqueta y lista que prestaba sus servicios en casa de familia pudiente o de mediana clase y que en tiempo de Delgado llamábase "gata." Aquél era su nombre genérico, "garbancerita" si guapa y coqueta, "garbancito" si joven y tímida, y "garbanzo" si poco llevadera de bromas y chuleos.

La "gata" es de ordinario complemento de familia numerosa; se encarga del cuidado de los niños y es el factótum de la casa. A ella se confían secretos encargos, delicadas misivas y compras o ventas que exigen malicia

(1) *Ibid.*, pp. 34-44.

(2) *Ibid.*, pp. 45-59.

(3) *Ibid.*, pp. 59-72; y también en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, tomos 1-2, Año II, febrero de 1899: No. 2, pp. 36-38.

(4) *Ibid.*, pp. 73-84; y *Ibid.*, marzo de 1899, pp. 75-88.

(5) *Ibid.*, pp. 85-103; y *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, tomo 1, pp. 313-321.

(6) *Ibid.*, pp. 188-196.

(7) *Ibid.*, pp. 270-298.

(8) *Ibid.*, pp. 329-332.

(9) *Ibid.*, pp. 375-383; y *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, tomos 3-4, septiembre de 1901, no. 18, pp. 282-284.

y buen humor. Es "tercera persona" en asuntos amorosos muy lista para hacer llegar al enamorado el perfumado y lacrimoso billete; muchas veces se convierte en confidente de la señorita.

Con un estilo tan rico de colorido como el traje de la misma gata, describe Delgado este tipo y su modo de vestir. Nos habla después de sus amores y de los graves peligros que la rodean. Estos son dos: el mostrador y la levita. El mostrador de la botica o de la tienda donde es el blanco de un tiroteo de frases galantes y de los requiebros de los mozos. Los señoritos y caballeros de levita suelen acecharla en las banquetas y corrillos, y muchas veces dan al traste con su recato y su virtud. Tiene sin embargo la "gata" sus medios de defensa y esos son el gesto desdeñoso, el revés ruidoso, y con más frecuencia la broma. La "gata" es muy popular en los "saraos" de barrio. Allí se deja galantear dándose tonos de señorita, remedando a sus amitas y descubriendo indiscretamente asuntos reservados al secreto del hogar.

To...rooo!!! Este es el grito con que el pueblo pide la salida del toro al redonde!; "grito que sale de cien y cien bocas, grito unánime, potente, irresistible, tremendo, que tiene mucho de alarido salvaje, y no poco de exclamación heroica." En este cuadro Delgado nos describe gráficamente la corrida popular que sigue inmediatamente, la formal corrida de toros, la que se llamaba anteriormente "toro de la plebe" y que en estos tiempos más democráticos ha pasado a ser "el toro del pueblo."

Apenas se ha escurrido la inmensa multitud que llenaba la plaza, y cerrado la pesada puerta, cuando saltando la barrera, o deslizándose por los burladeros como hormigas, desciende a la arena una multitud de mozos y de chicos, en su mayor parte obreros disponiéndose para la lid.

Forman esta hormigueante masa pendenciosos tejedores, activos carpinteros, pesudos vástagos de rancheros, maldiciendo remendones, brenderos aguardentosos, pillos callejeros, andrajosos granujas "que son por su vestido un atentado perenne contra el pudor", toda la espuma y las heces de la clase baja, "de este pueblo vigoroso, enérgico y valiente que no sabe lo que es el miedo, que ama el peligro, y por cuyas venas corre sangre apasionada y heroica..." (1)

No hay que buscar en esta corrida popular arte y belleza, dice Delgado, pues el toro del pueblo es para la corrida formal lo que el sainete regocijado para la empingorotada tragedia; pero sí hay allí gran acopio de virilidad, alarde de valor temerario; los rasgos más interesantes del pueblo mexicano: el denuedo y el arrojo.

Tres son los cuentos que el mismo Delgado califica de históricos: *El Asesinato de Palma Sola*, (2) *El Desertor*, (3) y *La Noche Triste*. (4) El primero da

(1) *Ibid.*, pp. 89-90.

(2) *Ibid.*, pp. 177-186.

(3) *Ibid.*, pp. 198-210.

(4) *Ibid.*, pp. 213-225, y también *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, tomo 2, pp. 353-358.

cuenta de un crimen que deja burlada a la justicia humana. Nombre mejor para él sería *Cherchez la Femme*. Es la historia de la traición e infidelidad de una mujer que atormentada por el remordimiento confiesa su crimen ocho años después. El cuento tiene su punta de moral, siendo la idea fundamental la respuesta de los hechos a la pregunta que hace el juez a su secretario: "¿No dicen por ahí que donde la humana justicia queda burlada, otra más alta, para la cual no hay nada oculto, acusa, condena y castiga?" En *El Desertor* una mujer heroica, cristianísima que llora la muerte violenta de su marido, protege y favorece la huída de uno de los asesinos y manda a su hijo mayor, en nombre de Dios que le mira, bajar el rifle que ya está listo para disparar mortífera bala. *La Noche Triste* narra un episodio acontecido en Orizaba en tiempo de la ocupación española y bajo el gobierno militar de un oficial de carácter arrebatado. El nombre completo es *Noche Triste de Orizaba y derrota de Hevia por las viejas*.

Este cuento recuerda más que ningún otro las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma. Nada le falta; allí están la tradición local, la fecha del hecho 15 de octubre de 1819, la leccioncita histórica y, muy marcado, el rasgo humorístico y la punta de sátira.

Mi Semana Santa ⁽¹⁾ y *Crepúsculo* ⁽²⁾ no son más que páginas descriptivas pero de las que no se pueden olvidar porque llevan el sello de lo bello y no pocas veces de lo sublime. El primero nos da cuenta de un viaje por la sierra. El autor va acompañado de un poeta, traductor de Shakespeare, y de un joven estudiante en teología, a quien desea Delgado una vocación un poco más firme que al protagonista de la incomparable novela de Don Juan Valera. Los días de la Semana Santa con sus emocionantes ceremonias, allá en una hacienda perdida en la sierra, proporcionan a nuestro poeta ocasión para demostrar sus sentimientos religiosos.

Pero por más hermosos que sean los colores presentados en este cuadro de la naturaleza, tal vez tenga que ceder a *Crepúsculo*, pues éste es de veras un poema, un ardiente canto a las primorosas galas de una naturaleza virgen. En él están esos elementos que más fácilmente se sienten que se expresan, que transportan al lector y le hacen revivir horas en que también él se encontró cara a cara con algún aspecto sublime de la naturaleza, y en que como Delgado

"ante aquel cuadro jamás presentado y nunca imaginado, lleno de fe, de admiración, de respeto y gratitud se detuvo y trémulo, con la frente baja murmuró el nombre sacrosanto del autor de tantas maravillas."

Páginas son estas que recuerdan vivamente a Chateaubriand, pero ¡Qué páginas tan mexicanas! Avecillas, plantas, flores brotan bajo la pluma del ar-

(1) *Ibid.*, pp. 301-323.

(2) *Ibid.*, pp. 248-253.

tista, todas ellas mexicanas. No son éstas de aquellas que inspiraron a los admirados románticos franceses y españoles, son las que el mismo Delgado ve y oye a orillas de su Río Blanco o que ha visto en las sierras de su querida región veracruzana, más bellas, más gallardas y lozanas por ser hijas todas de esa tierra venturosa que enamora a cuantos la visitan.

Difíciles de clasificar son los cuatro cuentos que siguen. Los hemos llamado episódicos por tratar en general de incidentes que el autor presencié u oyó. Según el mismo Sosa, *En el Anfiteatro* ⁽¹⁾ es el cuadro de una travesura macabra que determina cambio tal en el carácter del protagonista, que de casquivano mancebo, tórnase éste ejemplar sacerdote, pero contada con tal arte que oprime el pecho con infinita angustia. *Así* ⁽²⁾ es más trágico aún, ya que en él un joven mata al infame amigo en el momento en que éste trataba de deshonrar a la madre de aquél. Y Delgado, en quien está tan hondo el amor filial, exclama, "tuvo razón, así debe hacerse, así!" En *Para testar* ⁽³⁾ la narración es un poco pesada y lenta pero tal vez tenga esto disculpa en que un padre moribundo se cree precisado a descubrir a sus hijos un secreto desagradable y vergonzoso y no sabe de qué palabras echar mano. Cuento de amor es *Eptlogo*, ⁽⁴⁾ de realismo sano, en que vemos a una joven salvada en hora de amorosa embriaguez por la nobleza de su amante, a quien el eco de la voz de su madre y los ejemplos de su padre mantienen firme en el deber.

Tenemos también un cuento humorístico con su toque de ironía y su saborcito volteriano, *Rigel*. ⁽⁵⁾ Pero nos advierte Delgado en una nota que no hemos de buscar en él más que una discreta censura de humanas debilidades.

Por último hay un cuento genuinamente patriótico, *Voto Infantil* ⁽⁶⁾ Este, como puede verse en la nota del autor, está basado en un suceso histórico. Presenta a un veterano que perdió un brazo en defensa de la patria y que se hace maestro para no morir de hambre. El héroe, don Antonio, tiene mucho de común con M. Hamel en "La dernière classe." En lugar de copiar en el pizarrón Alsace, France, France, Alsace, el antiguo Guarda Nacional de Pluviosilla les pone a sus chicos invariables muestras que dicen: "Palo Alto," "Cerro Gordo," "Veracruz," "Churubusco."

Se ha dicho que en los cuentos de Delgado se nota la influencia de Daudet. Para cerciorarnos de ello hemos vuelto a leer rápidamente *Contes du Lundi*, *Lettres de mon moulin*, *Mon premier voyage et mon premier mensonge*, y confesamos que no sabemos decir en qué se nota tal influencia. Con la excepción de un cuento, ya mencionado, *Voto Infantil*, que cierta-

(1) *Ibid.*, pp. 117-135.

(2) *Ibid.*, pp. 333-343.

(3) *Ibid.*, pp. 256-267.

(4) *Ibid.*, y *Revista Moderna*, *Arte y Ciencia*, Año I, Núm. 3, Sept. 1898, pp. 33-35.

(5) *Ibid.*, pp. 345-356.

(6) *Ibid.*, pp. 105-116.

mente recuerda "La dernière classe" (1) y cierta analogía lejana entre *Rigel* y *L'Elixir du Pere Gauchet* (2) y *Les trois messes basses* (3) no veo influencia directa. Ciertamente hay en ambos la nota descriptiva frecuente y brillante, el diálogo suelto y fácil, pero el estilo de Delgado es muy suyo y sus descripciones son, las más, de escenas naturales mientras que las de Daudet tienen mucha más variedad. El autor provenzal tiene por otra parte, mayor ingenio, humor y objetivismo, pero le falta la nota melancólica del veracruzano, esa sensibilidad femenina y ¿lo diremos? también algo de su color local. En cuanto a *Mi Única Mentira* y *Mon Premier Mensonge*, sólo tienen de parecido el título; por lo demás no podían ser más diferentes. El cuento de Delgado es un arranque de sensibilidad, el recuerdo de una falta, y bien podemos creer que haya sido ésta su única mentira. El autor de Tartarin por el contrario es como su héroe, de los que no pueden mentir, tan sólo pueden equivocarse. Su primera mentira es únicamente la primera de las mil y tantas equivocaciones que llenan el viaje referido.

Sea lo que fuere, los cuentos de Delgado nos han parecido tan interesantes, lindos y amenos como los del gran cuentista francés. Constituyen un escalón para ayudarle a la producción de obras de más aliento, dicen algunos de sus críticos mexicanos, y nosotros que no podemos pretender a más, diremos también que sí, pero permítasenos agregar que es escalón de plata.

Los cuentos de Delgado tienen todos los primores de la forma y la habilidad del artífice que sabe dar encanto e interés a asuntos que parecerían a veces baladíes. Pero lo que más agrada en ellos es su mexicanismo; todos tienen el sabor de la tierra, un saborcito que los que han vivido algún tiempo en México y tenido oportunidad de tratar con aquel sufrido, melancólico y religioso pueblo no pueden olvidar. Son unos cuadritos de costumbres en que la brillantez de colorido y la pureza de las líneas rivalizan con la verdad de las descripciones.

V. SU OBRA POÉTICA.

El laborioso pensador que emprendiera la larga tarea de escribir la historia de la poesía mexicana a través de los siglos, no podría separarla de los acontecimientos históricos, menos aún de los panoramas variados que presenta el suelo mexicano y menos todavía del folklore, de la idiosincrasia, de todas las manifestaciones del alma de la patria, cuya vitalidad se manifiesta siempre envuelta en dejos de tristeza, ya cantando los paisajes matinales o vespertinos, ya desgranando sus cuitas en dulces notas musicales, o bien diciéndonos sus sentires ante el embeleso del amor. La forma podrá variar cuanto se quiera; Gongorina en el siglo XVII con Sor Juana Inés de

(1) Daudet, Alphonse, *Contes du Lundi*, Paris, 1908. Bibliotheque Charpentier, Eugene Lasquelle, Editeur.

(2) *Ibid.*, *Lettres de mon moulin*.

(3) *Ibid.*, *Contes du Lundi*.

la Cruz, prosaica en el siglo de Meléndez Valdés, romántica en los numerosos imitadores de Hugo, Byron, y Lamartine, modernista moderada en Gutiérrez Nájera, verlainiana, parnasiana y hasta estridentista pero cualquiera que sea el ropaje, la envoltura, el fondo permanece uno y lo mismo; siempre se traslucen las profundidades del alma de un pueblo muy original, siempre habla el lenguaje de la raza —no de la raza propiamente española, ni de la indígena sino de esta mezcla de una y otra que posee la nobleza, garbo, arrojo y fe de la primera y el dulce soñar, la honda melancolía de la segunda. Ya sea que los diversos aspectos del alma mexicana tengan cada uno su cantor especial: así, Sor Juana Inés de la Cruz su misticismo, Francisco Sánchez de Tagle su nacionalismo, Carpio su sentimiento religioso, Ignacio Ramírez su afán destructor de lo que mucho dura, Ignacio Rodríguez Galván su pesimismo, Guillermo Prieto sus instituciones nacionales, Juan de Dios Peza su amor al hogar, Acuña su sentimentalismo, Manuel M. Flores su erotismo, Manuel José Othón su admiración por la bella naturaleza, Amado Nervo su cosmopolitismo, E. González Martínez su exquisitez.

Todos, sin embargo, tienen en sus estrofas una mezcla de los diversos sentimientos que constituyen, a nuestro modo de ver, los vicios y las virtudes del alma mexicana, muy compleja, muy "sui generis," puesto que reúne la idiosincracia española y la múltiple de los pueblos autóctonos.

Así en la corta producción poética de Rafael Delgado encontramos el reflejo de esa alma tan honda en sus anhelos, tan amante de la belleza, tan religiosa y soñadora como sedienta de un fugitivo ideal, nunca logrado, y siempre perseguido.

Al estudiar a Rafael Delgado como poeta conviene colocarlo en su medio social y en el momento de la poesía patria para descubrir su propia personalidad y la parte que le corresponde en la total producción de su generación.

En la última mitad del siglo XIX y el principio del siglo XX, México alcanza un florecimiento literario muy envidiable. Al amparo de la paz del gobierno de D. Porfirio Díaz, florecen las letras y las artes y surgen personalidades de gran dinamismo y mayor entusiasmo. En aquel momento México entra a formar parte del concierto de los primeros países de América. Hombres de talento levantan su prestigio allende sus fronteras. Un profundo sentimiento de nacionalismo llena estas generaciones del deseo de dotar a México de cultura no inferior a la de las grandes naciones. Todas estas diversas manifestaciones culminan en las espléndidas fiestas con que México celebra el primer centenario de su independencia en 1910. La fuerza militar, las organizaciones cívicas, los monumentos artísticos y literarios todos cooperan para probar al mundo entero que México, consciente de su misión, de los yerros del pasado y de las esperanzas de un halagüeño porvenir, pretende seguir a pasos agigantados por la gloriosa y fecunda senda del progreso y de la paz.

Muy instructivo es, sin duda, ahora que hemos visto desde lo alto de

aquel capitolio la sima de la Roca Tarpeya remover las cenizas de esos varones pujantes que soñaron dulcemente con grandezas sin ocaso mansamente mecidos por la fortuna y la seguridad.

En cuatro grupos divide Carlos González Peña a los poetas de aquella época: Altamirano y sus discípulos animados del deseo de armonizar la cultura clásica con las modernas corrientes literarias europeas, y sacar de ella una lírica genuinamente mexicana. Ardiente reformador, Altamirano propone sus ideas propias a la grandeza de la patria y su romanticismo se mitiga con las influencias dejadas en su espíritu por los grandes modelos del clasicismo. Representa una transición con un rasgo saliente: el culto por la bella naturaleza, rasgo que da relieve a otros poetas mexicanos y en particular a Rafael Delgado.

Otro gran maestro surge con Don Justo Sierra. Animado del deseo de dar a México algo semejante a la herencia hugoniana para Francia, siguió las pisadas del gran romántico francés en sus grandes metáforas, en sus pujantes símiles y tremenda inspiración. La personalidad de Justo Sierra ha dejado huellas imborrables en México y una de las más profundas es quizá, el sentimiento de la grandeza racial y el amor a un jirón del mundo que la Providencia dotara con tanta riqueza en sus campos y en sus veneros de rico metal, así como en la capacidad intelectual de sus hijos.

Juan de Dios Peza sigue la tradición netamente española. Hijo de México, no suelta de la mano el glorioso manto de la madre España que forjó el alma mexicana suministrándole lengua, carácter y creencias. Dotado de profundo cariño por el hogar, nido inviolable en que el alma se abre de par en par, muestra su bondad, sensibilidad, y tristeza en bellísimas estrofas intransigentes con las nuevas teorías poéticas.

Tras estos poetas apegados a la tradición surge el Romanticismo en el arte y en la vida con Manuel Acuña. Sentimental, enfermizo, Acuña bebió con ansia en las fuentes de los sueños, de la pena y de la duda romántica. Siguióle con un grito de pasión sensual Manuel M. Flores.

El romanticismo como heraldo de toda libertad literaria dió entrada al modernismo, movimiento muy complejo y muy sin rumbos.

Darío inicia la marcha en América, Gutiérrez Nájera le sigue yendo hacia la derecha del movimiento, mientras Lugones se inclina a la izquierda. En tanto que estos poetas tratan de orientarse hacia nuevos horizontes todavía lejanos y esfumados, aparece solitario en airoso torreón el autor de *Las cas*, el gran Díaz Mirón. Romántico llorón en sus primeras poesías, abandona pronto la moda triste y surge en él el poeta heroico de *Los Castigos y Manfredo*, y no satisfecho con su cráter de un volcán, según el símil de Isaac Goldberg, se convierte en escultor olímpico que saca estatuas de montañas de mármol.

Luis G. Urbina sigue a Gutiérrez Nájera, y Amado Nervo pasa por el simbolismo para reconcentrarse después en su propia personalidad cuyo centro está constituido por la sinceridad y la delicadeza; y llega en fin al total renunciamiento del más elocuente ascetismo.



D. Rafael Belgado, cuando era catedrático del Preparatorio de Jalapa.

Aquí cabe preguntarse ¿en qué escuela conviene colocar a Rafael Delgado por su producción lírica? si no es que por sus más cortas pretensiones no deba figurar en ninguna. Trataremos de contestar esta pregunta después de sucinto examen de su obra poética.

Delgado parece ser sobre todo un pintor, un amante de saciar sus ojos con todo lo bello que la naturaleza ostenta o que puede crear la fantasía.

En el *Ocaso* dice:

Rojo declina caluroso día:
Llanos y bosques tiñense de grana,
Y de la costa en la extensión lejana,
Semeja el mar candente argentería. (1)

Claramente se ve en la primera estrofa el amante del color y de los vastos panoramas. No al modo modernista de tintas esfumadas sino en toda la avidez de llenar la pupila con la exuberante riqueza cromática de la tierra caliente. De ardiente rojo pinta el día, y así vestido el firmamento, alfombra la tierra con un color de grana como en esos cromos de tonos subidos, crudos, candentes que rara vez contemplan los nórdicos.

En la hermosa composición dedicada a J. B. Delgado y titulada *Escamela* (2) el cuadro se reduce y a la vez se enriquece con el contraste del río desbordado, bramante, amenazante y del apacible céfiro blando, que menéa dulcemente los penachos del bambú. Valientes pinceladas hay en un paisaje indeciso de sol poniente, río, caserío, pradera, cafetales, colinas, con la nota de vida en la tórtola. Tal vez sería de desear aquí menos artificios, más precisión, menos lugares comunes de *trémulo diamante, blando céfiro, querellosa tórtola*, frases todas tan traídas como llevadas y que más huelen a erudición que a emoción sincera y visión personal.

Nuestra impresión por lo que toca a Delgado como pintor de la naturaleza, es que sobra academismo y falta originalidad.

Veámos algunos casos más:

Circuñda de glaucos carrizales,
A la sombra de lánguida sauceda,
Límpida y mansa tu corriente leda
Desata silenciosa sus raudales.
Qué muelles en tu margen los gramales
Qué vívida y fecunda tu arboleda
Y qué sonora la joyante seda
Del suntuoso brial de tus maizales!
En tu retiro que al amor convida,
Qué gratos el ensueño y el reposo
Al borde de tu linfa adormecida
Cuando en los ríos de tu monte umbroso
Rasga la tarde de carmín vestida
La fimbria de su pepló luminoso.

(1) Delgado, Rafael, *Revista de Revistas*, Vol. III, p. 288.

(2) *Revista Moderna*, Vol. VI, p. 136.

Este soneto *Ojo de Agua* ⁽¹⁾ señala más fuerte inspiración; el cuadro limitado tiene más relieve: las planicies en las márgenes de la fuente ostentan su riqueza y variedad; los colores son más naturales. Una impresión de calma y bienestar se desprende de la descripción, rica en adjetivos armoniosos, y casi siempre necesarios. Sin embargo el lector queda bajo la impresión de un cierto amaneramiento tal vez compensado por la rica armonía del conjunto.

En el soneto *Ojozarco* ⁽²⁾ produce acertadamente Delgado la impresión del movimiento en el paisaje; véase:

Y entre los surcos del maizal crujiente
Rápidos vientos mecen los ahuehuetes
Y al sonoro correr de tus raudales.

En *En el jardín* ⁽³⁾ esplenden en artístico concierto los más bellos colores, los más delicados contrastes, los sonidos apacibles y la vida tranquila y sosegada. Los dilatados horizontes de la "vasta serranía" circundan las "llanuras y las verdes lomas," más céntrico se extiende el valle, y en él, el río en cuya ribera "como bandada de palomas" se posan las blancas casas de la aldea. Hacia ella se encamina "la grey balante" como en la inmortal composición de Gray. Las aves cruzan el cielo, los caminos se animan, la tarde se acerca, el viento lo orea todo y el sonido de la campana mezcla su nota grave y triste a un conjunto visual y musical de muy feliz inspiración, realizado por algunos hallazgos poéticos de no escaso valor.

Cuando Delgado nos cuenta las fatigas y la ligereza del *Botánico* ⁽⁴⁾ seguramente no intenta describir ni pintar; sin embargo, siguiendo su natural afán, en pocas frases da la realidad toda de las llanuras inmensas, de la falda del monte cubierto de vegetación tupida; nos hace atravesar los riscos de la región de los cactus para conducirnos a la cumbre del monte nevado.

Esta manera es a nuestro modo de ver mucho más artística que la descripción buscada y voluntaria. ¿Acaso no es de la misma o parecida manera que describe Homero cuando en vez de detallar los pormenores del escudo de Aquiles nos hace presenciar su fabricación en los talleres de Vulcano?

A *Rto Blanco*, *En el Salto de Tuxpango* es otra composición descriptiva en donde no aparece la visión clara del conjunto sino, deshechos y yuxtapuestos, trozos de paisajes, de distintos tamaños; la trepadora, el remanso, el carrizal, y por fin la caída. Cuánto mejor hubiera sido que ahorrara los colores de su paleta y los versos de su corta composición para aquello que debiera ocupar el primer plano, la caída por "altísimos peñones" según indica el subtítulo de la composición.

(1) *Revista Moderna*, Vol. VI, p. 136.

(2) *El Renacimiento*, Vol. 3, (1894).

(3) *Revista Moderna*, Vol. I, pp. 84-90; *Revista Nacional de Letras y Ciencias*.

(4) *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*. Orizaba, No. I, Junio 15, 1884, p. 507.

Sin embargo, a pesar de esa disipación de la mirada, ya varias veces observada en Delgado, la impresión del conjunto es agradable y el encuentro de felices expresiones produce grata sensación.

En los catorce versos de su soneto *En las Montañas* ⁽¹⁾ Delgado da un fin de fiesta en la montaña sin que falte ninguna nota saliente de las que se estilán por esos lugares. Nada de sobresaliente en el soneto manifiesta un poderoso numen. Tampoco nos parece muy original el *Salto de Barrio Nuevo* ⁽²⁾ por estar unísono con las otras composiciones del poeta.

La majestuosa corriente del Papaloapain tentó a Delgado, elaboró para describirlo un verso de cuatro adjetivos,

ancho y azul, magnífico y sonoro,

precedidos y seguidos de dos y acompañados de otros muchos sin otra re-dención que unos cuantos bellos pensamientos: "Que Otoño esmalta con estrellas de oro" y todo el último terceto delicado, inesperado, musical.

Cuán feliz en su margen pantanosa
la garza solitaria y pensativa
Vive a la sombra del sauz dichosa. ⁽³⁾

El talento descriptivo de Delgado es firme, clásico: su paleta de subidos colores, su pincel enérgico, sus rasgos relevantes. Fáltanle tal vez la variedad, los matices, las penumbras, los claroscuros, el detalle inesperado, y las escenas de miniatura.

El que conozca la majestad abrumadora de los panoramas de su tierra, el que haya gozado de un atardecer en esa región veracruzana, de altísimas montañas, dilatadas gargantas, espantosos despeñaderos, bosques, ríos, flores, aromas, plantas gigantes y por encima de todo, un cielo tropical, comprenderá el realismo de buena ley del poeta de Pluviosilla. Este juicio quizá, justo en general, tiene una excepción. En los primeros cuartetos del soneto *La Fuente de Zoquilán Viejo*, ⁽⁴⁾ graciosa miniatura pictórica, aunque afeada por una cacofonía,

Que tranquila que duerme en tu corriente!

a menos que sea efecto voluntario para imitación de sonidos.

Muy pocos serán los poetas latino-americanos que no hayan pulsado la cuerda patriótica. Hijos de jóvenes naciones llenas de pujanza y de deseo, pero juventudes azotadas por las tormentas revolucionarias, ansiosos de competir con las naciones más civilizadas de globo, los países americanos han

(1) Delgado, Rafael, *Parnaso Mexicano*, Casa Maucci, Calle Mallorca 166, Barcelona, 1910, Vol. I, p. 96.

(2) *Ibid.*, p. 96.

(3) Delgado, Rafael, *Parnaso Mexicano*, Casa Maucci, Vol. I, p. 98.

(4) *Ibid.*, p. 97.

prodigado poetas de todos tamaños, que como buenos hijos, cuerdos o extraviados, han querido cantar las glorias reales o ideales de sus respectivas patrias y han producido abundante literatura netamente patriótica en el sentido lato de la palabra.

El sentimiento de amor patrio es, además, fuente rebotante de inspiración y lugar común donde van a dar los que pretenden sentir en sus pechos, la llama inspiradora.

Delgado, ardiente patriota y buen hijo de México, a quien vió surgir del caos turbulento a una era de paz octaviana, dió expresión a su admiración por la patria y su raza en dos bellos poemas; el primero *A México*,⁽¹⁾ el 14 de septiembre de 1885, con ocasión, de la fiesta de Independencia, y en otra larga composición, *A la Raza Latina*,⁽²⁾ firmada con el nombre de un supuesto poeta argentino (Carlos M. Iglesias). Este último poema fué premiado con un lirio de oro y plata en los juegos florales celebrados en Orizaba por la Sociedad *Sánchez Oropeza* con motivo del primer centenario de la Independencia.

En esta última composición el poeta celebra en versos esdrújulos de firme corte las conquistas militares y espirituales de la raza. Avienta con gesto de desprecio el manto de ignominia con el que se quiere cubrir las recias espaldas de la latinidad y celebra los triunfos de la espada, de la cruz y de la idea en el viejo y el nuevo mundos.

y cuando entre los ámbitos
de Europa no cupiste,
un nuevo mundo América
puso a tus pies Colón.

Las ideas del poeta van entreverándose, a veces sin mucha hilación, como doblegándose a las tremendas dificultades de la factura. En general, el tono es sostenido; el verbo candente no desmaya, el entusiasmo es real, y la nota sobresaliente que se adivina en el laúd del poeta es la gloria que a España cupo, de llevar un mundo a los pies de Jesucristo.

Es de alabar la falta de epítetos malsonantes contra otras razas y pueblos, elementos deprecatorios que amenizan muy a menudo las lucubraciones de otros pregoneros patrios no bien provistos de buenas armas.

Otro de los recursos de poetas noveles y de no pocos viejos es el paseo a veces muy pedestre por los campos del amor, abundante fuente de verdadera inspiración, puesto que entre los sentimientos humanos, el amor los puede explicar a todos; pero campo talado y despojado al fin por gavillas de suspirantes melencidos, en quienes las cursilerías ocupan el lugar de lo hondo del pensamiento y de lo ilimitado de los afectos.

Entre las expansiones líricas de Delgado tan sólo encontramos una,

(1) Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza, Tomo I, Núm. 16, pp. 14-19.

(2) *Imparcial*, 25 de Mayo de 1914; y también *Parnaso Mexicano*, Maucci, Vol. I, Barcelona, 1910.

Canto Nupcial ⁽¹⁾ que se refiere al amor. Revela dicha composición elevados pensamientos y nobilísimos sentimientos. Canta la influencia redentora y benéfica del recuerdo de la amada en horas aciagas y tenebrosas, pero termina con una expresión de desconfianza del mundo, del Gran Galeoto, celoso siempre del amor inmenso del amado. ¿Por qué será tan parco, el que en sus novelas trata de la psicología del amor con mucho arte, con verdad y refinado gusto?

No sucede lo mismo con el sentimiento religioso. Aun cuando no le haya dedicado títulos, podemos notar que dicho sentimiento se infiltra en sus versos con el aura cálida y perfumada de las selvas veracruzanas.

El sentimiento de descontento y anhelos ultraterrestres viene galanamente expresado en la composición ¿.....? ⁽²⁾ que podríamos llamar ¿Por qué?

Es el vivir larguísima jornada,
la tierra hostil: el cielo indiferente
la humanidad soberbia e inclemente
que termina con esta exclamación,
¿Por qué la vida amar, cuando es la vida
Lloro y engaño y queja y desconsuelo?

En *En el Jardín*, Delgado nos hace asistir a una escena conmovedora entre una niña y su tutor, un cura. ¡Qué belleza de pensamiento en las respuestas del sacerdote a los afanes y congojas de la chiquilla! ¡Cómo se complace el poeta en mostrar la eficacia del bálsamo de la religión para curar las heridas del alma! ¡Qué delicia ese ir y venir de estrofas dictadas por la fe al amor de un pecho amigo que asocia a la palabra divina la elocuencia la gracia, y el aroma de las flores, como gotas de néctar en la copa del dolor! ¡Qué raudales de poesía entre esos divinos celajes y estos gallardos lirios, símbolos de pureza y engarce bello, de los sentimientos más bellos aún, que la religión inspiraba al poeta!

El sentimiento religioso y el amor a la naturaleza regional constituyen, a mi modo de ver, el fondo del *Romanticismo* de Delgado. Mas su buen gusto le libró de las exageraciones pesimistas de los románticos puramente de traje. Estos se apegaron al movimiento, siguiendo el son de la esquila de la libertad en el Arte, a los grandes genios, ya se llamen Hugo, Lamartine, Darío, Gutiérrez Nájera, etc. . . . sin comprender la honda significación de la tendencia romántica.

Rafaél Delgado tiene de romántico su libre inspiración, su subjetivismo, sus anhelos no calmados; su sentir ultraterrestre, ya señalado y esos dejes de tristeza verdadera, fruto de sus meditaciones sobre el ideal. Además salta a la vista su completa admiración por la naturaleza. Sus descripciones, bastantes realistas si se atiende a los grandiosos paisajes de su tierra, nada tienen que ver con las arcadias clásicas.

(1) *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza.*

(2) *Revista Moderna*, (29 de abril de 1900) Vol. III, p. 147.

Sobre este fondo romántico teje Delgado su labor muy personal. Desprovisto de altos vuelos, con raros hallazgos poéticos, va vertiendo el contenido de su buen corazón en algunas estrofas amenas.

III

SUS NOVELAS DE COSTUMBRES

Dice González Peña hablando de la novela en México:

“En los comienzos del siglo XIX, y dentro del período de la Independencia aparece en México este género literario que, ya viejo en el mundo, apenas había tenido aquí cultivadores. Caso singular y extraño: el cuento tan genuino, tan característico de la literatura castellana desde sus albores, no se escribió en la Nueva España. Y, en cuanto a la novela propiamente dicha, tan sólo barruntos de ella registra la historia de las letras durante el coloniaje.”⁽¹⁾

Bien sabido es que en los siglos anteriores la prosa cultivada desde un principio casi exclusivamente por los frailes en sus crónicas, gramáticas, devocionarios e historias, pasó después a ser órgano de escritores políticos sin que hubiera quien pensase valerse de ella para producciones amenas y artísticas. México que en el siglo XVI había visto aparecer en Juan Ruiz de Alarcón su más excelso dramaturgo, y en el siguiente a la insigne poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, debía esperar hasta (1830-31) la aparición de la primera novela, *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi.⁽²⁾

Tras la publicación de esta novela que desciende en línea recta de la picaresca española y del *Gil Blas de Santillana*, hubo otro largo paréntesis de silencio, y al reaparecer unos cuatro lustros más tarde la novela mexicana, es primero de carácter histórico y luego de aventuras con ropaje altamente romántico al estilo de las que se publicaban entonces allende los mares donde encontraba su inspiración. Son los principales exponentes de estos géneros Fernando Orozco y Berra, Juan Díaz Covarrubias, Florencio M. del Castillo y Luis G. Inclán.⁽³⁾

En la segunda mitad del siglo XIX, la novela mexicana se inspira en las producciones de los grandes prosistas europeos, principalmente franceses y españoles con tendencias muy marcadas hacia el realismo. Nótase en ella preocupación creciente por reproducir con fidelidad y exactitud los accidentes todos, así los más comunes y sencillos como los más complicados que forman la trama inmensa de la vida en el ambiente nacional. Por pri-

(1) González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, p. 261.

(2) Esta novela apareció por primera vez incompleta en 1816, pero su texto íntegro no se hizo público hasta 1830-31; González Peña, *Ibid.*, p. 267; Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la Literatura Mexicana*, 1928, p. 113.

(3) González Peña, *Ibid.*, pp. 333-344.

mera vez viene revestida de galas y forma artística que debían hacerse más manifiestas aún con la aparición del llamado movimiento modernista, que si bien influyó más en la poesía que en la prosa, no dejó de hacerse sentir en ésta.

Según el mismo González Peña, ⁽¹⁾ Payno es el lazo de unión entre los novelistas del período anterior y los que pertenecen al presente, pues publicó sus primeras novelas cortas en 1839 ⁽²⁾ y su obra mayor, si no la mejor, *Los Bandidos de Río Frío*, en 1889-91. ⁽³⁾ Empezando como romántico se orienta hacia el realismo y acaba por ser más que mediano costumbrista, aunque le faltan el estilo pulido y el sentido artístico. ⁽⁴⁾ A Payno sigue D. Vicente Riva Palacio, quien ostenta como mayor título de gloria el de haber sido el creador de la novela histórica en México. En D. Ignacio Manuel Altamirano tenemos al primer novelista mexicano que se preocupó por crear obra verdaderamente artística. Como su poesía, su prosa es romántica en su concepción y clásica en la forma, pues es el primero en novelar con gracia y hermosura de estilo. Con D. José Tomás de Cuéllar, mejor conocido por el seudónimo de Facundo, aparece la novela de costumbres propiamente dicha, género éste que debía de llegar a su apogeo bajo las plumas exactas y castizas de Delgado y Micrós. Siguen a Facundo tres novelistas, de los que dice González Peña:

"Rabasa, López Portillo y Rojas, y Delgado forman la trilogía de novelistas mexicanos que dentro del realismo procedían de cepa española." ⁽⁵⁾

Sin pronunciarnos por ahora sobre este juicio del eminente literato mexicano, habiendo dado una mirada retrospectiva y colocado a Delgado en su cuadro respectivo, pasaremos a estudiar su producción como novelista.

Tres son las obras que han contribuido a colocar a Delgado entre los más eminentes novelistas mexicanos: *La Calandria*, *Angelina* y *Los Parientes Ricos*.

La Calandria se dió a la estampa en 1890 ⁽⁶⁾ El tema de esta novela es muy sencillo.

(1) *Ibid.*, p. 431.

(2) *Ibid.*, p. 432.

(3) *Ibid.*, p. 433.

(4) J. R. Spell de la Universidad de Texas, ha publicado sobre Payno un artículo muy interesante, *The Literary Work of Manuel Payno*, en la revista *Hispania*, October, 1929, pp. 347-357.

(5) González Peña, *Ibid.*, p. 445.

(6) *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, tomo III, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1890. Francisco Sosa en su prólogo a *Cuentos y Notas*, así como Iguíniz, Bibl. N. M., erróneamente dan 1889 como fecha de esta publicación. Una segunda edición se publicó en Orizaba, Pablo Franch, en 1891, con prólogo de Don Francisco Sosa, y una tercera, con un retrato grabado por Emilia Valdez, en México, "Biblos" Bolívar 22, 1916, (A la vuelta) Tipografía de José Ballescá, 3a de Regina, 88, México.

Carmen, la protagonista, es hija natural de don Eduardo Ortiz de Guerra y de una agraciada mujer del pueblo, Guadalupe. Al casarse don Eduardo, Guadalupe, muy lastimada, se querella con él y desde aquel día toma enteramente a su cargo el cuidado de la niña. Esta crece entre los pobres hijos del pueblo, compartiendo sus privaciones y sus penas,⁽¹⁾ y pagando con su cariño los sacrificios que su madre se impone para hacerla dichosa.

Cuando tiene Carmen —a quien sus vecinos han dado el apodo de *La Calandria* por su bonita voz— unos diez y nueve años, la muerte le arrebató a su madre y es entonces, con previo consentimiento de don Eduardo, recogida en casa de una lavandera quintañona, llamada Pancha, que había sido muy amiga de su madre. La joven se enamora del hijo de Pancha, Gabriel, mozo guapo y muy listo, carpintero-ebanista, quien a su vez le corresponde con todo su amor. En esto un vicioso y rico lechuguino de Pluviosilla, Alberto Rosas, conoce a Carmen y se propone conquistarla sin otro objeto que burlarse de ella. Encuentra para tal empresa una fiel aliada en Magdalena, una mujer de costumbres muy libres. Esta convida a ambos jóvenes a una comida en que hacen que la joven inexperta se exceda algo en el beber y en sus relaciones con Alberto que ha puesto sitio a su corazón. Al día siguiente, Pancha informada de todo por las comadres chismosas, reprende duramente a Carmen. Esta replica con cierta arrogancia, se acaloran los ánimos, y quiere la mala suerte que Carmen vaya a parar a casa de la misma Magdalena. Gabriel, sabedor de todo lo ocurrido, tiene una entrevista con Carmen y le echó en cara su mala conducta e infidelidad a todas sus promesas de amor. Estando así las cosas, y cuando todo hace prever un desenlace rápido, Don Eduardo, puesto al tanto de los intentos de Rosas, saca violentamente a Carmen de la casa de Magdalena y la manda secretamente a un pueblo vecino a vivir con la familia de un virtuoso sacerdote. Allí la joven se muestra muy laboriosa y servicial y se granjea pronto el aprecio y cariño de todos; pero se muere de hastío pensando en su primer amor. Consigue dar noticias de su paradero a Gabriel. Este, aunque hondamente herido en su amor, llevado de su cariño por la que no puede olvidar, pasa a visitarla; pero cuando se presenta para hablarla de perdón y de amor, la encuentra en conversación con Rosas. Siente no tener arma para acabar con los dos, y con el corazón hecho pedazos regresa violentamente, prometéndose no volver nunca a verla.

Carmen, que parece ser víctima de la suerte más bien que expiadora de pasajero olvido, escribe a Gabriel una carta llena de ternura empapada en sus lágrimas. Gabriel permanece obstinado esta vez, y la joven, presa de terrible angustia y también de despecho, teniendo que escoger entre el des-

(1) Cuando se casó Don Eduardo, Carmen tendría a lo mucho dos o tres años, y desde entonces su madre no quiso ya tener nada que ver con el señor Ortiz; es pues inexacto lo que dice Alfred Coester en *The Literary History of Spanish America*, New York, 1912, hablando de Carmen: "She is thus brought up to a love of luxury beyond her station in life . . ." No hay nada en la novela que justifique tal aserción.

precio de Gabriel y el amor de Rosas, se entrega a éste, que al poco tiempo la abandona en la miseria para buscar nueva víctima. No pudiendo Carmen soportar por más tiempo su desdichada existencia, pone fin a sus días envenenándose en su cuarto. Gabriel es de los primeros en acudir a verla. Contempla aterrado el cadáver de su amada y se retira silencioso a labrar el ataúd de la que probablemente fué su único amor.

Al acabar la lectura de *La Calandria* siéntese uno como al salir de la representación de una gran tragedia, con el alma hondamente conmovida. Muy bien dice Ciro B. Ceballos ⁽¹⁾ que esta novela de Delgado puede compararse a un corazón ensangrentado. Amargamente humana es *La Calandria*, y de no conocer la fe inquebrantable del autor, tentado estaría el lector a decir que pasea por sus páginas cierto fatalismo oriental.

En esta novela del más puro realismo, que bien podría llamarse drama pasional, desenvuélvese la acción gradual y naturalmente. Entrecortada una que otra vez por breves descripciones, que la realzan por su belleza, nunca se pierde de vista ni por un instante el tema principal. En algunas escenas tales como la última entrevista de los dos amantes en el cuarto de Gabriel, después de la primera caída de Carmen, predomina el elemento dramático. Dicha escena, así como el viaje de Gabriel a Xochiapan, están trazados con tal pasión que causan impresión profunda. Siéntense palpar en la primera la realidad y la vida. Es tal la impresión que nos causó, que al terminarla, casi hubiéramos deseado que acabase allí el libro, al modo de ciertas novelas italianas recientes, que ponen punto final después de alguna escena sumamente dramática, dejando al lector el cuidado de acabar la acción a su gusto. Tal fin habría podido ser artístico, pero no hubiera sido tan completamente real, ni amargamente verdadero como el que escoge el autor.

La minuciosidad y sencillez con que Delgado presenta a los personajes, haciéndoles hablar y obrar en el curso de la novela conforme al conocimiento que de ellos nos dió desde un principio, contribuyen a la unidad y armonioso desenvolvimiento de estas páginas, al par que dan a la obra su belleza y regularidad.

Qué hermoso tipo de aldeano es Gabriel, y qué mexicano! Como él hay muchos en todas las ciudades pequeñas de México. Es franco, resuelto, fuera de su casa comunicativo y amable, pero tiene los defectos de sus virtudes siendo también presumidillo, vanidoso e irascible. Está dotado de una honradez natural, común entre los hijos del pueblo mexicano, que por desgracia llegan muchos a perder por la fuerza de los malos ejemplos de los de arriba.

Orgullosa y muy prendada de su dignidad es Carmen, y esto nos explica lo que algunos ciertamente calificarán de dureza en las entrevistas que tiene con Gabriel después que ésta se ha permitido alguna familiaridad con Rosas. Muy a las claras nos lo dice la misma joven en varios de sus acongojados monólogos:

(1) *Revista Moderna*, Vol. 1-2, Año I, 15 de agosto de 1898, pp. 20-23.

"¡Ah, Gabriel, qué pagado estás de tu persona! ¡Eres pobre, de humilde cuna, un artesano. . . y tienes el orgullo de un rey! ¡Así te quiero, así te he querido. Digno, altivo, indomable, así te quiero para mí!"⁽¹⁾

Sólo este orgullo, esta altivez pueden explicar que Gabriel, aunque herido en su amor, no se haya rendido a las lágrimas y caricias de la joven. Esta altivez, este sentimiento de su dignidad y la conciencia de su fidelidad le dictan la última carta que escribe a Carmen, en la que asienta su posición muy claramente:

"Te habrás figurado que yo, por tal de casarme contigo, porque eres hija de rico, y yo un triste carpintero, iba a pasar por todo. . . eso sí que no! Aunque te amara mucho, mucho, más que a mi vida, más que a mi madre; aunque no hubiera en el mundo más mujer que tú, y fueras más bonita de lo que eres, no, y no! Primero me daba un tiro! Antes que todo están la dignidad y la vergüenza."⁽²⁾

Gabriel ama apasionadamente a Carmen, con un amor noble, elevado, digno, que le prohíbe abusar de la debilidad de su amada, pero que le prohíbe también aceptar las caricias de quien ya no merece su estimación.

Es muy conmovedora la tragedia que se verifica en el corazón de aquel artesano generoso y viril que, aconsejado por los celos, enfurecido por obra y arte del Gran Galeoto, y herido mortalmente por las ingraticudes y desvíos de su amada, contribuye sin saberlo a su propia desventura, a la pérdida y al crimen de Carmen y a quien cabe la tarea de labrar el ataúd que ha de recibir el cuerpo yerto de su amada.

Carmen es el tipo de la joven que desgraciadamente abunda en México. ⁽³⁾Víctima inocente de pasiones bastardas, "carne para los lobos", según expresión de una de las mujeres del patio de San Cristóbal, parece ser arrastrada por las circunstancias y por las costumbres de la sociedad en que vive al triste fin que con horror vemos cernirse sobre ella.

Dividida entre los atractivos de un afecto virtuoso que le brinda felicidad aún en la pobreza, y los halagos de la vanidad, las seducciones del lujo ofrecidas por boca de Rosas, rico y apuesto galán que a todo esto añade palabras de amor y juramentos de fidelidad, la joven sucumbe; un instante nada más, un beso, un baile —que llora apenas gozado— le arrebatan la felicidad soñada y preparan la catástrofe final.

¿No es esto lo que pasa a muchas jóvenes de la clase pobre? Deslumbradas por los ofrecimientos interesados de seductores de profesión y luego abandonadas hasta caer en la miseria y acabar —no como nuestra protagonista, pues dicho fin es muy raro en México y sólo puede explicarse por el

(1) Delgado, Rafael, *La Calandria*, p. 221.

(2) *Ibid.*, p. 317.

(3) Véase con referencia a este punto, Gruening, Ernest, *Mexico and Its Heritage*, New York and London, 1928, p. 543.

carácter extremoso de Carmen— sino en la casa de prostitución o el hospital.

Mejor suerte nos parece merecer Carmen, joven bella, ingenua, obsequiosa con todos; pero este último golpe, por rudo que parezca, viene preparado ya. Una vez, antes, tuvo Carmen su suerte en sus manos, y antes como ahora el despecho, este mal consejero, la encauza hacia su ruina. No supo entonces soportar unas palabras reprobatorias de Pancha, huyó del nido de sus amores para arrojarse en brazos de su enemiga.

Si los dos caracteres principales están trazados por mano maestra los otros no tienen menos realidad. Ahí está Magdalena cuya dualidad de carácter viene pintada con perfecta naturalidad. Caritativa, dadivosa, letrada y sabihonda es también chismosa, hipócrita, volteriana y además de muy sospechosa conducta. Si carecen de algo las vecinas del patio allí está Malenita, siempre lista para ayudar. Nos dice Delgado que la dadivosa Magdalena había sido para Guadalupe y para Carmen verdadera fuente de socorros. Pero ¡qué bien sabe desempeñar el papel de tentadora! ¡con qué arte le inculca a Angelina el veneno que ha de causar su ruina! Agente de Rosas, Celestina consumada, consigue arrancar a Carmen de los brazos de Gabriel para arrojarla en los de Alberto. De todo sabe valerse para sus fines; de la rudeza de Pancha, de los chismes del patio, de la pobreza de Gabriel, de la vanidad de la joven, de los atractivos de Rosas que contrasta con su mísero rival. ¿Qué tiene de raro que al cabo de algunos asaltos dé al traste con la fidelidad de Carmen y le arranque un sí tan pasajero como nefasto? Un beso, dado en un momento de inconsciencia y ese sí pronunciado en un baile, en un momento de deslumbramiento, ambos frutos de la malicia de esta mujer deciden la suerte de la pobre Carmen, para quien sentimos en todo el curso de la acción muy honda compasión.

Tal fué el arte con que Magdalena supo enseñorearse del espíritu de la joven, que ésta opuso muy viva oposición, casi desde un principio, a los consejos de Gabriel que le pedía apartarse de esa mujer. Más tarde, en las horas de desencanto, soledad y angustia, volviendo sobre el pasado, Carmen ve ya más claro y nos dice:

“Magdalena aborrece a muchas personas sin que éstas le hayan ofendido. A una no la quiere por bonita, a la otra porque es fea o no es elegante. Todo le repugna, todo le cansa. Es que Magdalena se paga de exterioridades; es ambiciosa, y envidia cuanto ve....” (1)

Pero alma sencilla y noble no culpa a Carmen, quien la arrastró sino que se culpa a sí misma.

¡“Para qué me creí de Alberto! La culpa es mía, sí, mía. Magdalena me dijo tanto, tanto de él... que me fasciné, me deslumbré

(118) *Ibid.*, p. 239.

con la elegancia de su traje..... pero no le quería yo, y no lo quiero." (1)

Aunque no nos guste Magdalena por ser quien es, no podemos menos de admirar la maestría con que está trazado su carácter. Como "El gran buzo de las almas" Delgado sabe que no hay hombre ni mujer enteramente bueno o malo y hace que esta mujer perversa redima en parte su maldad por su dadivosa índole.

Don Eduardo es el hombre del mundo de los tiempos modernos. Responsable de una falta para la cual la sociedad muestra hoy mucha indulgencia, cree rescatar su desvío con unos puñados de oro. Pero los hechos hablan, y allí están para demostrar con luz meridiana cuán engañado anda en sus juicios. La responsabilidad de Don Eduardo es tremenda. Habríale bastado a Carmen la sombra de su padre, y el respeto que su nombre habría inspirado —y que Carmen tenía derecho de llevar— para salvarla. Aunque al saber la huida de Carmen con Rosas pronuncia solemnemente, frente al Padre González, las siguientes palabras que parecen expresar la idea moral del autor en esta novela,

"Cada uno abre a sus pies el abismo de su propia desgracia... Carmen no ha sido la excepción de la regla. ¡Para mí... como si hubiera muerto!"

la muerte desgraciada de Carmen debió pesar sobre su conciencia como un horrendo crimen. Y prueba de que comprende su responsabilidad es que a renglón seguido prorrumpe en

"Padre, esto parece un castigo de Dios."

Como estos, así están los demás personajes rebotando vida, individualidad y verdad. Allí tenemos el grupo de comadres del patio de San Cristóbal —que algo tiene de parecido a ese otro en que imperaba el mismo Monipodio— con sus chismes, sus pleitos, su lengua suelta, picosa, entremetida y maldiciente, pero con su buen corazón, su religiosidad y su generosidad hasta el sacrificio. Allí se codean sin confundirse Pancha, Petra y Petrita, La Candelaria, Tacho y Enrique; los viciosos catrines, amigas de Rosas, Jurado el tinterillo, amigo de forjar escándalos y de robar honras. Con razón dice Ciro B. Ceballos hablando de ellos:

"Sus personajes son legítimos, tienen sangre criolla en las arterias, los vemos todos los días, vegetan por doquiera... Son nuestros conocidos, nuestros vecinos acaso, en algún instante nos han conmovido sus padecimientos, sus expoliaciones y sus vicios irresponsables, muchas veces los amamos con poética ternura y seducidos por el positivo interés que despiertan los lineamientos de sus caracteres disímbolos, hemos experimentado el irresistible deseo de procurar hacer la disección de sus almas generosas y sin graves complicaciones internas, la monografía de las peripecias de su acia-

(1) *Ibid.*

ga vida o el enquiridión de sus sarcásticos y pintorescos refranes!" (1)

El estilo de Delgado en *La Calandria* es liso y elegante pero ante todo es natural, tan libre de preciosidades como de descuidos, y siempre adaptado a las circunstancias y a los caracteres. Maneja el diálogo rústico con toda la frescura, la poesía y el sentimiento que le son propios. Prueba de ello sus inimitables diálogos entre Gabriel y sus amigos Tacho y Enrique que por el realismo del lenguaje más bien parecen copias de conversaciones taquígrafadas que obra de autor.

Descuella Delgado en las descripciones que forman como cuadros de oro para la acción. Estas descripciones son exactas al par que artísticas. Si alguna vez parecen de un colorido algo subido, acuérdesse el lector de que Delgado tiene ante sí la flora tropical de perfumes y colores embriagadores, las majestuosas cordilleras y el azul inmaculado del firmamento veracruzano. Léase en prueba de ello la descripción que nos da de la salida del sol en Pluviosilla:

"A las primeras inciertas claridades sucedieron rosados fulgores que se desvanecían en violadas ondas; el rosa se tornó en púrpura, y poco a poco se hizo más y más vivo, más y más intenso, hasta tomar el color de fuego y convertirse en un amarillo deslumbrador.

"Huyeron las sombras que dormitaban en las vertientes y en los mil repliegues de la cordillera; huyeron, desgarrando sus capuces en los picachos. El volcán parecía envuelto en una gasa de oro. La luz inundó el valle, y haciendo espejear las vidrieras de los edificios lejanos y los azulejos de las cúpulas, centelleando con reflejos de plata en los faroles de las calles, suntuoso y magnífico como un soberano persa, el sol apareció en el horizonte, entre dos montañas.

"La tórrida Pluviosilla cantaba con las variadas voces de sus campanarios la ovación matinal; en uno graves; en el otro agudas; aquí desapacibles y desentonadas; más allá sordas y tristes." (2)

y ésta que describe el paisaje de Xochiapan momentos después de la puesta del sol:

"El sol se había ocultado. Las sombras bajaban de los montes a toda prisa, más y más grandes. Brillaban luces en el caserío, encendían los cocuyos sus linternas, y de aquí, de allá, de todas partes, solemne, imponente, terrífico, se levantaba el rumor nocturno de las selvas. En el límpido cielo, todavía iluminado por las postreras claridades del crepúsculo, centelleaban pálidas las primeras estrellas. En la vieja torre de la iglesia sonó una campanada cuyo tañido repetían los ecos." (3)

(1) "Seis Apologías, Rafael Delgado" en *Revista Moderna*, Vol. 1-2, Año I, México, 15 de agosto de 1898, pp. 20-23.

(2) *Ibid.*, p. 175.

(3) *Ibid.*, p. 217.

Primorosas son también las descripciones del jardín de Pluviosilla, del camino de Xochiapan, del patio de San Cristóbal, y del cuarto de oficina de Don Eduardo que por momentos en la exactitud del detalle recuerda al gran Balzac, así como sus pinturas de la naturaleza, parecen hechas con el pincel de Chateaubriand.

Y ¿qué diremos de sus cuadros de costumbres? Me parece que después de leer *La Calandria* está uno tan enterado de la vida en una población pequeña de México, —digamos mejor Veracruz— como lo está uno de la vida de los atribulados pescadores santanderinos al acabar *Sotileza*. Conocemos ya la vida en la casa de vecindad —llamada patio en Veracruz— tan común en México; hemos asistido a un velorio popular con sus turnos de oración, de esparcimiento y de bebida; nos hemos impuesto de lo que eran las hermandades, cofradías y gremios, y de sus ceremonias religiosas y populares; hemos sido testigos de un baile de cumpleaños en una cantina de Pluviosilla adornada para la circunstancia como lo son hoy día los salones de baile cantinas que vemos en las ciudades fronterizas, con vistosas guirnaldas de papel, largas bandas, de papel también, con los colores nacionales, innumerables banderitas y algunos cuadros grandes, rústicos unos, históricos otros, pero todos de un colorido verdaderamente rabioso según el mismo Delgado. Hemos oído también los requiebros y piropos de los enamorados charritos por las calles; además, el autor ha hecho desfilar ante nosotros por la plaza o jardín de su querida ciudad a medio Pluviosilla, niños, hombres y mujeres del pueblo, catrines, Lolita Ortiz con un grupo de señoritas. Allí se han conocido Alberto Rosas y Carmen.

La Calandria contiene en sus páginas un fino estudio del amor —no del amor complejo y refinado o del amor simplemente carnal, sino del amor joven, puro, sencillo, que brota y crece como las flores en la primavera, perfumando cuanto toca. Brota el amor en el corazón de Gabriel y a poco tiempo se apodera de él por completo. Bien nos lo dice el gusto con que Gabriel cede a Carmen su cuarto, avío y cama, cuando ni siquiera quería que su misma madre descansase en ella; y el hecho de que para complacerla deja de *hacer San Lunes que hasta las gallinas hacían*. Carmen a su vez pone muy especial esmero en planchar la ropa de Gabriel y en prepararle la comida. Viene luego la declaración formal de amor que desde hacía tiempo suspiros y miradas habían hecho patente. ¡Qué tierno y hermoso es este cuadro en su sencillez! y, qué bien nos describe Delgado los efectos de esta declaración en el corazón de Gabriel:

“Una alegría jamás sentida llenaba el alma del muchacho; el corazón se le salía del pecho. Le daban ganas de morir.” (1)

Analiza también el novelista con suma fineza la lúgubre tristeza que suele acompañar al primer amor. (2) A la declaración recíproca de amor,

(1) *La Calandria*, p. 42.

(2) *Ibid.*, p. 43 y sig.

siguen las pláticas nocturnas con sus diálogos rebosantes de candor y frescura que terminan en sonado beso.

El último párrafo del Capítulo X es otro rasgo del genio analista del autor. Al pasar Lola Ortiz con unas señoritas por la plaza de Pluviosilla, una de éstas le hace notar que Alberto Rosas mira con mucha insistencia a Carmen, y Lolita le contesta:

“Deja, hija! yo no sé por qué la gente decente se olvida así de su clase y rebaja su dignidad hasta galantear a esas pobres muchachas!” (1)

Sin duda alguna esta frase, aunque pronunciada sin ninguna intención, debió de influir en el ánimo de Carmen y en su decisión cuando algunos días después Rosas le ofreció su amor.

Viene luego la separación, la honda herida, y tenemos tanto de parte de Carmen como de Gabriel, monólogos frecuentes. En Gabriel, una lucha dolorosa y tremenda, entre, su amor herido, pero siempre vivo, el sentimiento de su dignidad ofendida y los consejos de su madre. El alma de Carmen a su vez está dividida entre la esperanza de perdón de parte del mocito que ama y la negra desesperación en vista de la frialdad que Gabriel aparenta. La escena en que presenciamos la última entrevista de los dos amantes es la más conmovedora. En ella vemos que Gabriel ha triunfado ya en el corazón de Carmen sobre su rico rival. Cuando la joven a fuerza de lágrimas y de caricias parece haber ablandado ya el corazón de Gabriel se acerca a darle un beso y éste, recordando en el acto el beso que ella ha dado a su rival pocos días antes, la rechaza indignado.

De paso diremos que no nos agrada que Carmen ofrezca ser la querida de Gabriel al verse despreciada por éste. Mucho le costó a Gabriel esta victoria, pues la voz del amor y los impulsos generosos de su corazón luchaban para enseñorearse de su alma. Dejemos que el mismo Delgado lo diga:

“Mudo, inmóvil, como petrificado por un hechizo, permaneció en el centro de la pieza, siguiendo con mirada atónita a la doncella que salía avergonzada y llorosa. Luego que la vió desaparecer dió unos cuantos pasos hacia la calle, y cerró de un golpe la puerta.”

“El dolor hasta entonces contenido estalló terrible. Gabriel quiso gritar y no pudo, le ahogaban los sollozos; quiso andar, y le flaquearon las piernas; se apoyó contra el muro y después de un instante de horrible angustia, de suprema congoja, rompió a llorar como una débil mujer.”

El pensamiento del suicidio le asaltó un instante, quiso huir, una huida sin término, a lejanas tierras, muy lejos de esta Pluviosilla fatal para su dicha. Pero el recuerdo de su madre lo detuvo.

El viaje de Gabriel a Xochiapán a la par que ilustra el poder analítico de Delgado nos da también una idea del arte que tiene para conmover. Con-

(1) *Ibid.*, pp. 47-48.

testando a un llamamiento angustioso de Carmen, Gabriel, que a pesar suyo no puede olvidarla, llega a Xochiapan el domingo por la mañana. Una mirada profundamente triste que le dirige la joven desde lejos, le llega al corazón y da al traste con sus resoluciones.

“¡Me ama! ¡Pobrecilla! He sido cruel con ella. Le hablaré, sí, le hablaré; le diré que la amo con toda mi alma; que no puedo olvidarla; que no puedo vivir sin ella! Le diré que la perdono; que volveremos a ser felices. ¡Pobrecita! Está pálida, enferma. . . . y no quiero aumentar su desgracia.”

Mas antes de que pueda hablarle, cuando llega frente a las ventanas de la casa cural, sorprende a Rosas en conversación con ella. Este fué el último y más tremendo golpe.

“Quiso matar a su rival como a un perro y luego a la infame que le engañaba, pero se encontró sin armas.”

Y viene por fin la última carta de Carmen de lo más enternecedora. Nos muestra ésta a Delgado manejando el bisturí de analista al modo de Bourget, aunque en un ambiente social del todo diferente. Pero quiere la suerte que la mensajera de Carmen para esta última embajada sea Salomé, otra chismosa del patio de San Cristóbal, que ve con malos ojos a Gabriel, que nada se duele de las agonías de Carmen y que derrama vinagre donde tan sólo honda simpatía hubiera podido producir algún alivio.

Al fin sucede lo que había de suceder: Carmen abandonada de cuantos pudieran ayudarla, mal aconsejada por aquellos en quienes confiaba, se ve frente a este terrible dilema: escoger entre el desprecio de Gabriel y el amor de Rosas. Su respuesta en tal caso no puede ser dudosa.

En este largo análisis de la pasión amorosa hay tan sólo una nota humorística que nos arranca una sonrisa sin conseguir distraernos de tal tragedia que se desarrolla paso a paso. Y es que el Padre González, al dar cuenta de la perfecta conducta de Carmen a Don Eduardo, le dice varias veces, que una cosa es cierta y es que Carmen no está enamorada —pues de estarlo ya lo habrían notado él y los suyos— ya que bien sabido es que el amor y el dinero no pueden ocultarse largo tiempo. ¡Qué cieguitos estarían!

Si se nos preguntase acerca de las ideas de Delgado en esta novela, constataríamos que este libro es esencialmente obra de arte, que a todas luces no la escribió el autor para que fuese vehículo de sus ideas. Diríamos además que *La Calandria* se acerca mucho al ideal objetivista del credo realista. Casi parece imposible que el autor de los cuentos, muchos de ellos autobiográficos, casi todos de muy marcado subjetivismo, haya podido escribir un libro tan impersonal. Esta hazaña revela en su autor profundo conocimiento de las reglas que rigen al arte literario moderno y habilidad para aplicarlas.

Creemos que el objeto principal de Delgado al escribir *La Calandria* ha sido darnos un cuadro real y verdadero de la vida del pueblo mexicano,

de ese pueblo sufrido y valiente que él tanto quería. Las penas y los goces, las esperanzas y las tristezas, las virtudes y los vicios de sus queridos hijos orizabenses, le han guiado al escribir estas páginas tristes.

Sobradamente nos prueba con su obra, que el interés de una novela no depende de lo encumbrado de los personajes ni de lo complicado de las situaciones, ya que con elementos sencillos nos ha dado un cuadro perfecto de costumbres, notable por la exactitud con que reproduce la realidad de la vida en todos sus caracteres y situaciones. Como lo dice Moreno Cora:

“Nos conmueve con las desgracias de una joven de nacimiento humilde, haciendo caer la responsabilidad de su muerte sobre personas de la mejor posición social, sin inspirar odio hacia ellos y embelleciendo el carácter de Gabriel, tipo exacto de nuestros jóvenes artesanos, con todo lo que puede hacerle interesante sin dejar de ser verdadero.” (1)

Delgado se muestra triste en esta novela, pero así tiene que ser, ya que

“no hay modo de referir tragedias sino con términos graves, y es condición de las llagas no dejarse manejar sino con dolor y con sangre.” (2)

Pero está patente también en la novela su bondad de carácter, su suavidad,

“ni aun para Rosas, el infame seductor, tiene censuras acres; parece explicarlo como producto del medio, de la inercia de los de su clase, de la admiración que produce el dinero en pueblos tan jóvenes como el nuestro.” (3)

Esta novela pone en relieve el respeto que siente Delgado por la religión ya que escoge para representarla un hombre como el Padre González, piadoso, recto, ilustrado, de costumbres sencillas, si bien algo ingenuo. Un toque de sátira, velada en términos humorísticos, va dirigida a los tinterillos como Jurado, hambrientos de honras ajenas y empeñados en desacreditar a la Iglesia con sus noticias de escándalo, sus petrinismos y paulinismos.

Es pues evidente que *La Calandria* no es obra de propaganda sino de arte puro. Gran crédito merece Delgado por haber sabido evitar un escollo en que se estrellaron algunos de los más encumbrados novelistas españoles, tales como Galdós y el mismo Pereda a quien Delgado tanto admira.

Escuchando la voz del poeta argentino Esteban Echeverría que abogó por una literatura genuinamente americana sin material europeo para sus producciones, Delgado comparte con Micrós la gloria de haber expresado con más perfección la idiosincrasia del pueblo mexicano, dándonos en *La*

(1) *Obras de Moreno Cora, La Calandria*, B. A. M., tomo 32, p. 422.

(2) Salado Alvarez, Victoriano, *Don Rafael Delgado*, en *Revista Moderna*, Vol. 5-6, Año VI, p. 241, y también Victoriano Salado Alvarez, *De mi cosecha, Estudios de crítica*, Guadalajara, Imprenta de Ancira y Hermano, 1899.

(3) Victoriano Salado Alvarez, *ibid.*

Calandria una obra que es a la vez nacional y regional. No hay en la novela del modesto orizabeño ni reminiscencia de costumbres extranjeras. Se desarrolla en un medio mexicano; palpita en cada una de sus páginas el sentimiento que caracteriza al pueblo de Anáhuac.

De paso diré que se encuentra en *La Calandria* alguna que otra repetición de palabras, aunque menos que en sus cuentos, donde la hay de palabras y de ideas con más frecuencia, unas cuantas oraciones un poco largas y pesadas en el primer capítulo; dos coincidencias que me han parecido ironías de la suerte; v. g: el que Rosas se encuentre en Xochiapan el mismo día que Gabriel y que se llegue a hablar con Carmen segundos antes de que lo intente el artesano, y el que Carmen escoja para fugarse las primeras horas del día en que han de venir por ella su padre y su hermana. Estas dos coincidencias, así como otros hechos de la novela hacen que casi no pueda uno abstenerse de pronunciar la palabra "fatalismo" al concluirla.

Angelina, la segunda novela de Delgado, parece ser relación de un capítulo de su vida. (1) En ella, como al tratarse del cuento autobiográfico *Amor de Niño* da en llamarse Rodolfo. La trama de esta novela, si tal nombre se merece el enlace de los incidentes que forma la historia, es aún más sencilla que en *La Calandria*.

Rodolfo es un joven estudiante, huérfano y pobre, que sólo cuenta con el amparo de dos tías ya ancianas. Al acabarse el año escolar en el colegio de la capital donde asiste, regresa dichoso a su casa en Villaverde para pasar allí las vacaciones. Al llegar se da cuenta de que sus tías están ya en la miseria y han tenido que vender hasta la casa paterna para poder tenerle en las aulas.

También tiene la sorpresa de encontrar en casa una joven que sus tías han recogido. Se llama Angelina; es huérfana como él. Hermosa, discreta y activa, es por su abnegación y jovialidad la alegría de sus tías y su mejor apoyo. Un anciano sacerdote ha hecho con ella el oficio de padre, y para ponerla al abrigo de las gavillas de gente desalmada que merodean por la sierra donde tiene su curato, la ha confiado al cuidado de las dos ancianas.

(1) Está equivocado Alfredo Coester en su *Literary History of Spanish America* al decir que *Angelina* fué la primera novela de Delgado. Así debiera ser, pues según observaciones del mismo autor, mucho de *Angelina* es transcripción de apuntes tomados muy anteriormente—"cinco lustros"—Pero estos apuntes fueron reunidos en un tomo y publicados por primera vez en 1893, tres años después de la aparición de *La Calandria*. La Enciclopedia Universal Ilustrada, Europea Americana, tomo 38, p. 1322 incurre en el mismo error. González Peña, e Iguiniz tan sólo mencionan la segunda edición de 1895. La primera edición de *Angelina* se imprimió en Orizaba en 1893 y viene publicada con un prólogo del autor fechado a 30 de julio de 1893. Una 2ª edición se publicó en México, Antigua Imprenta de Eduardo Murguía, Portal del Aguila de Oro, Núm. 2, 1895. Una 3ª en Barcelona por la Casa Editorial Maucci, calle Mayorca 166, con estudio preliminar de Ventura García Calderón. Es el tomo XI de la *Colección de Escritores Americanos* dirigida por V. G. Calderón. Dicha edición está publicada con previo permiso de Don Miguel Hernández Jáuregui, antiguo discípulo de Delgado y heredero de sus derechos.

Los dos jóvenes traban estrecha amistad que se convierte de pronto en una pasión noble y pura, y se dan recíproca promesa de amor y fidelidad. Rodolfo, consciente de su obligación hacia sus tías, una de las cuales está enferma de parálisis, renuncia a su carrera y se propone pagar la deuda de gratitud que con ellas ha contraído supliendo con su trabajo las necesidades de las ancianas. Pero fuera de casa no encuentra sino recelo y frialdad. Este primer contacto con un mundo egoísta y chismoso le apena hondamente. Tiene momentos de pesimismo y de melancolía, ¿diremos de agudo romanticismo? La lucha en tal ambiente le asusta y repugna. Entonces Angelina, que ha sido un ángel de caridad y dulzura para con la tía enferma de Rodolfo, se hace también ángel suyo y le consuela con su presencia y amor. Rodolfo encuentra en la compañía de la joven lo que le hace olvidar todos sus pesares y humillaciones.

Al cabo de algunos meses de dicha en que el amor les aligera todas las dificultades, saben que el protector de Angelina quiere llevársela para el pueblo en donde está de párroco. El golpe es tremendo. Angelina no puede resignarse a la partida. Algo le dice que la separación le será fatal; que sus amores no florecerán, pues desde la cuna la han perseguido el sufrimiento y la desgracia.

Rodolfo procura darle una fuerza que él mismo no tiene. Llega el día de la partida y Linilla, así han dado ya en llamar a Angelina, se marcha con el Sr. Herrera, su padre adoptivo.

Los días que siguen a la separación son amarguísimos. Angelina, la alegría de la casa, se ha ido y su ausencia les ha dejado a todos en tristeza. Rodolfo está inconsolable; cual otro René busca alivio en la soledad y en la comunión con la naturaleza que le habla a cada instante de su amada. Poco después deja él también la casa de sus tías y pasa a servir a la hacienda del Sr. Fernández. Allí conoce a la hija de éste, Gabriela, joven hermosísima, de gustos artísticos y de una modestia igual a sus raras prendas. El joven se siente subyugado por los atractivos de Gabriela, aunque en su corazón permanece fiel a Angelina. La huérfana escribe a Rodolfo unas cartas llenas de ternura y amorosa pasión que conmueven a Rodolfo profundamente. Pero con la perspicacia de mujer enamorada, prevé que su amado no podrá resistir a los hechizos y atractivos de la Srta. Fernández para quien ya había anteriormente manifestado admiración. Sus temores suben de punto cuando sabe que Rodolfo y Gabriela viven bajo un mismo techo y piensa que su amor al interponerse entre los dos amantes puede arrebatar a Rodolfo la ventura que la mano de la hermosa y rica heredera puede proporcionarle.

Eleva entonces sus ojos a Dios y se acoge a El, y después vuélvelos hacia los pobres, huérfanos y desgraciados como ella y resuelve ser ángel de caridad para con sus hermanos de infortunio. Escribe a Rodolfo una carta enternecedora dictada por la más acendrada ternura y un sentimiento sublime de desprendimiento en la que le cuenta de su resolución:

"Al escribir estos renglones estoy bañada en lágrimas, siento que el alma se me va, porque te he amado y te amo todavía con todas las fuerzas de mi corazón; pero he comprendido que debo ser franca; que haría mal, muy mal, si fomentara en el tuyo un sentimiento que te cierra las puertas de un porvenir que yo no debo malograr . . . Muchas veces le he preguntado a mi corazón si te ama como mereces ser amado, y siempre me responde que sí; pero mis gustos me inclinan hacia otro lado, me llevan por otro camino . . . ¿A dónde? Yo misma no lo sé. Acaso a servir a los pobres, a los huérfanos como yo, para quienes el mundo es un desierto." (1)

Rodolfo, a quien Gabriela ha hecho confidente de su amor para con otro joven, recibe el mismo día la noticia de la muerte de su tía enferma y la carta de Angelina. (2) Agobiado bajo el peso de tanto dolor busca en el trabajo consuelo y fortaleza; pero en su corazón guarda un rinconcito que, según nos dice, veinte años después no ha sido profanado aún por el amor de otra mujer— y allí vive Linilla.

No puedo llegar a creer que *Angelina* sea el fruto de la madurez de Delgado. Más bien me parece, que de sí mismo habla al poner en boca de Rodolfo estas palabras:

"Confieso que al ir copiando estas páginas, escritas hace cuatro lustros (en otra parte dice cinco) y tanto tiempo olvidadas, torna y se apodera de mi alma árida y triste, aquella plácida melancolía de mi penosa juventud; confieso que al copiar los capítulos de esta historia amorosa, viene a mi memoria el recuerdo de aquellos días, y de mis ojos, que ya no saben llorar, rueda una lágrima." (3)

Nos dice además Delgado en su prólogo a la primera edición, que estas páginas son la historia de un pobre muchacho tímido y crédulo; historia sencilla y vulgar, más vivida que imaginada, que puede resultar interesante y simpática para cuantos están a punto de cumplir sus cuarenta años. Esta es precisamente la edad de Delgado cuando escribe este prólogo en 1893.

Aunque no nos dijera Delgado que estas páginas son transcripción de sucesos acaecidos, relación de amores vividos, bastaría para hacérselo sospechar, la naturalidad y sencillez de la narración, su tono de absoluta sinceridad, el número de detalles íntimos y su precisión. "Alterando apenas ciertas fechas y ciertos nombres, nos relata una aventura propia," dice Ventura García Calderón. (4) Lo mismo piensa y afirma Rafael Angel de la Peña:

"Entiendo que al poner en algunos de sus personajes los sentimientos más elevados y generosos, no hace más que prestarles su propia alma con su modo de sentir. Hasta llego a pensar que *An-*

(1) Delgado, Rafael, *Angelina*, p. 536.

(2) Es inexacto que Gabriela arroje al fin a Rodolfo de su presencia, según afirma Alfred Coester, *ibid.*, p. 368. La señorita Fernández es demasiado fina para hacer tal cosa; ambos permanecen hasta el fin amigos y confidentes.

(3) *Ibid.*, p. 84.

(4) Prólogo a *Angelina*, Edición Maucci, p. 8.



*D. Rafael Delgado cuando estuvo de Director
de Educación en Jalisco.*

gelina es la revelación de su vida interna y de sus dolores íntimos. . . .” (1)

No es menos explícito Francisco Sosa:

“Dice Delgado en el prólogo de su novela que ésta había sido vivida . . . no necesitaba decirnoslo para que lo comprendiéramos. Tanto es así que entre los que la han leído, muy contados son los que ven en ella otra cosa que un retrato autobiográfico.” (2)

Es sin embargo difícil determinar dónde empieza y dónde acaba lo autobiográfico en *Angelina*. Materia sería esta para otra tesis. El que emprendiese tan interesante tarea habría de tener también en cuenta las palabras de Delgado en su prólogo a *Los Parientes Ricos*:

“Si el libro tiene forma autobiográfica algunos llegan hasta declarar al autor protagonista de la obra . . . Lucidos y medrados andaríamos los novelistas, viviendo tantas vidas, llorando tantas desventuras y traídos y llevados de dolor en dolor.” (3)

Queda visto que el argumento en *Angelina* es de lo más sencillo. Parece imposible escribir una novela valiéndose de un enredo—si cabe llamarlo así—que apenas parece ofrecer materia para un cuento corto. No falta sin embargo el relato de interés; muy al contrario permanece éste vivo y hasta va creciendo hasta la última línea. En esto, como ya hemos hecho notar en *La Calandria*, está la prueba de las espléndidas dotes literarias de Delgado.

Apartándose igualmente de un idealismo intelectual y frío como de un naturalismo servil y malsano consigue darnos una novela que es fiel retrato de la vida y que de artística manera nos pinta el modo de ser, el ambiente villaverdino, allá por los años que siguieron a la caída del Imperio.

Alguno dirá tal vez que la nota romántica es muy marcada en *Angelina*, que Rodolfo parece ser hermano de René o Efraín, así como Angelina es hermana de María. ¿Qué tiene eso de raro? Así debe de ser. Acuérdesse el lector que Delgado pretende darnos la historia de un joven que se atusaba el bigote naciente allá por el 67, el año mismo en que salió a luz la inmortal *Maria* de Isaacs, cuando las rimas de Leopardi y de Bécquer eran el manjar favorito de los discípulos de Apolo, y recuérdese también que los protagonistas viven en Villaverde, ciudad bañada de luz y de calor tropical, donde ser joven es ser romántico.

La acción en *Angelina* es un poco lenta. Está retrasada a veces por descripciones de la naturaleza, cuya belleza nos parece suficiente excusa, y otras por la pintura de cuadros de costumbres que rivalizan con los mejores

(1) *Angelina, Estudio Crítico*, Imprenta y Lit. de F. Díaz de León Sucrs. S. A. México, 1894, p. 5.

(2) Sosa, Francisco, Prólogo a *Obras de Rafael Delgado*, B. A. M. XLII, p. 33.

(3) Delgado Rafael, *Los Parientes Ricos*, B. A. M. Tomo 47, Prólogo, p. 6.

de Pereda. Pero si algo pudiera censurarse en la lentitud de la acción, dicha falta está compensada por la rapidez del desenlace que a modo de tempestad tropical se desata como un rayo dejando al lector atónito, hondamente conmovido, y purificado, pues dicho desenlace tiene el efecto típico de las grandes tragedias.

Mas no se crea que por súbita e inesperada la resolución de Angelina no tiene explicación. La tiene, y plausible en los sentimientos de religiosa delicadeza y dignidad de la joven, tan a menudo manifiestos en sus relaciones con Rodolfo durante su noviazgo, en su angelical caridad que le hizo prodigar tantos cuidados a la tía Carmen y que hizo muchas veces exclamar a tía Pepita: "Linilla ha de parar en hermana de la Caridad". La tiene además en el carácter cambiadizo de Rodolfo y más que todo en la elevación y magnitud del amor de Angelina que le hace sacrificar todos sus ensueños a la dicha de su amado.

En *Angelina* como en *La Calandria* los personajes nos agradan por su verdad y consistencia. Los que en todo o en parte son copia del natural, Delgado ha sabido purificarlos de las crudezas y deformidades que no venían a cuenta en el claro oscuro de sus cuadros; y los que son hijos de su fantasía, los ha ideado con tal verdad que se parecen a personas reales a quienes vemos y hablamos todos los días.

El primer lugar pertenece a Angelina la dulce protagonista en este drama de amor. Es una hermosa creación. En ella la belleza del cuerpo tan sólo está superada por la belleza del alma. La nobleza y elevación de sus sentimientos, su abnegada caridad, su dulzura invencible en medio de los rigores de la suerte, cautivan nuestro espíritu y nos roban el corazón. El amor que brota en su alma es tan puro, ingenuo y sincero que "más parece encendido allá en el cielo que nacido acá en la tierra."⁽¹⁾

No creo haber leído nada más encantador que sus cartas por la sencillez, frescura y pureza del amor que revelan y la ingenuidad casi infantil que demuestran. En la primera le da cuenta a Rodolfo de lo mucho que ha trabajado para hacer de la casa cural, que antes estaba "atroz" un espejo de limpieza; y prosigue:

"Lo que es ahora da gusto pasear por estas piezas. Sólo yo no tengo para nada, porque la tristeza me mata A cada rato me dan ganas de llorar. Me escapo, me voy al jardín o a la iglesia, y allí solita sin que nadie me vea, lloro y lloro por tí. A veces creo que estoy sola en el mundo, que nadie me quiere; que tú ya no piensas en mí, en tu pobre Linilla . . . Pero tengo ratos de alegría, muy dulces, cuando pienso en que me quieres mucho, mucho, y en que estarás taciturno, cabizbajo, melancólico y apesadumbrado por mi separación. Y me digo: ¡Mejor! ¡mejor! ¡que se apene! ¡que padezca! ¡Eso será señal de que me quiere y piensa en mí! Perdóname. El amor es egoísta . . . ¿Verdad que estás triste, y que hasta tienes ganas de llorar, porque no estoy allí, a tu lado y no me

(1) Rafael Angel de la Peña, *ibid.*, pág. 14.

ves ni me oyes mi voz? Yo sí te veo, te veo a todas horas y no en retrato. Entorno los ojos, y luego apareces delante de mí, igualito como eres . . . ¡Y te hablo, y me hablas, y eres conmigo muy cariñoso, muy tierno! Y me miras, y te miro . . .

"Entonces soy dichosa, muy dichosa y siento que soy la más feliz de las mujeres. Pero cuando me pongo triste y con ganas de llorar, entonces cierro los ojos y . . . no te veo! . . . ¿Será cierto que a veces te olvidas de tu Linilla? Pues tu Linilla no te olvida, ni te aparta un momento de su memoria. ¿Será cierto que en algunos momentos vives para . . . otra? ¿Verdad que no?" (1)

La segunda es muy parecida a la primera. Están en ella los mismos sentimientos, con la misma intensidad y pureza. En ella Angelina le dice a Rodolfo que, de paseo con el Padre Herrera, ha ido deshojando margaritas de los maizales preguntándoles acerca del amor que él le tiene. Después procura curar a Rodolfo de sus pesimismo románticos y le escribe un hermoso párrafo acerca de la alegría de vivir para hacer el bien y amar.

"Te quiero con toda el alma, Rodolfo mío; no vivo más que para tí, y me duelo mucho que me digas esas cosas tan tristes. ¿A qué hablar de la muerte cuando somos tan dichosos? . . .
 . . .yo quiero vivir, vivir para ti, mi Rorró; para ser dichosa si eres dichoso; para amar lo que tú amas; . . . para padecer si tú padeces, que en eso cifro mi dicha mayor." (2)

Para qué alargar las citas. Habría que relatar aquí cada uno de los diálogos amorosos de los dos amantes, sin olvidar las páginas tan tristes en que Linilla con un candor de niña cuenta a su Rorró la historia de su vida, y la última carta de la joven, ya mencionada, si se quisiese recordar todo lo tierno, lo bello, lo sublime que hay en el amor de Linilla, y sería cosa de nunca acabar.

Sí, queremos decir que este retrato de Angelina, que no consideramos inferior al de la María de Isaacs, demuestra conocimiento perfecto de la pasión femenina. Revela en Delgado al concienzudo psicólogo que ha estudiado las sinas más profundas del corazón humano, y al artista insigne que ha sabido expresar con el lenguaje de la pasión las reconditeces del alma.

Rodolfo es un joven de muy nobles sentimientos, como lo prueban su gratitud y cariño para con sus excelentes tías y el afecto puro y sincero con que paga la ternura de Angelina.

El mismo analiza para nosotros este afecto:

"El amor que Angelina me inspiraba no era ese que nos promete dichas y venturas, lisonjeando nuestra vanidad, halagando nuestro orgullo y despertando risueñas esperanzas; ni ese otro abrasador, apasionado que nos encadena a las plantas de soberbia beldad, sumisos a su capricho, esclavos de su hermosura, desespe-

(1) Delgado, Rafael, *Angelina*, Edición Murguía, p. 341.

(2) *Ibid.*, p. 393.

rados si nos desdeña, locos de felicidad si nos favorece con una sonrisa. No; era purísimo y desinteresado afecto; sentimiento de profundo dolor que sólo parece traer desgracias, que sólo nace y vive para llorar y que libre de sensuales impurezas es una eterna aspiración al cielo. Amaba yo a Angelina, la amaba con toda el alma y no por hermosa, sino por buena y desgraciada. Creía yo que mi madre bendecía desde el cielo aquellos amores sencillos, puros, inmaculados como el lirio silvestre que abre su nítida corola al borde de un abismo, entre los iris de espumosa cascada, allí donde no ha de tocarle la mano del hombre. . . .” (1)

Rodolfo ama la virtud y el trabajo; es enemigo de chismes y murmuraciones; tiene inteligencia clara y un juicio recto e íntegro como lo demuestra al decir a Angelina, indecisa entre quedarse con él u obedecer la invitación del Padre Herrera,

“Linilla, lo primero es lo primero . . . Yo te lo agradezco, ganas mucho en mi cariño, pero antes que yo y que mis tías está tu protector, tu padre, que padre ha sido para tí ese buen anciano.” (2)

Tiene sus ratos de melancolía, sus días sombríos, fruto, según él, de los días pasados tras los paredones del colegio, lejos de su familia, que amargaron su carácter y de sus lecturas románticas.

Cuando llega para Rodolfo el día de la prueba, cuando se ve puesto en el caso de demostrar a Linilla los quilates de su amor, vemos entonces que ha estimado en demasía su cariño para con ella, y que este se ve puesto en la balanza y casi viene a ser superado por otro. ¡Qué bien justifica esta casi infidelidad los temores y las aprensiones de Angelina! y, ¿no justifica también la heroica determinación que toma la protagonista?

Aunque acoja la noticia de la resolución de Linilla con mucho más pesar que la noticia de la muerte de su tía, y que como él dice “sintió que se ahogaba,” no comprendemos cómo puede resignarse tan fácilmente. Ya que él ha provocado con su inconstancia tal determinación, ¿cómo no toma los medios de hacer que vuelva Angelina sobre ella? Su resignación parece inexplicable—casi culpable—frente a la de Angelina que raya en lo sublime? Cómo explicarla? Tan sólo dos respuestas vemos; o bien Rodolfo se consuela con la esperanza de conquistar a Gabriela —y esto no es probable ya que Gabriela le ha dado cuenta de sus amores y de su absoluta fidelidad al amado— y entonces bien merece el castigo que sobre él cae —o tal vez influye en él el hecho que Angelina está ya consagrada a Dios, que es de El y que todo esfuerzo por reconquistarla sería sacrílego.

Esta segunda suposición parece más probable cuando oímos a Rodolfo decirnos:

“Conservo íntegras las creencias en que fuí criado; guardo incólume la fe de mis padres, y ella ha sido para mí, en mis horas

(1) Delgado, Rafael, *Angelina*, p. 309.

(2) *Ibid.*, pp.299-300.

negras, en mis días tristes, fuente de consuelo, faro salvador; ella alivió mis dolores y restañó siempre las heridas más hondas de mi corazón con el bálsamo de las eternas esperanzas." (1)

Andrés, muy idealizado, sin dejar de ser un compuesto de carne y hueso, es tipo hermoso del criado fiel hasta el heroísmo en su adhesión y lealtad a la familia de sus amas. Cerca de él palidece el mismo Adam, prototipo del servidor abnegado y fiel. Si los caracteres de Delgado son por su dibujo y colorido trazados de mano maestra, resulta insuperable el retrato del "pomposísimo Cicerón", el honradísimo maestro Don Román,

"tan pagado de sus clásicos latinos, tan reñido con los románticos, con los pseudoliteratos y pseudocríticos villaverdinos." (2) Don Román es el tipo exacto del maestro, bastante común entonces aunque rarísimo hoy, que cifraba en una educación clásica la fuente de toda actividad intelectual y de todo progreso humano; resto de una generación que se va, y que muy apegada a lo suyo, contempla con temor y desconfianza todas las innovaciones de los que pasan a ocupar la escena. Tampoco es fácil olvidar la figura del Licenciado Castro Pérez, abogado pedantón, con aires de omnisciencia, muy pagado de su superioridad y que ha llegado a creer que el honor de servirle es suficiente paga para cualquier joven que pida ocupación en su casa. Aparentando la mayor honradez no titubea en mostrarse injusto, despidiendo de su casa al joven que se canse de servirle o que no acepte incondicionalmente su caciquismo moral y económico, luego empañando su reputación. Su persona así como la del "pomposísimo domine" tiene cierto tinte cómico que resulta de su tono de suficiencia y superioridad y que los hace a ambos muy interesantes.

Los demás personajes, Don Cosme, el Padre Herrera, Porras, Ricardo Tejeda, los pedagogos, el P. Solís, aunque tan sólo bosquejados, no dejan de tener individualidad. Ésta se revela más que nada en el diálogo que Delgado maneja con suma maestría.

El estilo en *Angelina* se aúna admirablemente con los sentimientos expresados por la novela. Si éstos son puros, sencillos, nobles, elevados y hondos, es aquél espontáneo, sereno, transparente, diáfano. Nos parece superior al de *La Calandria* en lo pulido y académico. De los defectillos que mencionamos al tratar de aquélla, no quedan en ésta más que algunas repeticiones de palabras que no parecen tener objeto ninguno. Para no ser prolijos ni cansados no queremos reproducir aquí trozos de descripciones, pero sepa el lector que las hay muy bellas, algunas iguales si no superiores a las más hermosas en *La Calandria*. Pinta con la misma verdad e interés, cuadros de la vida de familia en la humilde casa de Rodolfo, donde la existencia es santificada por el trabajo y la virtud, y purificada por el dolor y la resignación, la hacienda de los Fernández, el despacho de Castro Pérez y las fiestas populares que están admirablemente bosquejadas; pero sobresale

(1) *Ibid.*, p. 99.

(2) Rafael Angel de la Peña, *ibid.*, pág. 9.

en darnos la vida íntima del alma y los aspectos más bellos de la naturaleza. Es tal el arte que demuestra Delgado en estos dos puntos que no sé cual es mejor en él, si el pintor o el psicólogo, aunque más bien me inclino a favor del segundo por lo que toca a *Angelina*.

Quien guste de las bellezas naturales lea su descripción de una noche⁽¹⁾ y de un amanecer⁽²⁾ en Villaverde y agradecerá al autor por habernos dado unos cuadros que rivalizan con lo mejor que puede ofrecer la pintura.

Es bueno notar aquí que en *Angelina* su modo de tratar a la naturaleza es muy subjetivo. La ve siempre en armonía con sus propios sentimientos. Si él está alegre la naturaleza sonrío; si por el contrario está de duelo, ella se entristece.

En cuanto al estudio y análisis del amor de *Angelina* nos parece superior a *María*, y esto es decir bastante. Lo más maravilloso es que Delgado tiene el don de conmovernos sin salir nunca de los límites de lo verdadero y natural. Es realista hasta en sus romanticismos. El secreto de este éxito está según creemos, en la inimitable adaptación de su lenguaje, en la exquisitez de su propio sentimiento y en el perfecto equilibrio de sus facultades.

Sin duda, algunos le harán a Delgado el cargo de que su *Angelina* es más ángel que mujer, y que no es fácil encontrar en la vida personajes como ella. A éstos, contestaremos que están en lo cierto si buscan *Angelinas* fuera de los países hispano-americanos. *Angelina* es hermana de *María*, orquídea de las selvas tropicales, blanco lirio que como las gardenias cordobesas tan sólo dan la plenitud de su perfume y toda la esplendidez de su color en determinados lugares. Para explicarla hay que tener en cuenta el ardor sarraceno de su sangre, su misticismo hispano y el fondo de melancolía que de sangre indiana había heredado.

Angelina no es trascendental ni docente. El mismo Delgado nos dice en su prólogo que no busquemos hondas trascendencias y problemas en su novela, que tan sólo escribe para divertirnos. Pero Delgado es muy modesto y no siempre le hemos de creer. Muchas y muy buenas cosas enseña en su novela. En los capítulos VI, XIV y XXIII que dedica exclusivamente al estudio de las costumbres y tipos villaverdinos, se muestra francamente amante del progreso, y enemigo de las costumbres anticuadas e injusticias sociales de sus paisanos a quienes hace blanco de su fina sátira. Se afirma partidario de los sistemas modernos de educación, diciendo por boca de Rodolfo "que si no producen sabios a granel, no crean fatuos como tantos viejos que él conocía,"⁽³⁾ manifiesta su horror a la guerra civil,⁽⁴⁾ externa su viva simpatía hacia los pobres que tienen que servir a otros y más si éstos son hombres a lo Castro Pérez. Tiene unas hermosas páginas en que con-

(1) Delgado, Rafael, *Angelina*, p. 254.

(2) *Ibid.*, pp. 264-265.

(3) Delgado, Rafael, *Angelina*, p. 143.

(4) *Ibid.*, p. 276.

trasta la riqueza con la pobreza. ⁽¹⁾ En ellas nos dice en qué consiste la verdadera superioridad del rico sobre el pobre:

“en la noble entereza que da el dinero a los ricos para rechazar los ultrajes, para no pedir a nadie favores, ni indulgencia con mengua del propio decoro. La pobreza rebaja de ordinario los caracteres, abate el espíritu, envilece el alma; la nivela con lo más abyecto y sólo espíritus de sublime temple salen ilesos de la prueba.” ⁽²⁾

Con esto demuestra Delgado su espíritu de independencia y su nobleza de carácter.

Hemos dicho ya lo que piensa de la influencia de la fe en la vida humana; es interesante también notar lo que tiene que decir del dolor:

“No hay grandes caracteres ni almas grandes, sino a condición de ser templadas en el fuego del dolor. Sin él, ¿qué sería el hombre? Algo así como la planta que vive y muere sin darse cuenta de su existencia.” ⁽³⁾

Aunque a veces parezca triste y pesimista, Delgado cree en la bondad de la vida, y junto a algunos chismosos, orgullosos y egoístas ha colocado al buen Doctor Sarmiento, a Angelina, a Andrés, al Padre Herrera, al señor y a la señorita Fernández, y a Porras, todas personas de bien, deseosas de demostrar su simpatía y ejercer su bondad.

Tenemos en *Angelina*, además de la historia, una interpretación poética de escenas de la naturaleza, la revelación de la vida interna y de los dolores íntimos del autor, y unos admirables cuadros de costumbres que nos reflejan con fidelidad la vida en una población reducida de México allá por los años 1867-1870, después de la caída del Imperio.

Forman dichos cuadros: las fiestas populares de la época así religiosas como patrióticas, lo que llama Delgado los mentideros de Villaverde; las querellas de los pedagogos de las varias escuelas y las batallas entre los educandos de las mismas; los chismes y murmuraciones de los vecinos; los duelos de palabras entre los órganos políticos de los dos bandos villaverdinos; y, por fin, el estado social de Villaverde.

Enumeración es esta que basta para autorizarnos a clasificar a *Angelina* como novela de costumbres, ¡y de las buenas! aunque dichos cuadros no forman parte integrante de la historia.

Entre las fiestas religiosas que describe Delgado descuella la primera comunión con sus ceremonias augustas e imponentes, con sus vestidos propios, ricos como los de las bodas: las niñas cubiertas de velos vaporosos, ceñida la sien de rosas blancas; los varoncitos de gala, ornado el brazo con un moño de moaré flecado de oro. Y de regreso a casa, en el comedor en-

(1) *Ibid.*, pp. 347-350.

(2) *Ibid.*, p. 348.

(3) *Ibid.*, p. 188.

galanado, el desayuno opíparo en que la familia saca a relucir todo lo que tiene de más precioso en vasos, fuentes, loza y argentería.

El día 3 de mayo es día de fiesta para Villaverde. En este día acude el pueblo a la alameda de Santa Catalina para presenciar al son de la música al estallido de los petardos y al disparar de los morteretes, el clavamiento de una cruz de madera en una roca.⁽¹⁾ Se come el tradicional mole de guajolote y los tamales de frijol. Pero la fiesta popular, la más regocijada de Villaverde y en la que toma parte toda la ciudad, es el dos de noviembre, el Día de los Muertos. La fiesta tiene lugar en un pueblecito cercano, hermoseado por una barranca y una pintoresca cascada.

“Recorred ese día las calles de Villaverde y las veréis desiertas. Todo el mundo está de jira, el pobre lo mismo que el rico. Vanse con sus familias, muy de mañana, antes que el sol caliente, después de oír dos o tres misas por los difuntos.”⁽²⁾

Con gracia describe Delgado al gentío pintoresco: las señoritas aristocráticas, las muchachas bonitas, los charritos con sus trajes típicos, los pisa-verdes villaverdinos, honrados padres de familia, mozos encandilados por el alcohol, los viejos, los rancheros, los vendedores de frutas, de torrados, de cacahuates, de “tepache” y de dulces. Nos dice que los tumbos de los carruajes, el vocerío de los vendedores, el gritar de los chicos y el cantar báquico de los que ya han cogido la “zorra” dejan a uno aturdido. Después de describir escena tan pintoresca, añade con una punta de ironía:

“Es curioso notar que mis paisanos, los budistas villaverdinos, nunca se alegran y regocijan como en día tan lúgubre y de tan penosas remembranzas. No podía suceder de otra manera en la ciudad de las almas tristes.”⁽³⁾

Su descripción de la Noche Buena con su cena tradicional, sus buñuelos, sus nacimientos con padrinos y madrinas y su misa de gallo es muy interesante. ¡Cuán verdadera es la atmósfera en que se desarrolla el Cinco de Mayo: la plaza iluminada “a giorno,” con sus puestos alumbrados con hogueras de ocote, sus fuegos, sus cohetes, petardos, bombas, bullicio, vocería, gran confusión, y sus patrióticos discursos!

¡Con qué exactitud nos pinta los chismes y las murmuraciones, pan cotidiano de la gente en una pequeña ciudad sin industria, sin comercio, sin trabajo, sin trato social, como lo eran muchos pueblos al acabar las guerras del Imperio!

Dos principales eran los mentideros de Villaverde, la botica del Señor Meconio, refugio de los holgazanes, punto de reunión de los tintorillos de

(1) El día 3 de mayo celebra la Iglesia Católica la fiesta del hallazgo milagroso de la Santa Cruz en que murió Cristo.

(2) *Ibid.*, p. 202.

(3) *Ibid.*, p. 203.

la villa y centro de tertulias, y el despacho del Licenciado Castro Pérez; pero con pocas excepciones, si bien en escala menor, cada salón de Villaverde por la falta de trato social, y la vida desocupada de las señoritas convertíase en mentidero, y hasta tal punto se había extendido la plaga de maldecir del prójimo que aún en las "conferencias" se escudriñaban vidas y honras ajenas. La polémica, ciceroniana unas veces y callejera las más, entre la *Era Cristiana y la Nueva Revelación*, órganos de los dos bandos políticos opuestos de Villaverde, revelan las ideas políticas y político-religiosas que enlistaban por entonces no tan sólo a los villaverdinos sino a casi la totalidad de la República. En estas batallas de la pluma y el "pico" desempeña papel muy airoso Quintín Porras, quien es, según creemos, el portavoz del autor para el caso. Era dicho señor algo maldiciente, pero no calumniaba ni ofendía. Su modo de decir las cosas con gracia y un no sé qué de donoso y chispeante provocaba a reír. Tenía gran franqueza y rectitud, que se manifestaban a cada instante en burlas y censuras de cuanto parecía injusto y merecía vituperio.

"Quintín decía cada verdad que temblaba la tierra, cada verdad tamaña como un templo, y ni sus amigos ni las personas a quien tenía en subida estimación escapaban de sus filosas tijeras." (1)

Resulta interesante el contraste que establece Delgado entre Porras y sus contertulios, Castro Pérez y Cosme, y más aún el argumento convincente con que les prueba que ellos y sus parecidos son directamente responsables del estado de cosas que critican amargamente—la holgazanería y corrupción de costumbres imperantes en Villaverde. Les dice que los pudientes y ricos reciben a su servicio los muchachos a título de meritorios, y así los guardan dos o tres años sin pagarles un real. Cuando éstos se cansan de hacer méritos y creen poder pedir algún sueldito, los despiden y reemplazan por otros que entran a su vez de meritorios. ¡Y si esto fuese todo! pero con frecuencia el jefe para evitar hablillas y censuras, externando alguna reflexión sospechosa, haciendo un gesto intencionado o fingiendo una sonrisa despreciativa le quita también al pobre muchacho su reputación condenándole a quedar por mucho tiempo sin empleo, a andar de vago y holgazán y contraer malos hábitos, lo que explica la corrupción de costumbres imperante.

Ya que mucho se ha dicho que Angelina es hermana de María, sería bueno ver hasta qué punto es esto cierto. Desde luego sabemos que Delgado había leído *María* ya que habla de esta novela con grandes elogios en su conferencia "El amor a los libros." Quien ha leído ambas novelas no puede dudar de que *María* haya tenido cierta influencia en la obra de Delgado. Son muchos los puntos que tienen en común. Nos limitaremos a dar aquí los principales, señalando también las diferencias, hasta en lo que tienen de común. Desde luego ambas novelas tienen una atmósfera de verdad, de naturalidad que produce en el lector la impresión de que está leyendo suce-

(1) *Ibid.*, p. 228.

so sautobiográficos. En ambas tenemos una rica y poética interpretación de la naturaleza y una pintura fiel de las costumbres locales. Las dos heroínas se parecen mucho en su dulzura, sencillez, abnegación finísima y sensibilidad, aunque Angelina es más activa. Efraín y Rodolfo son a veces muy románticos sin dejar de ser verdaderos. La interpretación de la naturaleza es igual en ambas novelas; la naturaleza es un ser subjetivo que siempre está al unísono con nuestros sentimientos. María en su dolor dice a Efraín ¿Por qué volviste? y Angelina a Rodolfo ¿Por qué viniste? ¿por qué te conocí? Una hermana de Efraín le corta unos cabellos, Linilla hace otro tanto con Rorró. En ambas novelas hay admirables párrafos sobre el primer amor. En *Angelina* la mariposa nocturna, de mal agüero, reemplaza al ave negra de *María*. Tanto María como Angelina hacen ramilletes de flores que colocan unos en el altar de la virgen y otros en el cuarto del amado. María, huerfanita a los tres años es traída a casa de Efraín, Angelina, también huerfanita, es llevada a casa del señor Herrera. Ambas protagonistas creen ser indignas de su amado, María por razón de su enfermedad y Angelina porque es hija de una unión no bendecida por la Iglesia. Ambas escriben tiernas y sentidas cartas; pero me parecen superiores las de Linilla; hay en ellas más ternera y pasión. María muere, víctima de su intenso amor que no puede sobrellevar la ausencia del bien amado; Angelina muere al mundo; sacrifica su vida para mayor dicha de su amado, consagrándola a los desgraciados como ella. Suficiente es esta enumeración para convencernos de la deuda que Delgado tiene para con Isaacs, pero más allá no se puede ir, pues si *María* es el lirio de los Andes, *Angelina* es la gardenia cordobesa, con su perfume propio, único.* Es la encarnación de la idiosincrasia mexicana. Mucho tienen de común, es cierto, pero así tiene que ser, pues son hijas de un mismo Continente con herencia común de sangre, de clima, de tradiciones y de creencias.

En *El Tiempo* ⁽¹⁾ encontramos un soneto escrito por Delgado y dedicado a D. Victoriano Agüeros con este título: "En la última página de la *María* de Jorge Isaacs."

“Robando a la floresta colombiana
La voz de sus palmares gemidores,
Al colibrí sus fúnebres colores,
Y su espléndida luz a la mañana,

A la encendida rosa su galana
Corona de diamantes tembladores,
Y a la desierta pampa sus rumores,
Y sus tormentos a la mar lejana,

Con lágrimas del alma palpitante
Por el dolor supremo todavía,
Cantó el poeta de su fiel amante

(1) *El Tiempo*, Edición Literaria, México, 1883, p. 399.

El infinito amor y la agonía,
Y con él, admirado y sollozante,
Lloró el mundo la muerte de María.

Pasemos ahora a la tercera novela de Delgado, *Los Parientes Ricos* (1) Es la historia de dos familias cuyos jefes, D. Juan y D. Ramón Collantes, son hermanos. (2) La familia Collantes era originaria de Pluviosilla y allá por los tiempos del Imperio había sido de las más influyentes. Una hermana de D. Juan y D. Ramón, Eugenia, casó con Surville, alto oficial del ejército francés. Dicha boda produjo división en la familia. D. Juan, conservador y pro-francés, la aprobó, pero D. Ramón que era liberal, se opuso enérgicamente a ella.

Esta división siguió acentuándose más y más por cuestiones de política, hasta resultar en la completa ruptura entre los dos hermanos y sus respectivas familias.

En la lucha de partidos que siguió después, D. Juan, debido a la influencia del Sr. Surville, se hizo cada vez más rico mientras que D. Ramón sufrió grandes pérdidas.

Al comenzar la historia D. Juan con su esposa Doña Carmen y sus hijos María, Juanito y Alfonso están a punto de regresar de Europa donde han pasado muchos años. D. Ramón ha muerto y su familia reducida a suma pobreza vive en Pluviosilla en una casa alquilada. Forman dicha familia Doña Dolores, Margarita, Elena, Pablo el mayor, joven serio y trabajador que se ha convertido en sostén de la familia, y Ramoncito estudiante de Preparatoria.

Desde muchos años las dos familias viven enemistadas, la de Don Juan habiendo ofendido a la otra con su indiferencia y desprecio. El canónigo, Doctor Fernández, muy amigo de ambos hermanos, usa de dicha amistad y de su influencia para producir un acercamiento y a este fin pasa a Pluviosilla para persuadir a Doña Dolores que vaya con los suyos a recibir a Don Juan en la estación con el objeto de que se olvide de una vez el pasado y vuelva a reinar la amistad entre los dos parientes. Mucho le cuesta a Doña Dolores echar al olvido lo que su esposo y su familia han sufrido de parte de Don Juan, pero cediendo al fin a los ruegos y exhortaciones del señor Canónigo que pide en nombre del Dios de caridad, consiente la buena señora, aunque la ofendida, a dar los primeros pasos hacia la reconciliación.

(1) Tuvo esta novela tres ediciones. La primera fué publicada en Orizaba, en 1901, con un prólogo del autor. La segunda, de la que me he valido, constituye el tomo 47 de la B. A. M. y lleva por título, Obras de Rafael Delgado, Tomo II. *Los Parientes Ricos*. Imprenta de V. Agüeros, Editor, Cerca de Santo Domingo, No. 4, 651. Iguñiz menciona una tercera edición suscrita en Jalapa, México, 1903, de 656 páginas. González Peña en su historia de la literatura mexicana tan sólo menciona la edición de 1903 de la B. A. M.

(2) Es interesante notar que Delgado escoge Ramales, pueblo del norte de España en las montañas santanderinas como la cuna del abuelo paterno de la familia Collantes, siendo así que este es el pueblo de que era oriundo su abuelo materno. Obras de Rafael Delgado, *Cuentos y Notas*, XLII, p. xxvii.

Llegan los ricos parientes y son muy bien recibidos. Se hace la paz, olvidanse los rencores. Don Juan que es sumamente rico, promete ayudar a Doña Dolores. Le insta para que ella y su familia pasen a vivir a México en donde promete dar a Pablo un empleo en su propia casa. Con pesar, con negros presentimientos y movida tan sólo por el interés de sus hijos, se decide al fin Doña Dolores a trasladarse a México con toda su familia. Don Juan les busca en Tacubaya una casita de mala traza y pequeña. Antes de llegar a ocuparla oye Doña Dolores cosas poco agradables. Muéstranse amables los parientes ricos pero no dejan de hacerles sentir a sus primos su pobreza. Juanito corteja a Elena, que aunque ciega es muy hermosa; y ésta le corresponde con pasión. Alfonso y Margarita, corazones gemelos, hechos para entenderse, necesarios el uno para el otro se juran también amor. En esto llega la noticia de que Eugenia ha muerto en París. Don Juan, que le debe su fortuna, resuelve a pesar de dicha noticia, llevar a cabo un banquete que tenía proyectado. Oculta pues la noticia y celebra con toda pompa el banquete interesado. Su conducta, sin embargo produce gran indignación en Doña Dolores y Margarita que lloran de corazón la muerte de su parienta. Eugenia, al tanto de la condición en que está la familia de Doña Dolores, le deja legadas buena cantidad de dinero, con dotes para Margarita y Elena; pero Don Juan pretextando una deuda de Don Ramón que nunca ha sido saldada se queda con todo en la "liquidación de cuentas." Poco después manda a Juanito a Europa y Doña Dolores y los suyos se enteran con sumo dolor y vergüenza que el joven ha seducido a Elena que está a punto de tener hijo de él. Margarita llama a Alfonso y le impone de cuanto ha sucedido, diciéndole al mismo tiempo que en vista de ello ya deben cesar sus relaciones, pues así lo exigen la dignidad y la honra de la familia. Alfonso indignado por la infame conducta de su hermano y temeroso de perder el amor de Margarita, que es toda su dicha, promete hablar a sus padres para que ordenen la vuelta de Juan. Su petición, sin embargo, es muy mal acogida. Doña Carmen llega hasta manifestar infames sospechas. Don Juan lo ve todo con cierta indiferencia y le manda a Alfonso informar a Doña Dolores que él dará a Elena renta vitalicia. La oferta es rechazada con indignación por Pablo y Doña Dolores, quienes resuelven salir cuanto antes de Tacubaya para ir a ocultar su deshonor en algún pueblo apartado.

Los Parientes Ricos es una novela con más ambiciones que las dos anteriores. El enredo es más complejo y además en ella se sale Delgado del terruño querido y muy conocido de Villayerde y Pluviosilla para escoger como teatro de la acción la gran ciudad de México. Aguijoneado tal vez por la crítica, quiere hacer obra nacional, como lo había hecho antes su favorito novelista el gran Pereda. Esta vez, sin embargo, no me parece que Delgado está a la altura del solitario de Polanco en su *Padre Sánchez*.

La acción de la novela se desarrolla lentamente, interrumpida a menudo por descripciones de personas, lugares y escenas, y también por multitud de reflexiones morales, cartas de consejos, etc. Esto hace que el interés de-

caiga algunas veces. Sin embargo cuando ya nos acercamos al desenlace, los sucesos se precipitan, el elemento dramático se agiganta, y nuestra curiosidad e interés se avivan cada vez más. Como las dos primeras novelas de Delgado es también ésta triste y trágica.

Parece haber sido el objeto de Delgado en esta novela al par que darnos apacible entretenimiento y grata diversión, como dice en su prólogo, establecer un contraste entre dos familias, la una pobre y la otra al contrario llegada al auge de la prosperidad. Como cada uno de los miembros de las dos familias tiene su importancia en el relato y entran además en él bastantes personas extrañas, resulta que hay aquí mucho mayor número de personajes que en *La Calandria* y *Angelina*. Esto, y el hecho que Delgado llama algunas veces Carmen a Doña Dolores, produce cierta confusión, y consiguiendo impaciencia y enojo en el lector.

Delgado ama a los pobres y caídos, y los prefiere siempre, así es que los miembros de la familia pobre son todas personas buenas y virtuosas. Si alguno de ellos se desliza, es por culpa de sus parientes ricos. Así vemos que Pablo, arrastrado por Juanito, se olvida un momento de sus deberes pero muy pronto es llamado al deber por su hermana Margot y vuelve a ser lo de antes, noble, correcto, afectuoso, el mejor de los hermanos. Elena cae, pero seducida de un modo infame por Juanito. Llevada de un amor que en ella es muy sincero y muy vivo, cree en el amor de Juan; se abandona a él en un momento de pasión y paga con la honra su demasiada confianza y su fe en el rico amante. Salvo por estos dos olvidos, Doña Lola y sus hijos son ejemplares. Hay en la familia cariño; hay respeto, reverencia y piedad en los hijos; en la madre gran ternura y todas las virtudes que hacen la madre ejemplar y la fidelísima esposa. El mismo Don Ramón, difunto esposo de Doña Lola, está varias veces contrastado con Don Juan. Ramón el liberal y patriota ha sido para su familia el mejor de los padres mientras que Don Juan, el conservador, es de carácter tornadizo, gran católico de palabra, a la Don Cosme y a la Castro Pérez, pero frío, egoísta, calculador, injusto, sin corazón ni piedad. Como él, así son todos los de su familia, malos, aunque de distintos modos. Doña Carmen es una mujer vana, maliciosa (y de ello se gloria) sin principios morales, sin sentimientos. María tiene todos los característicos morales de su madre. Nada de sólido en ella, nada de elevado, pero sí mucha vanidad. Juanito es un perverso, un canalla cuyo corazón ha sido secado por una vida de disipación y de vicio; sin embargo, con toda su maldad tiene más franqueza que sus padres y en ocasiones les reprocha su hipocresía. La única persona que no es antipática en esta familia es Alfonso. Aunque con el alma ya marchita, no ha secado en él la fuente de afectos elevados y puros, y cuando se rinde al amor de Margarita se siente transformado por este cariño y restaurado a nueva vida. Ciertamente la conducta de los hijos en la familia de Don Juan se explica en parte por la educación que han recibido y por la completa libertad en que sus padres les han dejado, pero todo considerado parece que Delgado es algo injusto con ellos. No porque

la familia es rica, habían de salir todos sus miembros malos y porque la otra es pobre habían de ser ellos buenos. Esto parece indicar en nuestro novelista cierta preocupación, cierta tendencia trascendental y deseo de llegar a conclusiones fijas de antemano en la mente del autor más bien que sacadas de los hechos. ¿Habría caído Delgado aquí en el error que marca el primer período literario del gran Galdós? No parece que sí. Y, si Pluviosilla y Villaverde nos parecen mucho más verdaderas y reales que Oibajosa, no diríamos lo mismo del México de Delgado.

Nos parece además que Margarita es un poco artificial; no obra siempre con naturalidad. Unas veces es muy sabia; otras predica y aconseja cual otro Padre Anticelli.

Una circunstancia en que está muy marcado el contraste entre las dos familias es al saberse la muerte de Eugenia, hermana de D. Juan, a quien éste debe su fortuna e influencia social. Mientras en la casa de D. Juan apenas se dan por enterados, se prohíbe hacer mención del hecho y se sigue adelante con los preparativos del banquete, Doña Dolores y los suyos lloran lágrimas de dolor y de duelo.

Entre los demás personajes de la novela, son admirables por su naturalidad las señoritas Pradilla, tan pobres pero tan caritativas, el canónigo, Doctor Fernández, el Padre Grossi, fraile mundano más empeñado en buscar dinero que en salvar almas. Conchita Mijares, jovencita casquivana que cosecha lo que ha sembrado, vientos y tempestades.

Filomena se merece parrafito aparte. Desempeña en *Los Parientes Ricos* el papel que Andrés tiene en *Angelina*. Ella nos dice mejor que nadie, lo mucho que Delgado quiere a los pobres y sencillos del pueblo. Muchacha sin educación tiene un corazón que es una joya y en su alma sencilla florecen sentimientos nobles, puros, elevados que busca uno en vano entre los parientes ricos.

El lector vuelve a ver con gusto en esta novela varios personajes conocidos ya en *La Calandria* o en *Angelina*, tales como el licenciado Castro Pérez y sus hijas, más chismosas que nunca, Arturito Sánchez el poeta y actor dramático, Juan Jurado el tinterillo, Quintín Porras ascendido ya a Notario Público.

Como siempre Delgado es gran paisajista y nos entretiene con descripciones muy bellas, muy variadas y muy mexicanas. Las que se refieren a Pluviosilla y sus alrededores me parecen más hermosas que las de la capital. Así describe Delgado un crepúsculo vespertino tras una tempestad tropical cerca de Apizaco:

“En la región del sur había llovido a torrentes, y las nubes se deshacían en flecados cortinajes, cruzados a cada instante por el rayo; pero en el horizonte occidental el celaje presentaba deleitoso aspecto: una cordillera de nubes blancas y doradas se prolongaba gigantesca hacia el norte, y hacia el oeste se desvanecía como en declives costeros, y al fin se abría en forma de amplísimo piélago, un golfo cerúleo sembrado de islotes de gualda, en torno de los

cuales vagaban cien celajes . . . El sol iba descendiendo detrás de las aéreas montañas, y al caer majestuoso en el inmenso, desconocido piélago, regaba oro y rubíes en las cimas fantásticas, inundaba en tintas violáceas el oriente, e incendiaba en purpúreos fuegos aquella incomparable gloria del ocaso.

"El cielo se fué poniendo más y más rojo y las nubes se fueron disipando como impelidas por misterioso velo violáceo, al través del cual como un granate en fusión declinaba deslumbrante el rey del día.

"Obscurecióse la llanura; los fuegos vespertinos lanzaron sus últimas luces en las llanuras y regaron menuda pedrería y polvo de luz en una laguna negra y desolada. Las sombras de la noche no venían de los montes, sino que parecían levantarse del suelo, o aparecer repentinamente entre las legiones de innumerables magueyes o detrás de los altos y ennegrecidos almeares." (1)

Como en sus novelas anteriores, nos da Delgado en ésta primorosos cuadros de costumbres. Uno de éstos está formado por los mentideros, pues los de Pluviosilla padecen la misma enfermedad que sus vecinos de Villaverde. Nos dice Delgado:

"En boticas y mentideros —que los hay a docenas y muy concurridos por gentes piadosas y discretísimas— *la familia Collantes fué durante días y semanas el platillo de todas las conversaciones.*" (2)

Se comentaba la venida de los ricos primos de muy diversas maneras: las pollitas a su modo, con mucha malicia y algo de veneno engendrado por la envidia; las señoras mayores por modo más serio, más reservado, pero también con velada envidia; los pudientes de la rica villa se vieron amenazados desde luego por empresas y mejoras en que D. Juan nunca había soñado. También nos ha trazado Delgado un cuadro de la vida entre las familias ricas de la capital; cuadro que con los adelantos modernos y sobre todo la llegada del automóvil parece un poco anticuado. Este cuadro es tal vez un poco recargado. La misma Filomena extasiada en un principio a la vista de tanto lujo, cae pronto en la cuenta y le dice a Doña Lola que todas son exterioridades, cosas de relumbrón.

Entra por mucho también en esta novela el análisis de las pasiones. La dualidad de carácter en Don Juan está muy bien pintada; el estudio de Juanito y de Alfonso, es interesante por el contraste. Tiene Delgado particular atención a los detalles para revelar sus caracteres; v. gr.: el hecho que esté Alfonso, frío, desengañado, soñador, en la estación para recibir a los primos pobres, mientras que Juan, que se había mostrado enamorado de Elena, no parece en cuatro días, es suficiente por sí solo para demostrar los quilates de su amor. Lo mismo sucede cuando se marcha Conchita Mijares. Al recibir Juanito la carta de Elena, la conciencia y el sentimiento de la paternidad reclaman un momento sus derechos, pero pronto su voz es ahogada por

(1) Delgado, Rafael, *Los Parientes Ricos*, pp. 248-249.

(2) *Ibid.*, p. 115.

el recuerdo de las ruidosas noches parisienses y la esperanza de nuevos placeres. La regeneración de Alfonso por el afecto elevado de Margot es también descrita con mano maestra. Pero en el amor de ambos hay algo de platónico y de artificial que dista mucho de la frescura y naturalidad de *La Calandria* y de *Angelina*. No nos parece natural que Alfonso, muy enamorado de Margarita, se someta tan fácilmente al fallo de sus padres, que sabe ser injusto, inicuo, y que le roba su felicidad. Se esperaba de su parte mayor insistencia e indignación. ¿No se trata de la posesión o pérdida del único ser que ama, del único que puede hacerle feliz?

Los Parientes Ricos no es novela trascendental según formal declaración de Delgado; sin embargo, es mucho más tendenciosa que las otras dos como lo hemos señalado ya. Es una sátira de las costumbres que privan en la clase alta de la sociedad, que Delgado hace responsables de la perversión creciente en la clase media, esencialmente imitadora. ⁽¹⁾ Se echa de ver en la novela el poco afecto que el novelista tiene a las grandes ciudades. La familia de Don Juan es mala y se lo debe a París; México es perpetua feria de vanidades, y universidad de los siete pecados capitales.

Por boca de Margarita, Delgado ataca la moral moderna, muy decaída:

“Qué tiempos éstos! Es honrado, honradísimo, quien no se toma un centavo ajeno . . . Merece cárcel quien se hurta unos cuantos duros, una cartera, un reloj o una joya . . . ¡Y no hay presidios para quien roba el honor, para quien inunda alma y familia en océanos de hiel y de oprobio! ¡Da asco ir por esas calles ruidosas, en esa brillante ciudad, en ese cenegal pestífero! ¡Y tenemos que saludarlos, que contestar a sus palabras, que darles la mano! . . . Y eso no es sólo aquí, es en todas partes! . . . Dan asco la humanidad y la vida. No vale la pena la vida, si hemos de saber o de sospechar tales cosas.” ⁽²⁾

Delgado se ríe de los ricos con grandes pretensiones de ilustración, tan faltos de escrúpulo en muchas cosas, que no paran ni ante graves injusticias y que sin embargo creen en las más estúpidas supersticiones. Se explaya dándonos el caso del número 13. ⁽³⁾ De paso menciona también algunas otras supersticiones: el salero volcado en la mesa, las mariposas negras y los espejos rotos. ⁽⁴⁾

Hermosas palabras pone el novelista en los labios de sus personajes relativas a la vida, a la virtud y al amor. El Padre Anticelli nos dice: “¡Alegrarse! . . . que la vida es buena y la virtud alegre,” ⁽⁵⁾ y Margarita repite, aplicándola al amor, la idea filosófica favorita de Santo Tomás de Aquino.

(1) No me parece *Los Parientes Ricos* sátira de la clase media como afirma Coester en su obra p. 368, sino de la clase rica.

(2) Delgado, Rafael, *Los Parientes Ricos*, p. 612.

(3) *Ibid.*, pp. 90-94.

(4) *Ibid.*, p. 92.

(5) *Ibid.*, p. 95.

no acerca de Dios, "El amor es verdad, bondad y belleza;" (1) y estas otras de Mad. Craven, "La vida no puede ser nunca enteramente feliz, porque no es el cielo; ni enteramente desgraciada, porque no es más que el camino que al cielo nos conduce." (2) En Alfonso nos muestra los efectos de un amor elevado y noble en un corazón marchito. El joven hablando a Margarita le dice:

"En ti he encontrado un ángel redentor. De mí, del indiferente, del maleado por cien filosofías perversas y ponzoñosas; del entenebrecido por la flamante literatura, has hecho un hombre religioso, un creyente, de quien arrastró sus primeros años juveniles por los bulevares de París y de Viena, has hecho un hombre de altas y serenas aspiraciones; del cansado de la vida, del pesimista incipiente, hiciste un satisfecho de la existencia; de quien lloraba desengaños, hiciste un enamorado dichoso y feliz...; del que desfallecía desencantado, hiciste un mozo que sueña azules sueños..." (3)

Vemos, pues, que sin pretenderlo, valiéndose de sus personajes, que como tales han de externar las ideas que tienen, Delgado enseña muchas y muy buenas cosas. En esta novela, como en las anteriores, no sólo hay elementos estéticos, los hay también éticos. El espíritu que informa la obra de nuestro autor es el espíritu cristiano engendrador de todo linaje de bellezas artísticas. Demostrando independenciam, se mueve dentro de un criterio sano, amplio y elevado.

También publicó Delgado una novelita llamada *Historia Vulgar*, de la cual dice "La Prensa" de Orizaba: (4) "refleja el medio pueblerino con fidelidad admirable." Con lo que podemos colegir que ha debido ser dicho cuento largo, o novelita, otro precioso cuadro de costumbres. Su muchas veces mencionada novela *La Apostasia del Padre Arteaga* ha quedado hasta hoy inédita.

IV

PUESTO DE RAFAEL DELGADO EN LA LITERATURA MEXICANA

En el capítulo anterior nos hemos esforzado por dar alguna idea del valer de Delgado como novelista. Quédanos todavía asentar algo sobre su afiliación literaria, su contribución a la literatura mexicana, y el puesto que en ella le corresponde.

La obra de Delgado deja en el lector una impresión dominante de buen gusto, de exquisitez, de realidad, de un equilibrio armónico entre la sensi-

(1) *Ibid.*, p. 606.

(2) *Ibid.*, p. 634.

(3) *Ibid.*, p. 616.

(4) *La Prensa*, Orizaba, Domingo 19 de mayo de 1927. Rafael C. Peredo F., *Breve Nota Bibliográfica sobre el Maestro Delgado*. No hemos podido dar con esta novelita que Iguiniz dice publicada por *El País* en 1904, y el Sr. Peredo en *El Tiempo*.

bilidad, la razón y el idealismo. Siente uno que la obra de nuestro autor satisface todos los requisitos del arte. Tiene la belleza de los cuadros de Velasco en sus paisajes y escenas mexicanas, y un estilo diáfano y puro como las cristalinas aguas de manantial. Valiéndose de limitados y primitivos elementos, Delgado ha sabido cautivar nuestro interés y conmovernos hondamente. Su sentimentalismo no es enfermizo y pesimista sino sano y robusto. El mismo sugiere la acción como remedio a un exceso de sentimentalismo romántico.

“En cuanto a mí vivo muy feliz del fruto de mi trabajo. En él encontré consuelo y fortaleza. El trabajo productivo me apartó de aquellos idealismos románticos que me causaron tantas amarguras . . . Creo que no es cuerdo andarse por las nubes cuando hay acá abajo tantas cosas que reclaman nuestra atención . . .” (1)

Su obra es una apología del trabajo. *La Calandria* es muy activa; el Calandrio deja de hacer San Lunes, Angelina es muy ingeniosa en ayudar a todos, Andrés se desvive por su anito . . . etc. . . . Conservador en Religión, Delgado es progresista en todo lo demás y su filosofía de la vida es esencialmente sana. Su simpatía por los pobres y sencillos de corazón es evidente en cada página de su obra; sólo es igualada por su inalterable bondad que se manifiesta hasta con los miembros gangrenosos de la sociedad como don Eduardo Ortiz, Rosas, y Juanito Collantes.

Enemigo de prédicas y sermones; teniendo una noción altamente artística de la novela, su obra es impersonal; los mismos hechos nos sugieren las conclusiones que hemos de sacar. Observador fino y simpático, nos ha dejado unos cuadros de costumbres que deleitan por su fidelidad y por el primor de su marco físico; y ha sabido presentarnos caracteres llenos de vida y de verdad que tienen toda su ternura.

Se nos ocurre preguntar ahora, ¿en qué grupo o escuela está enlistado Delgado? Si consultamos a los que antes han tratado de contestar esta pregunta, nos daremos cuenta de que no es muy fácil determinarlo; ya que tendremos que registrar los más distintos y hasta opuestos pareceres de personas eminentes en materia literaria.

Por de pronto el profesor S. L. Millard Rosenberg le aclama como el mejor representante de la novela romántica en México. Dice Rosenberg que el romanticismo europeo tuvo gran influencia sobre la poesía y el drama mexicanos, pero no así sobre la novela. Afirma que, por regla general, los autores de esta clase de prosa (romántica) se proponen imitar modelos franceses, sin asimilar el sabor característico de ellos, y prosigue:

“Sin embargo encontramos un ejemplo de novela romántica muy superior en los trabajos de Rafael Delgado, (sin duda se refiere a Angelina) quien no tan sólo es *el mejor* representante de

(1) Delgado, Rafael, *Angelina*, pp. 541-542.

esta clase de novela en México, sino también *el principal* representante de la novela de costumbres naturalistas." (1)

Algunos le dan afiliación naturalista. Uno de éstos es Rosenberg como se acaba de ver, y otro es Alfred Coester que coloca a Delgado en dicha escuela con don Emilio Rábasa y don José López Portillo y Rojas. (2)

Los más, sin embargo, clasifican a Delgado como realista. Entre ellos conviene nombrar a don José López Portillo y Rojas, (3) don Silvestre Moreno Cora, (4) y al doctor Miguel Galindo.

"La novela con sus caracteres de originalidad, realidad y nacionalidad, no ha sido afortunada en México y apenas si pudiéramos citar unos cuantos novelistas entre los que culminan López Portillo y Rojas, y Rafael Delgado." (5)

Julio Jiménez Rueda dice por su parte: "El realismo de Pereda influye directamente en don Rafael Delgado . . ." (6)

Carlos González Peña añade:

"Con Rabasa y López Portillo y Rojas forma Rafael Delgado la trilogía de novelistas mexicanos que, dentro del realismo, procedían de cepa española." (7)

José Ramírez Cabañas dice: "La novela de don Rafael Delgado es realista siempre. . . ." (8)

El eminente crítico Victoriano Salado Alvarez afirma:

"El gran mérito Delgado estriba para mí en haber descrito admirablemente la vida de las poblaciones cortas con sus chismes, sus rivalidades, sus fiestas y sus tristezas. . . ." (9)

¿En qué quedamos pues? Es muy cierto que en *Angelina* hay muchos elementos románticos; pero dichos elementos no constituyen el fondo de la novela, no son más que incidentes. Lo mismo podemos decir de los cuadros

(1) Millard Rosenberg, S. L., University of California at Los Angeles, *La Prosa Mexicana, en Hispania*, Vol. XIII, February, 1930, pp. 7-20.

(2) Coester, Alfred, *The Literary History of Spanish America*, The Macmillan Co., New York, 1921.

(3) López Portillo y Rojas, José, *La Novela*, Breve Ensayo, Discurso de ingreso a la Academia Mexicana, 1901, pp. 46-49.

(4) *Obras de don Silvestre Moreno Cora*, en B. A. M., XLVII, p. 408.

(5) Galindo, Miguel, Dr., *Apuntes para la historia de la literatura mexicana*, Colima, 1925, p. 296.

(6) Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1928.

(7) González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1928.

(8) Ramírez Cabañas, Joaquín, "Don Rafael Delgado" en *Revista de Arte y Educación*, tomo 1, Núm. 1, México, Diciembre de 1912 - Junio de 1914, p. 242.

(9) Salado Alvarez, Victoriano, *De mi cosecha*, Estudios críticos, Imprenta Ancira y Hno. A. Ochoa, Guadalajara, 1899; y *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, Año VI, Agosto 1903, No. 16, p. 242.

de costumbres. Aunque tenga *Angelina* muchos de ellos muy preciosos y verdaderos, no constituyen el tema o la historia. Esta consiste esencialmente en el relato de las relaciones amorosas, en la expresión de los sentimientos de los dos amantes y en el análisis de los mismos. Así pues, por más que *Angelina* encierre elementos de la novela romántica, psicológica, y de costumbres, creemos con el profesor y crítico Julio Torri, que es ante todo una novela sentimental. (1)

En cuanto a las otras dos novelas importantes de Delgado *La Calandria* y *Los Parientes Ricos*, a nadie se le ocurriría llamarlas románticas. Hemos, pues, de clasificarlas ya sea como dentro de la producción realista o naturalista.

Desde luego debemos afirmar que Delgado no fué, ni pudo ser, naturalista al modo de Zolá. Tiene sentimientos demasiado elevados y exquisitos, y profesa una moral demasiado pura para complacerse en la contemplación de lo éticamente feo y para tratar de reproducirlo. Así vemos que tanto en *La Calandria* como en *Los Parientes Ricos* corre un velo sobre los sucesos más escabrosos y tan sólo nos pone frente al resultado del acto inmoral, sin detenerse a describirlo, complaciéndose en cambio en embellecer aquellos cuadros en que el sentimiento se levanta ideal y noblemente. Su naturalismo, si naturalismo pudiera llamársele, se parecería mucho más al de Emilia Pardo Bazán. Pero creemos con la mayoría que lo más acertado es señalar a Delgado un lugar entre los realistas; entendiendo por realismo

“un sistema que abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y reconcilia, y reduce a la unidad la oposición del naturalismo y del idealismo nacional. En el realismo cabe todo menos las exageraciones y desvaríos de las dos escuelas extremas y por consiguiente exclusivistas.” (2)

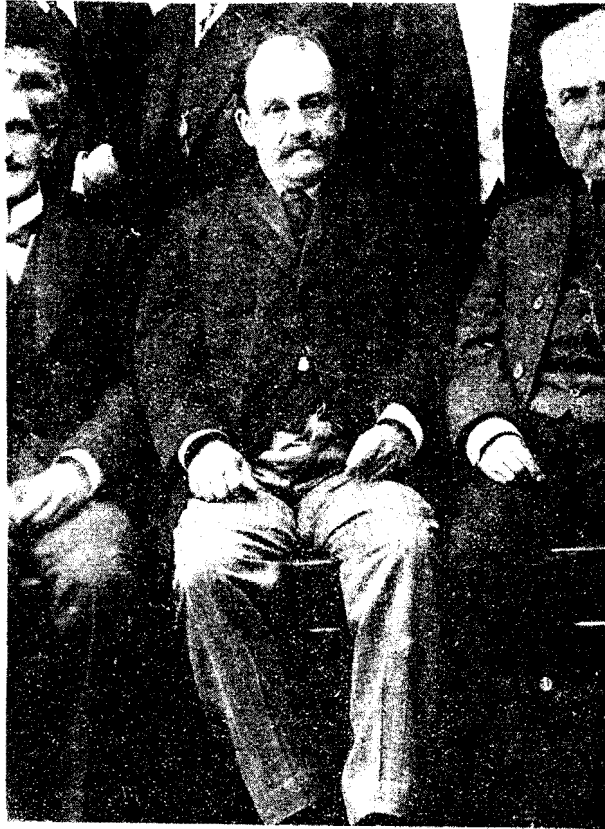
Más todavía, creemos con don Federico Gamboa, Julio Jiménez Rueda, y Carlos González Peña, que el realismo de Delgado procede y se inspira en el realismo de Pereda. A pesar de lo que dice don Francisco Sosa, nos parece encontrar mucho más parentesco entre los cuentos de Delgado y las *Escenas Montañesas* que entre aquellos y los de Daudet. Más semejanzas hay entre *Los Parientes Ricos* por un lado y *Pedro Sánchez* y *La Montálvez* por el otro, que entre aquélla y cualquiera novela de los Goncourt.

Sería largo enumerar todo lo que tienen en común el gran costumbrista santanderino y el novelista de Pluviosilla. Son hermanos en el alma y en el genio. No parece sino que fueron escritas para Delgado estas palabras que Francisco Blanco García dedica a Pereda:

“Demostró que le eran tan conocidos los secretos y el idioma del alma, como el mudo y silencioso de la naturaleza externa; que lo mismo sabe herir las fibras más sutiles del sentimiento, que re-

(1) Opinión suya expresada en una entrevista con el autor.

(2) Obras de don Silvestre Moreno Cora, *La Novela de México*, B. A. M., tomo 32, p. 408.



D. Rafael Delgado en Orizaba, poco antes de su fallecimiento.

tratar los contornos y el colorido del paisaje. Sin recurrir a refinamientos que la cultura añade a las pasiones, antes bien sorprendiéndolas en sus gérmenes y en su manifestación espontánea, nos las presenta, vivas, palpitantes, en su virgen e idílica pureza, con la encantadora sencillez, patrimonio de las literaturas primitivas....

Este es el arte verdadero, esta es la vida, esa la confusión del bien y del mal que en ella existe, no con los celajes risueños ni con la sombría desesperación en que respectivamente sueñan la optimista candidez y el pesimismo sistemático." (1)

En síntesis, podríamos decir que Delgado es romántico por temperamento, realista por convicción y clásico por su estilo.

Después de analizar la obra de Delgado y su contribución a las letras mexicanas, cabe ahora preguntar cuál es el lugar que en ellas le corresponde.

Aunque tenga (Delgado) algunas poesías de corte clásico y de no mediana inspiración, y unas obritas dramáticas muy interesantes, su fama no radica en ellas, sino casi por entero en su producción novelística y sus primorosos cuentos.

Todos los críticos literarios mexicanos dan a Delgado lugar preferente como novelista, volviéndose tanto más encomiásticos cuanto más modernos.

Don José López Portillo y Rojas en su hermoso estudio sobre la novela, da lugar muy especial a *Clemencia* de Altamirano, por ser el primero que pinta y describe sin exageraciones y con verdad las poblaciones, costumbres, y tipos nacionales, haciéndolos moverse sobre un fondo lleno de animación y colorido. Menciona después *La Bola* de Emilio Rabasa, y añade:

"Poco más tarde apareció *La Calandria* de don Rafael Delgado libro precioso por su fondo y por su forma, observado y vivido, interesante por su argumento y exquisito por su dicción—*el mejor acaso de todos los de su género publicados en México hasta ahora.*" (2)

El Dr. Don Miguel Galindo, hablando de la novela con sus caracteres de originalidad, realidad y nacionalidad, dice que tiene muy pocos representantes en México y entre éstos pocos culminan, José López Portillo y Rojas y Rafael Delgado, y concluye:

"Estos dos novelistas merecen todos los elogios que se pueden hacer a los mejores cultivadores del género, y tanto más cuanto que han pretendido y logrado con notable fortuna, pintar con viveza de colorido, precisión y exactitud, nuestro medio y nuestra gente." (3)

Dice Rafael Angel de la Peña en su artículo de crítica sobre *Angelina*, ya mencionado:

(1) Blanco García, Francisco. *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, tomo 2, p. 523-524.

(2) López Portillo y Rojas, José, *ibid.*, p. 49.

(3) Galindo, Miguel, Dr., *ibid.*, p. 296.

"La rara habilidad de Delgado de producir grandes efectos artísticos con el menor número posible de elementos, es cualidad concedida sólo a maestros consumados, notables por su talento observador y su poderosa fuerza de concepción." (1)

Don Francisco Sosa, hablando de *La Calandria* se expresa así:

"Las excelencias que sobresalen y brillan en las páginas de este libro, perlas preciosas de la corona literaria de Rafael Delgado, el lector será quien, si sabe sentir y amar lo bello, las engastará en la palma que, en mi sentir, merece quien ha dotado a la literatura nacional con una obra que podemos presentar a los extraños como un testimonio de que existen en nuestro país entendidos cultivadores del género literario más en boga en los actuales tiempos." (2)

No es menos elogioso don Federico Gamboa, quien escribe:

"Con Rafael Delgado se nos ha ido uno de nuestros más aventajados pintores regionalistas, y cuenta que los tales no abundan mucho que se diga. Así, de pronto no hallo en mi memoria fuera de *La Calandria* de nuestro pobre muerto, de *La Parcela* de Pepe López Portillo y Rojas, y en cierto modo *La Bola* de Emilio Rabasa, otras obras de aquel género en el cual sin duda alguna, es príncipe y maestro don José María Pereda." (3)

El ilustre crítico e historiador don Victoriano Salado Alvarez considera a Delgado como el supremo artista de la novela nacional, y Julio Jiménez Rueda reproduce dicho elogio en su historia de la literatura mexicana. (4)

"Si se me preguntara quién de entre los artistas mexicanos posee más claramente caracterizado lo que Nietzsche llamaba la embriaguez apolínea, esto es, lo que produce la irritación del ojo otorgándole la facultad de la visión estética, contestaría que ese artista es Rafael Delgado." (5)

En un párrafo admirable de precisión Carlos González Peña nos indica los puntos en que Delgado no tiene rival:

"Como los anteriores, (Emilio Rabasa y López Portillo y Rojas) mexicanísimo, de ellos se distingue por una más delicada sensibilidad que infunde en sus páginas grato soplo de poesía; por su regionalismo y por su sentido de lo pintoresco, todavía más acentuados; y muy particularmente por sus extraordinarias facultades

(1) Peña, Rafael Angel de la, *ibid.*, *Estudio Crítico de Angelina*, México, 1894.

(2) Prólogo a *La Calandria*, Edición Pablo Franch, Orizaba, 1891.

(3) Gamboa, Federico, "Rafael Delgado" en *Revista de Revistas* junio 7. 1914.

(4) Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, p. 217.

(5) Salado Alvarez, Victoriano, *De mi cosecha*, p. 81 y en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, Año VI, N° 16. Agosto, 1903, p. 242.

descriptivas que, en cuanto a sentir a la naturaleza y reproducir, animado, palpitante, el paisaje, le colocan *en primer lugar* entre los novelistas mexicanos." (1)

Ciro B. Ceballos aclama a Delgado como el supremo regionalista mexicano:

"Nadie ha superado aquí (México) a Rafael Delgado en la novela regional. Los que lo han intentado, si bien no han fracasado, han estado muy lejos, no sólo de competir con él, pero ni aún de imitarle siquiera!" (2)

J. Ramírez Cabañas da a Delgado el primer lugar entre todos los novelistas mexicanos. Llama a Delgado uno de los pocos espíritus altos y nobilísimos de los treinta años de paz que siguieron a la caída del segundo imperio y agrega: "Creemos innegable que don Rafael Delgado ha sido el más notable de los novelistas mexicanos." (3)

El profesor don Julio Torri concuerda con el señor Rosenberg en tributar a Delgado doble supremacía; ambos le aclaman como el jefe de la novela de costumbres regionales; pero mientras Rosenberg le llama el mejor representante de la novela romántica, el profesor Torri le proclama el iniciador y supremo artista de la novela sentimental en México. A nuestra pregunta acerca del lugar que ocupa Delgado como novelista en la literatura mexicana, contestó el señor Torri: "Sin titubear yo le doy el primer lugar," y agregó que a pesar del hecho que Delgado usa deliberadamente vocablos mexicanos en la sintaxis, es siempre castísimo, y por su estilo ocupa en México el lugar que se le da a Valera en la prosa española.

Es de parecer el señor Torri que *Angelina* supera a *Marta* de Isaacs, novela que tanta fama ha llegado a alcanzar. (4)

Las anteriores declaraciones parecen darle a Delgado el primer puesto como novelista mexicano; y es muy de notar que la crítica literaria en recientes años—disipadas ya las corrientes de ideas que hacen difícil el juzgar en su justo valor la obra de un autor en vida—le es cada vez más favorable.

A pesar de esto creemos que no se le ha dado a Delgado todo lo que se merece, y que su fama ha de difundirse mucho más en años venideros. Se puede decir que hasta ahora ha sido relativamente poco conocido, aun en su propio país. El hecho tiene fácil explicación. En primer lugar, Delgado fué siempre muy modesto. Sabemos por el mismo Francisco Sosa (5) que Delgado había tenido por varios años en la gaveta de su escritorio los pliegos manuscritos de *La Calandria*, sin pensar siquiera en darlos a la imprenta.

(1) González Peña, Carlos, *ibid.*, p. 445.

(2) Ceballos, Ciro B., *Revista Moderna, Arte y Ciencia* Año 1-2, 1898-1899, México, p. 21.

(3) Ramírez Cabañas, J., *Don Rafael Delgado en Nosotros*, México, junio 1914, pp. 241-244.

(4) Entrevista personal con el autor.

(5) Prólogo a *La Calandria*, Edición Pablo Franch, Orizaba, 1891.

ta, y no fué más que a reiterados ruegos de su amigo que se decidió por fin a publicarla. Igual cosa sucedió con *Angelina* cuyos hechos acaecieron cuatro o cinco lustros antes de su publicación. El haber pasado Delgado toda su vida en la provincia es también causa de que se le haya conocido poco; y mucho más tarde de lo que se debía; de que no se haya dado a sus obras la publicidad que se merecen y también de que, mucho de lo que ha escrito esté todavía sin publicar. Bien sabido es que en México, y más que todo en el campo de las letras, quien desee alcanzar fama nacional ha de radicarse en la capital. Sabedores de ello sus amigos trataron varias veces de influir en el ánimo de Delgado para que fuese a vivir a México, donde habría tenido todas las facilidades para la impresión de sus obras. Pero todo fué inútil. Don Rafael, a quien asaltaba la morriña siempre que estaba fuera de su Pluviosilla, se resistió a todas sus invitaciones, prefiriendo la vida sencilla y solitaria a la popularidad que habría sin duda alcanzado en la capital.

Es probable que mucho de su obra está todavía por publicar, guardado en bibliotecas particulares — como la de D. Genaro García (en Austin) o en casa de amigos y favorecidos discípulos. El mismo anunció varias veces la impresión de *La Apostasia del Padre Arteaga*, que no se ha llevado a cabo todavía. El Cronista de Hogaño menciona otra novela *La Huelga* ⁽¹⁾ en preparación y en su prólogo a *Cuentos y Notas* dice nuestro autor que es su ambición, su sueño azul, publicar una novela larga, a modo de *La Parcela* de su gran amigo Don José López Portillo y Rojas:

“Algunos de estos cuentos o bocetos y otros semejantes son meros apuntes consignados en cuartillas por vía de estudio, con objeto de escribir más tarde . . . una novela en que palpiten la vida y las costumbres campesinas de esta privilegiada región; páginas en que puedas ver como aman, odian y trabajan nuestros labriegos, como viven y como alientan y se mueren; en suma, tales como son.” ⁽²⁾

Nada de esto ha salido a luz; además su novelita *Historia Vulgar* es “introuvable.”

Creemos pues que mucho de la obra de Delgado está todavía por publicar, y que algún día conseguirá mucha mayor popularidad de la que ahora tiene.

Sea lo que fuere, Delgado es aclamado hoy por la crítica literaria, en México y en nuestro país, como el mejor novelista. Dos de sus tres novelas largas hasta hoy publicadas, son reconocidas como obras maestras en su clase. Menos versátil que M. Payno; igualado tal vez por D. Florencio M. del Castillo en la delicadeza y exquisitez de los sentimientos, y acaso superado por Micrós en lo acabado de los cuadritos de costumbres, Delgado per-

(1) El Cronista de Hogaño, *Los Novelistas Mexicanos*, en *Revista de Revistas*, 31 de mayo de 1914.

(2) Delgado Rafael, *Cuentos y Notas*, en B. A. M. XLII, p. xxxviii.

manece sin rival por su estilo castísimo, sus insuperables descripciones y el conjunto armonioso de cualidades que hacen de su obra en prosa lo mejor que se ha producido hasta hoy en México.

A P E N D I C E

Reproducimos a continuación varios trabajos que hemos obtenido en diversas fuentes, entre ellos algunos inéditos o desconocidos de D. Rafael Delgado y que completan el conocimiento del autor de *La Calandria*.

UN SONETO DESCONOCIDO DE RAFAEL DELGADO

RECUERDO DE LAS AULAS

Para Rafael Delgado.

Cursábamos historia de la Literatura en el Colegio Preparatorio de Jalapa. El profesor, que lo era entonces el atildado novelista Rafael Delgado, hoy Director de la Preparatoria de Orizaba, nos refería que algún poeta del siglo de oro, había conquistado fama gracias a su facilidad para versificar, que le permitía hacer un soneto *con consonantes forzados* en menos de quince minutos. Como nosotros nos admiráramos, Rafael Delgado comentó: "Por lo demás, aquello no tenía gran mérito, y las composiciones no valían la pena."

Algún alumno, con un atrevimiento que sólo explicaba la bondad del maestro, dijo entonces:

—Pues yo creo que sí tenía mérito. ¿Haría usted un soneto con consonantes forzados en quince minutos?

Rafael Delgado se rió de la salida y contestó afirmativamente.

Entonces decidimos los alumnos hacer la prueba. Buscamos los consonantes que nos parecieron más disímbolos y forzados y los escribimos en el pizarrón.

Estos consonantes eran:

Esbelta—barca—Petrarca—suelta—delta—charca—marca—revuelta—salvaje—limbo—ramaje—corimbo—celaje—nimbo.

Rafael Delgado frunció el entrecejo y meditó unos instantes. Después se puso a dictar tranquilamente, y antes de quince minutos había escrito el siguiente bellissimo soneto:

| | |
|---|---|
| <p>Sobre las olas, lánguida y esbelta lentamente deslízase la barca y en ella boga soñador Petrarca dando a los aires la melena suelta.</p> | <p>una flámula flota, y fija, y marca linde a la ansiosa multitud revuelta.</p> |
| <p>En la enramada del vecino delta brillante flor sobre la inmensa charca</p> | <p>Y al acercarse, en el confín salvaje, de la tierra y del mar, oscuro limbo al infecto pantano y al ramaje.</p> |

de los nautas desgránase el corimbo,
yérguese el trovador, y en el celaje
irradia envuelto en victorioso nimbo.

Un aplauso atronador premió al maestro. Rafael Delgado sonreía satisfecho, diciéndonos:

—Ya ven cómo es fácil hacer un mal soneto en quince minutos.

Han pasado desde entonces varios años, seis o siete, y todavía, cuando los que éramos entonces alumnos de literatura, nos reunimos, hallamos gusto en recordar aquellos felices tiempos de la Preparatoria y aquel buen maestro que respondía a las bravatas de estudiantillos mal educados que se atrevían a retar a un profesor, con un soneto forzado escrito en un cuarto de hora, soneto del que muchos poetas se ufanarían.

JOSÉ MANUEL PUIG Y CASAUANC.

A ENRIQUE GUASP DE PERIS

(INÉDITO)

Artista! Cuando el viajero
Que deja extrañas riberas,
Y a quien aguarda impaciente
En el mar nave velera,
Dice adiós, a sus amigos
Que su partida lamentan
Y a cuyo lado ha pasado
Horas de ventura llenas,
Pude cortar una flor
Que oculta entre la maleza
Ni la columpiaba el aura
Ni el rocío le daba perlas;
Una flor pálida, triste
Sin aroma y sin esencia
Que de todos olvidada
Vegetaba en la pradera;
Y entre las hojas del libro
De sus memorias más tiernas

Como un recuerdo querido
De aquel país la conservo.

Artista, guarda esta flor
De amistad sencilla ofrenda
Que en las hojas de tu libro
Deja gratitud sincera.
Ella traerá a tu memoria
Nuestras vírgenes florestas
Nuestras risueñas montañas
Y nuestras aguas parleras.
Ella te recuerde, artista,
Que en esta bendita tierra
De sonantes platanares
Y de gemidoras ceibas,
Hay amigos que te admiran,
Y tu partida lamentan
Y al darte el último abrazo
En tu venida ya piensan.

Orizaba, Septiembre de 1878.

RAFAEL DELGADO.

(Tomado del álbum del actor don Enrique Guasp de Peris, por amabilidad de su hijo.)

Estos dos sonetos inéditos que D. Rafael Delgado compuso "cálamo corriente" como sátira muy graciosa a dos individuos muy conocidos de la localidad ésta en aquellos tiempos; el Lic. D. Salvador Trujillo el uno, profesor de la Escuela Secundaria para Varones (Antiguo Colegio Nacional), del que el mismo D. Rafael Delgado era Director (1912) y un D. Agustín Murillo el segundo, por sobrenombre "Murillote," por lo voluminoso y te-

rrible gastrónomo, a quien escribió el soneto con su personal venia, en un banquete que le dedicaron a D. Rafael sus amigos, en 1902. Dice el primero:

“Yo quiero, D. Samuel, que usted me diga,
Si es justo, decoroso y aun decente
Presentarse delante de la gente
Con ese saco de color de hormiga.
No es cosa de trabajo ni fatiga
Pasarse un peñecillo por la frente
Y domar esa selva que inclemente
Pidiéndome pomada ya me hostiga.
Dígame usted, D. Samuel, está cerrada
De su calle la vieja barbería
Donde por una chica, bien rapada,
Le dejan esa cara de alcancía,
Que por estar de cerdas erizada
Parece batallón de infantería?”

Y el segundo dice así:

“Eres voraz, infatigable, nada
Resiste tu famélica energía
Y tus hechos la misma Andalucía
Los tuviera por cosa exagerada.
Al sentarte a la mesa tu mirada
Brilla como carbunclo y sin valía
Sou para ti un torreón de carne fría
Y un baltarte de rica bacalada.
Son los tamales para ti piñones,
Un guajolote, colibrí ligero.
Y dos cuartos de toro, dos pichones:
Puedes comerte un elefante entero
Y heberte de un trago diez porrones
De aguardiente refino del Potrero.”

COLECCION DE POESIAS Y ARTICULOS DE RAFAEL DELGADO

PUBLICADOS EN EL BOLETÍN CIENTÍFICO DE LA SOCIEDAD

“SÁNCHEZ OROPEZA.”

EL BOTANICO.

I

Por el confín de enmarañado bosque
A la primera luz de la mañana
Un sabio, por la edad encanecido,
Iba afanoso colectando plantas.
Aquí y allá se detenía atento
Y en la flor o en el fruto procuraba

Hallar los indicados caracteres
 De una yerba tan bella como rara.
 No es ésta, se decía, y tras de otra
 Iba entre espinas y punzantes zarzas.
 ¡Ni ésta! ¡ni ésta tampoco! Acaso vive
 Lejos de la llanura, en la montaña.

II

Cuando llegaba el sol a medio cielo,
 Fatigado, perdida la esperanza,
 En la alta cima de empinado monte
 De su herbario las plantas revisaba.
 No es ésta, no —decía— porque tiene
 Punzante espina en su leñosa rama;
 Esta luce sus múltiples colores,
 Pero el perfume sin igual le falta.
 Y entristecido contemplaba el cielo.
 La llanura feraz, y muy lejana
 La ciudad estruendosa cuya gloria
 Y ardiente aplauso conseguir soñaba.

III

Y prosiguió subiendo entre peñascos,
 Entre cactus estériles y zarzas,
 Y a la región llegó donde la nieve
 Los picos cubre de brillante plata.
 ¡Mas todo en vano fué! Siente que el aire
 A sus pulmones fatigados falta
 Y vacilante, por quebrada senda,
 Falto de aliento a la llanura baja.

Todo el día caminó: llegó la noche
 Y a la puerta llamó de una cabaña
 Y hospedaje le dieron los labriegos
 Para seguir el viaje a la mañana.
 Ofrecióle, al partir, la campesina,
 De su huerto las flores más galanas:
 Silvestres flores cuyo grato aroma
 Perfumaba la rústica morada.
 Mas orgulloso con su ciencia el viejo
 Vió con desprecio las humildes plantas
 Y con otras cortadas en el monte
 Las arrojó revueltas en su caja.

IV

Meses después, en rico gabinete,
 Santuario de la ciencia cortesana,
 Estudiaba con otros compañeros
 Las flores en el viaje colectadas,
 Cuando de pronto un sabio dijo: ¡Eureka!

Director General de Instrucción Pública
Correspondencia particular

Guadalajara, a 22 de enero de 1913

Señor Sr. Linares

Orizaba

Muy distinguido señor:

Después de un tiempo de
dejarle un momento
dejarle un momento

de las bibliotecas que se
que las hay muy buenas
mas.

que me a la sea con
la cultura de por
ella.

Señor Sr. Linares

Rafael Delgado

Autógrafo de D. Rafael Delgado, cuando desempeñaba el puesto de Director de Instrucción Pública en Guadalajara.

He aquí, por fin, la yerba codiciada!
 Mirad, esta es la flor; pero no encuentro
 Ni las hojas, ni el fruto, ni las ramas.
 —¡Extraña flor!—¡Hermosa como el día!
 —¡A buscarla otra vez! ¡Oh suerte infausta!
 Exclamó el viejo; acaso desdeñoso
 Corté la flor y desdeñé la planta.

V

Volvió al valle y al monte, pero en vano
 Y aún al morir, con ella deliraba....
 En el valle no estaba ni en el monte....
 ¡Estaba en el jardín de la cabaña!....

Julio 25 de 1882.

A GRACIÁN MENA.

RAFAEL DELGADO.

GIL PEREZ

I

No lejos de Valdemosa
 En lo alto de una montaña,
 Se eleva feudal castillo
 De la llanura atalaya;
 Sobre la ferrada puerta
 Que al patio de honor da entrada,
 Tallado en la piedra dura
 Se mira un escudo de armas
 Que a los viajeros indica
 Ser el castillo morada
 Del conde Fernán Togores
 Señor de aquella comarca.

Apenas tiñe el Oriente
 Con suaves tintas de nácar
 El nuevo sol que despunta
 De entre las salobres aguas,
 Y ya en lo alto de la torre
 Que del homenaje llaman
 Una bandera flamea
 A las matutinas auras.
 De pronto se alza el rastrillo
 Y por la puerta almenada
 Al eco de las trompetas
 Que tocan marcial sonata,
 De dos en dos y en corceles
 Que el freno indómito tascan,
 Aparecen cien jinetes
 Cubiertos de acero y mallas;

Del sol naciente los rayos
 Hacen centellear las lanzas
 Y el estandarte del Conde,
 Destrozado en mil campañas,
 Empuña el paje Gil Pérez,
 El de apostura gallarda,
 El de los cabellos de oro,
 El de la ardiente mirada;
 Detrás del paje el señor
 Lentamente cabalgaba.
 Sofrenando la impaciencia
 De briosa yegua africana;
 Su coraza damasquina
 Atraviesa roja banda
 Y sobre el dorado yelmo
 Se agitan tres plumas, blancas
 Como su barba de nieve
 Que noblemente contrasta
 Con su semblante tostado
 Por el sol de las batallas;
 Su frente en un tiempo altiva
 Hoy parece doblegada
 Más que al peso del almete
 A las tormentas del alma,
 Porque el Conde, casi anciano,
 Casóse con doña Blanca
 Cuando apenas la doncella
 Dieciocho abriles contaba,
 Sintiendo como un mancebo

De amor la férvida llama,
 Amor que el pecho no siente,
 De la gentil castellana;
 Que mal se avienen las rosas
 Que Primavera derrama
 De Otoño con las tristezas,
 De Invierno con las escarchas.....
 Tendióse por la llanura
 La guerrera cabalgata
 Y el Conde, torciendo el freno
 A la yegua que montaba,
 Dirigió el adiós postrero
 A la hermosa Doña Blanca,
 Que en un calado ajimez
 Muda, temblorosa y pálida,

Fijaba su vista ansiosa
 En Gil Pérez, que al mirarla,
 Llevóse al pecho la diestra
 Sobre la férrea coraza,
 Como queriendo decirle:
 "Aquí te llevo en el alma!"

Y entre una nube de polvo,
 Trasponiendo la montaña
 Perdióse entre los pinares
 El Conde en pos de sus lanzas;
 Perdiéronse, y mientras tanto,
 En la morisca ventana,
 Llena de amarga congoja
 Rompió a llorar Doña Blanca.

II

Don García de Toledo
 rige la hueste española,
 que en Africa sueña altiva
 pedir renombre a la historia.
 La innúmera y fuerte escuadra,
 bravas y lucidas tropas
 arroja, como un torrente,
 en las playas arenosas
 bajo el abrasado rayo
 de aquella cálida zona;
 no más ardiente que el ansia
 de conquistar nuevas glorias.
 La morisca, apercebida
 a defender patria y honra,
 tendida espera en batalla
 el resonar de la trompa.
 Del sol los vivos reflejos
 se quiebran en las garzotas
 en los blancos alquiceles,
 en las cimitarras combas,
 en las ricas armaduras,
 en las toledanas hojas,
 en las banderas de Cristo,
 en la enseña de Mahoma.

Aquellas razas soberbias
 antiguos odios evocan
 nacidos en Guadalete,
 crecidos en Covadonga.
 De Tarif y de Pelayo
 las nunca aplacadas sombras
 irritan en los dos campos
 la mutua sed de victoria
 El recuerdo de Granada
 aún vive en la gente mora,

y en el cristiano aún alienta
 doña Isabel la Católica.

Estalla de los clarines
 la marcial y aguda nota
 y suenan los atabales
 con voz destemplada y ronca.
 A este punto éntambas huestes,
 con fragor que el cielo asorda
 y hace retemblar la tierra,
 a lid y muerte se arrojan:
 allí los tercios invictos
 en las campañas de Europa;
 allí los rudos corsarios
 peste y terror de las costas.
 —¡Alá! —¡Santiago y España!
 claman con voz estentórea
 los combatientes, y el eco
 lleva este grito a la flota
 que, dando al viento las velas
 y al mar las tajantes proras,
 vomita hierro y estrago
 sobre las infieles hordas.
 Estallan los arcabuces;
 lanza la ballesta pronta
 mil dardos que, con el humo,
 entenebrecen la atmósfera.
 Se precipita el avance
 y la distancia se acorta,
 y los fieros lidiadores
 con la vista se devoran;
 ya se cruzan los mandobles
 con las cimitarras moras,

ya los guerreros corceles
 con rudo empuje se chocan;
 ya las mazas y las picas
 no permanecen ociosas,
 ya se alza la Media-Luna
 frente a la Cruz redentora;
 ya vuelan en mil pedazos
 cimeras, petos y golas,
 alquiceles y turbantes,
 adargas, plumas y cotas;
 ya el genio de la matanza
 sus fieros golpes redobla,
 y saltan por mil heridas
 torrentes de sangre roja.
 Siega el disputado campo
 la muerte dominadora,
 y alcanza, quien cae sin vida,
 de los héroes la corona.
 Siete horas de cruenta lucha
 valor ni constancia agotan,
 bajo ese sol africano
 que ya el Poniente colora,
 hasta que, al fin, el alarde,
 como desangrada leona
 que aun reta brava y rugiente
 al cazador que la acosa,
 palmo a palmo se retira,
 y con prevista maniobra
 gana su campo, y da frente
 tras de sus defensas sólidas.
 —¡Sus! ¡Al asalto!— Es el grito
 que al aire lanzan mil bocas,
 y el ejército cristiano,
 con rapidez impetuosa,
 tres veces avanza airado
 como gigantesca ola,
 y otras tres el agareno
 le resiste como roca.

En este apurado trance
 un caballero de nota,
 a juzgar por la armadura
 que defiende su persona,
 —*¡Adelante mi mesnada,
 que el no morir es deshonor!*—
 A los suyos, que le cercan,
 grita con voz tronadora.
 Y empuñando un estandarte,
 aguija su yegua briosa
 y parte a escape, seguido
 de aquella mesnada heroica.
 Casi junto a él se ve un paje

cuya cabellera blonda,
 roto el acerado yelmo,
 en rizos mil se desborda.
 Lleva a sus ardientes labios
 con expresión amorosa
 blanco lienzo, tal vez prenda
 de quien el alma le roba.
 Lanza al cielo una mirada,
 como quien ayuda implora,
 y requiere de la silla
 el hacha de armas, filosa.
 Ya, entretanto, el caballero
 las fuertes defensas toca,
 entre una nube de dardos
 que en su coraza se embotan.
 Con la rienda entre los dientes,
 espada en mano, y en la otra
 levantando el estandarte
 que a sus valientes convoca,
 hinca la espuela a su yegua,
 que salta como una corza,
 cayendo, randa centella,
 sobre la morisma absorta.
 Su acero vibrante esgrime,
 y con furia asoladora,
 terrífico cual la muerte.
aquí mata, allá destroza.
 La turba infiel se revuelve
 con su número le aboga,
 y el filo de una gumía
 la noble yegua destronca.
 A pie firme el caballero
 el nuevo peligro afronta,
 al punto que su mesnada,
 con la fuerza de una tromba
 llevando a su frente al paje,
 aquel de melena blonda,
 a botes y cuchilladas
 parte en la refriega toma.

Un fiero tajo del yelmo
 las férreas lazadas corta,
 y el paladín invencible
 muestra su frente animosa,
 su cabeza, que el invierno
 con sus escarchas corona
 y su mirada profunda,
 candente y dominadora
 De un alfanje damasquino,
 relampagueante la hoja,
 sobre la inerme cabeza
 va a abatirse, cuando rota,

se encuentra la chusma impía,
 que al noble guerrero agobia.
 Por la fuerza incontrastable
 del corcel que el paje doma.
 En las manos del mancebo
 gira el hacha destructora,
 todo en derredor hundiendo,
 de sangre, hasta el mango roja.
 Los moros, desconcertados
 por la hazaña valerosa,
 cejan un punto, entretanto
 que mesnaderos y tropas,
 siguiendo tan alto ejemplo
 ambicionando tal gloria,
 cierrán con férvido empuje
 sobre los hijos de Mahoma,
 que, al ver entrado su campo,
 se pronuncian en derrota,
 huyendo por todas partes
 ante la hueste española.....

Del sol ya ocultan el disco
 las mediterráneas ondas;
 y a sus últimos reflejos
 que color de sangre toman,
 don García de Toledo,
 por hacer al paje honra,
 lo arma, al punto, caballero
 sobre el campo de victoria.
 y luego, el pendón invicto
 que la Santa Cruz blasona,
 pone en su mano, diciéndole
 con voz firme y poderosa:
*"mancebo de tal jornada
 mucha preza y honor le tocan;
 del moro en el roto adarve
 la sacra insignia tremola."*

Triste declina la tarde
 y al poniente nubes negras
 velan del sol moribundo
 las clarinadas postreras.
 Viento arrasante las frondas
 y los caminos orea,
 y a lo lejos va la lluvia
 como en pos de la tormenta.
 Tímida y amedrentada
 del murallón en las grietas,
 su cuello de nieve asoma
 la paloma entre las hierbas.

La empuña el doncel bizarro.
 Mostrando la faz radiosa
 y clava el asta ferrada
 y el lienzo en los aires flota;
 mas, a este tiempo, silbando
 perdida flecha traidora,
 hiere en la garganta al paje,
 y a mares su sangre brota.
 Como una palma altanera
 que el cierzo iracundo troucha,
 al pie del pendón de España
 el infeliz se desploma: -
 —Blanca! . . . suspira su labio;
 los ojos al cielo torna;
 —Adiós! . . . murmura el anciano;
 y su vida se evapora.
 . . . Ya nublan cielos y tierra
 las crepusculares sombras;
 ya se extienden los ropajes
 de la tiniebla incolora;
 de la reina de la noche
 la cándida faz asoma
 y sus primeros reflejos,
 con luz pálida y medrosa,
 iluminando la escena.
 como lámpara mortuoria,
 bañan, con tristeza augusta
 que viva al alma impresionada,
 la figura de un anciano
 que suspira, gime y ora
 junto al cuerpo de un valiente
 de larga guedeja blanca,
 que duerme el último sueño
 de esta vida transitoria
 bajo la inmortal enseña
 del Santo Mártir del Gólgota.

III

Y el castillo de Togores
 empavesado y de fiesta,
 más que celebrar victorias
 parece llorar tristezas.
 Es de mirar el contraste
 que el viejo alcázar presenta,
 frente al nublado horizonte
 y la llanura desierta.
 Pesadas flotan en lo alto
 adamasadas banderas,
 y en barandas y ajimeces
 húmedos tapices cuelgan

Mientras en patios y explanada
 en confusión pintoresca
 se mezclan pajes y monjes,
 grandes, arqueros y dueñas,
 aquí en el patio murmuran,
 allí en el puente comentan
 desastres de la morisma
 y de Castilla proezas.
 Allá, bajo las arcadas,
 en corro que el vino alegra,
 atezados mesnaderos
 sus aventuras recuerdan.
 Allá dueña melindrosa,
 tan agria como indiscreta,
 celos terribles del Conde
 a los arqueros revela.
 En su camarín dorado
 doña Blanca gime y reza;
 palomica quejumbrosa
 que desventuras espera.
 Y en sus salones el Conde,
 tigre que amor encadena,
 baña sus frescos laureles
 con llanto que el rostro quema,
 cual suele huracán terrible
 arrasando la floresta,
 tomar en muerte y estrago
 bellezas de Primavera;
 así la noble morada
 apercebida a la fiesta,
 en vez de zambra y saraos
 tiene recelo y tristeza.

Hasta en su mismo furor
 sublime por la grandeza,
 el Conde con lento paso

en el camarín penetra.
 Como la tímida corza
 que hambriento león acecha,
 la infelice castellana
 al ver a su esposo tiembla.
 Y con voz dulce y sentida,
 que más que reñir requiebra,
 así dice cariñoso
 trémulo de amor al verla:
 —“Señora, cuando mañana
 el nuevo sol aparezca,
 camino de un monasterio
 estaréis ya; tras sus rejas
 llorad si llanto tenéis,
 vivid en paz si se encuentra
 paz en la triste memoria
 de un amante y de una ofensa.
 Yo también sayal humilde
 voy a vestir, y una celda
 abrigo dará a mi llanto
 a mi amor y a mi vergüenza.
 Vivid en paz; mas sabed
 que en mi soledad austera
 os amaré mientras viva,
 y el sol de vuestra belleza
 dará luz con sus fulgores
 hasta el fin a mi existencia.”

Al despuntar de la aurora,
 que valles y monte alegra
 con el cantar de las aves
 que a la mañana celebran,
 dos cortejos del castillo
 rumbo contrario se alejan.....
 Dos vidas van a morir
 para el mundo en una celda.

Orizaba.—1881.

Romance en colaboración con el distinguido poeta yucateco Ramón Aldana. Conviene advertir que la primera parte fué escrita en colaboración; la segunda pertenece al señor Aldana y la tercera parte al autor de estas líneas. (Nota de D. Rafael Delgado.)

EN LA NOCHE

En medio del silencio de la noche,
 En mi tranquila estancia
 Sentí entre las cortinas de mi lecho
 Pasar tu sombra blanca;

Y ofrecerte, temblando, de rodillas,
 Mi amor y mi esperanza.
 Pero no más la sombra de mi lecho
 Ví en la pared cercana,

| | |
|------------------------------------|--------------------------------------|
| Y dulce y misteriosa como el canto | Y al apagar mi lámpara oí sólo |
| Del céfiro en las cañas, | El roce de tu falda |
| Creí escuchar tu voz que conmovida | ¿Era que en ese instante, cariñosa, |
| Mi nombre pronunciaba. | Volando, en mí pensabas? |
| Me levanté anhelante para verte | ¿O tu alma, libre de terrestre lazo, |
| Y escuchar tus palabras, | Vino a buscar a mi alma? |

RAFAEL DELGADO.

A LA CRUZ DE FIERRO DE LA CUMBRE DEL
CERRO DEL BORREGO.

En la cumbre del Cerro del Borrego, que está al occidente de la ciudad de Orizaba y en donde aconteció la derrota de González Ortega por los franceses, éstos colocaron una cruz de fierro, como señal de paz y redención. Un soldado del ejército expedicionario francés grabó en la peana de esa cruz, la inscripción siguiente:

“Se inauguró este signo de paz el 15 de agosto de 1862. ¿Quiera el cielo que sea respetada y se salve de los ultrajes del tiempo y del furor de los partidos!”

El tiempo y los hombres borraron dicha inscripción y sobre ella, substituyéndola, escribió Rafael Delgado el siguiente soneto:

“¡Enseña de perdón, cruz protectora,
Sobre campos de muerte levantada,
De una vida inmortal prenda sagrada,
Alzate de los siglos vencedora!

Si eres de la tormenta destructora
Y del fuego celeste respetada
¿Seráslo acaso de la tumba airada
Que niega a Cristo y su bondad no implora?

Así, depuesto el victorioso acero,
Al enclavarte con piadosa mano,
Supo pedirlo a Dios soldado austero.

Y aquí serás, contra el orgullo humano,
Signo de eterna paz para el guerrero,
de Eterna salvación para el cristiano.

RAFAEL DELGADO

1889.

DON RAFAEL DELGADO.

PUBLICADO EN "REVISTA DE REVISTAS", MEXICO.

Un nombre que evocé en el cementerio de una ciudad provinciana. Una cruz que era un poema de melancolía, en el crepúsculo amoroso, un amigo junto a mí sabedor de mis ideales y de mis aficiones. . . .

He ahí toda la causa de este que he pretendido sea un artículo.

El nombre de don Rafael Delgado, representante de la Literatura Nacional de este país, comparable a aquel Pereda de la Madre Patria por su regionalismo al escribir y su puro sabor castizo, me fué conocido hace mucho tiempo, cuando apenas me iniciaba yo en las lides del pensamiento, en las que para mí eran por aquel entonces mis primicias literarias, y en que me asombraban los cielos del Anáhuac, recién llegado a los fértiles parajes de América.

Fuí un admirador suyo; me embébi leyendo su "Angelina", "La Calandria" y otra novela poco conocida del público que denominó "Los Parientes Ricos."

Además, un soneto publicado en una antología de poetas nacionales, seleccionada por un bardo también mexicano. don Adalberto A. Esteva, un soneto que había de la era, del campo ameno, de la égloga magnífica me sugestionó; y fijé mi atención en aquel que, según sabía de antemano, era un laureado poeta que había conquistado merecidos lauros en su carrera de artista.

El soneto decía:

"Todo lo enerva la pesada siesta,
en el maizal el céfiro reposa,
y busca la cerúlea mariposa
el húmedo frescor de la floresta.

Cesa el petardo de atronar el viento,
acalla el campanario su alegría
en el fondo del valle soñoliento
y, repitiendo va la serranía,
el són del tamboril, pausado y lento
y el llorar de la triste chirimía.

Al acabar la campesina fiesta
que en regocijo popular rebosa,
toda la gente en procesión piadosa
sube y traspone la empinada cuesta.

◎◎◎◎◎◎◎

Canción de mi tierra y de esta, a de aquella en que soñé tantas y tantas ilusiones, de la "Pluviosilla" de la "aguas alegres" que fué en cierto día refugio de mis intranquilidades, donde logré paz como clamó ha tiempo el bardo costeño.

De este mismo modo como el de que emanan sus obras de novela comprendí al escritor, y hacia él fué mi devoción de soñador y contemplador de la literatura de estos sitios.

Desde luego, como lo he dicho de antemano le encontré una gran similitud con el autor de "Sotilezza"; para mí, espiritualmente fueron uno prógenitor del otro, tal vez psíquicamente eran hermanos gemelos.

Leyendo a uno, tenía que recordar forzosamente al "otro."

Y así fué como me preció de haber comprendido al escritor de mi asunto.

Su vida, lástima es; se desarrolla en el silencio meditativo de la provincia; parece que tuvo miedo a la vorágine de la gran urbe, y la capital siempre se resintió, de la ausencia del que prometía mejores augurios al cultivo de las letras patrias.

O fué como dijo hace ya años un decepcionado de la vida literaria, creyendo, como los hermanos Goncourt, que "la Gloria es una calavera dorada."

Por eso se replegó en su soledad, alejado de la vida tumultuosa y agitada del mar literario, que sólo se halla en centros capitalinos.

Y, en esta tarde de mi observación contemplativa y sentimental, al divagar por el silencioso camposanto, en compañía del amigo del alma que sabe de mis inquietudes, miro, cómo una vida que debió ser aún más gloriosa, yace en la taciturnidad melancólica del alejamiento y del olvido.

Esto, he pensado, no es justicia; y no es que yo considere que la gloria de un hombre de valía deba ser hecha a base de mármoles de Paros, No.

Si siento en el alma, la trascendencia que para el que observa tiene este signo, este símbolo de olvido.....

Mi amigo me ha explicado:

¿Sabes quién erigió esa cruz pálida a la memoria del novelista?

¿Sabes quién grabó esas toscas iniciales en esa cruz?

—Un pobre hombre que fué conserje de la Escuela Preparatoria y que a pesar de su condición supo aquilatar los méritos del desaparecido.

He sonreído con decepción: Comento: ¿Es posible?

La intelectualidad, no sólo de Orizaba sino de todo el Estado y además aquella en que fué conocido hasta la intimidad el mentor de la juventud, debería haber dado muestras de recordación hacia el que para prez de la literatura, escribiera sin ambiciones bastardas, sino como un propagador de la Belleza y la Moral, obras artísticas cual las que apenas si hoy por hoy, se encuentran en las exiguas bibliotecas de los verdaderos devotos de entidades representativas del alma de un país.

El cielo de la tarde se ensombrece en mis recordaciones y la contemplación del paisaje que ya parece llorar sobre el panteón; densos nubarrones cuelgan sus cendales sobre el vecino cerro de "Escamela," y en mi interior siento como una revelación a las condiciones de la Humanidad.

Por la memoria pasa una visión nocturna de hace años, cuando mi pluma viril y joven se iniciaba en la senda de la vida mental, y cuando en uno de esos sitios propios para pasar las primeras horas de la noche en una ciudad mística como Orizaba, junto a un cristal pleno de cerveza, escuchaba la voz pausada, lenta, pero atenta a la corrección del idioma, del maestro.

Yo no fuí de los que le oyeron en la cátedra, yo no asistía a aquellas conferencias de estética y moral sustentadas en la Escuela Preparatoria de aquella ciudad, pero le escuché ex-cátedra, y me enseñó el buen camino que conduce: siquiera sea a la estimación de los que nos conocen.

De ahí se afirmó mi admiración devota.

Y hoy, que adivino los estragos de la naturaleza en aquel cuerpo que conocí en la plenitud de su vida, me conduelo; me ataca una rebeldía que se intensifica al comparar ciertas "glorias" hechas artificialmente y aceptadas en el mundo de los vivos, "porque sí".

Desde luego, mi primer pensamiento es trazar una recordación, un "in memoriam" al que fué leal amigo, bondadoso maestro de una juventud que lo olvida.

Hay una pléyade de soñadores que han sido sus discípulos; unos, profesionistas, otros que han dirigido sus actividades a otro género de energías.
¿Nadie lo recuerda?

Nadie recuerda ya aquel soneto improvisado que en menos de quince minutos fué escrito en una cátedra en el Colegio Preparatorio de Jalapa y que un amigo suyo, seis o siete años después, refirió en las páginas del "Progreso Latino", periódico que veía la luz en esta capital.

Y es de sentirse, por tantas cosas . . . que sólo una obra de un individuo de la clase de un conserje haya puesto, él sólo, y grabado unas iniciales como para recordar a otros un deber.

En el panteón parecen rondar sombras de aparecidos.

Los mausoleos se levantan como manifestaciones de vida y de verdad.

La tarde se derrumba.

La ciudad de "las aguas alegres" se entristece.

Todo, bien visto, es ironía.

JOSÉ DE VELÁZQUEZ.

México, septiembre de 1923.

DON RAFAEL DELGADO.

(De "La Patria" del 23 de octubre de 1910.)

Por José C. Ramírez.

¡CUÁNTA alegría para el corazón cuando llega a nosotros el recuerdo de aquellos individuos a quienes hemos querido de verdad, con quien nuestro espíritu ha comulgado y para quienes tenemos grandes sentimientos de gratitud!

Analizar una obra —digo varias— de aquellas que me han dado los primeros sorbos, que me ha encaminado a través de la vida intelectual, sería cosa que para nosotros traería grandísimas dificultades.

Mas hemos aquí frente al MAESTRO, frente al ARTISTA y frente al AMIGO.

El *Maestro* y el *Amigo*, dos términos que se unen, dos palabras de alta y grandísima significación que nos dicen ¡ACLÁMALO!

El MAESTRO, el hombre que nos guía, el hombre que forma los sentimientos del saber humano, que nos lleva poco a poco, que nos encamina,

nos aconseja y nos muestra con la clarividencia de su experiencia propia y adquirida, todo lo que hay de malo para apartarnos del sendero atascado de ciego, que nos enseña los primeros principios y nos conduce en los liminares de la vida enseñándonos la naturaleza, mostrándonos sus riquezas, sus bellezas y sus encantos, sus paisajes sombríos, sus horas crepusculares y el maravilloso encantamiento de sus apacibles e inductibles horas de plenilunio.....

El AMIGO, otra palabra grandiosa que nos dice del individuo algo de trascendental significación que no pudiéramos claramente expresar, porque el amigo de verdad es el hermano que nos mira sufrir y nos ayuda, es el que aconseja también: ve el mal que se acerca, ve el abismo que se presenta y de éstos nos aleja.

He aquí pues las dos palabras unidas y definidas, honrad al "*maestro amigo*", al ser que nos quiere y nos trasmite su intelectualidad y su saber.

¡El ARTISTA! ¿Cómo pudiéramos definir esta palabra más significativa, más excepcionalmente expresiva que nos presenta al hombre que canta, que traduce, que simboliza la naturaleza en todas sus manifestaciones inimitables y grandiosas?

No. Analizar a Rafael Delgado desde el punto de vista artístico sería tanto como iniciar una labor inmensa, una labor grandiosa y delicada que mi pluma humildísima no llegaría jamás a realizar.

Don Rafael Delgado, el *maestro*, y el artista, es conocido de todos los intelectuales mexicanos, él es el poeta que canta la naturaleza en sus distintas formas, es el psicólogo que en "*La Calandria*", "*Angelina*" y "*Los Parientes Ricos*" analiza a la sociedad, el individuo, y es el artista que, en su tomo de "*Cuentos*" nos deleita con sus frases delicadísimas, con su espíritu galante, su estudio, su reflexión profunda y su detallada observación.

Tal vez para nuestros escritores de actualidad "el clásico" no sea gustado y quizás el "afiligranado novelista" ría, ya que el Arte sigue su rumbo y va ¡y cuántas cosas inconcebibles e inesperadas vemos surgir que alambican y adulteran el idioma del Manco de Lepanto!

*
* *

Pero hay que confesarlo. Mañana es día de días de Don Rafael, como cariñosamente llamábamos al *maestro*, al *amigo* y al *artista* de quien grandes recuerdos cruzan en este momento por mi mente, añorando las conferencias que en el regio salón del Colegio Preparatorio de Xalapa-Enríquez nos dió a nosotros los pequeños, los que atravesamos por aquellas aulas tan artísticamente decoradas.

Mañana es su onomástico. Mañana recordará el amor ferviente con que todos nosotros nos llegábamos a felicitarlo y mañana tal vez, aunque sea una añoranza vaga, como leve paloma que se escapa.....

Que estas líneas lleven al *maestro* el recuerdo de sus discípulos que co-

mo siempre le quieren, todo lo que más puede esperarse y anhelarse para un individuo semejante.

¡Qué sea feliz el clásico escritor de Pluviosilla!

RIMA

Al mirarme llorar, con dulce acento,
me dijiste: "No más."
Y arrebataste de mi mano trémula
la copa en que mi pena quise ahogar.
Pobre mujer! ¿Quién eras? Flor del vicio
y gala del prostíbulo fatal.
Gracias, mil gracias por tu santo anhelo,
gracias por tu cariño y tu piedad.

RAFAEL DELGADO.

COMO CONOCI A RAFAEL DELGADO

Por Habacuc C. Martín.

Llovía pertinazmente aquella tarde —una del invierno de mil novecientos nueve—, cuando, dispuesto a ir a visitar a Rafael Delgado, a la sazón Rector del Colegio Preparatorio de Orizaba —hoy Escuela Secundaria— salí de la redacción del diario en que trabajaba y valientemente me eché a la calle. Y como arreciaba la lluvia, levanté el cuello del impermeable que me cubría y me calé el sombrero sobre los ojos.

Al caminar sobre la acera empapada por la lluvia, pensando en el maestro que no conocía, pero cuyos libros había leído, recordé su obra novelística fina y bella: pasaron por mi mente, como por una pantalla de cinematógrafo, los mejores pasajes de "La Calandria", y ví como —al evocarlos— la observación que Delgado había trasladado al papel, con fidelidad, tipos, costumbres y paisajes de Orizaba, —ese Orizaba de la época en que él escribiera y que quedaba estereotipado para siempre en sus páginas, después de pasar hecho forma, color, belleza y vida a través de su delicadísimo temperamento de artista literario. El recuerdo de "Angelina" y "Los Prientes Ricos", también puso en mi mente la visión de vida y paisaje que el maestro aprisionara en su retina; y tal cual de sus cuentos —quizá lo mejor de la obra de Delgado— me hicieron ver qué cantidad de vida supo encerrar la pluma del donoso prosista en sus "nouvelles" de columna y media.

Avancé rápidamente por varias calles, siempre bajo el molesto azote de la lluvia, a pesar de los aleros; doblé una esquina, y de pronto, víme frente al templo del Calvario. Caminé unos metros más, y a poco, me encontraba en el zaguán del Colegio del que Rafael Delgado era Rector.

Me hice anunciar con el maestro, y luego fuí introducido al patio principal del Colegio. Allí había como una treintena de estudiantes: unos, formando diversos grupos, otros diseminados. Algunos charlaban y reían y otros leían sus libros. En uno de los ángulos del patio aquel, varios profesores rodeaban al poeta Francisco López Carvajal y mostraban regocijo en sus semblantes: probablemente les contaba alguno de sus picantes chascarrillos. En el fondo del patio, hablando con un escolar, había un hombre de buena complexión, de color blanco rosado y que mostraba, sobre su amplia frente, varios surcos formados por las arrugas. Ese es don Rafael Delgado-se me dijo.

Saludé al maestro, que frisaba ya en los cincuenta y seis años y departimos, aunque brevemente, sobre literatura. Era el tema obligado tratándose de un literato, y más como aquél, que había consagrado la mayor parte de su vida al cultivo de las bellas letras.

No recuerdo cómo la conversación, llevada con acrobática agilidad por el maestro, recayó sobre las nuevas corrientes literarias. Y de manera súbita, como una subterránea vena de agua que de pronto sorprende un barreno, saltó en la charla aquella, enturbiándola un tanto, el sectarismo literario de Delgado. Hombre criado a pechos de la clásica literatura castellana, intransigente de suyo con modas literarias que no derivarán del siglo de oro de las letras españolas, arremetió contra las nuevas escuelas, englobándolas injustamente en un término depresivo: "decadentismo". Y contra el "decadentismo" tronó la palabra del maestro, que a pesar de ser siempre reposada, adquiría a veces sonoridades de clarín y súbitos arrebatos de ira. Era aquello una especie de batalla dada a una modalidad literaria que nada me interesaba, y batalla que yo no había provocado. La insólita arremetida del maestro me causó sorpresa, y ésta se tornó en disgusto, cuando Delgado, como reasumiendo todo lo expuesto por él, con su peculiar manera de hablar y arrojando al suelo un cigarro del que no había fumado más que la mitad —genialidad del maestro,— me dijo con desdén:

—Todo eso no vale nada. Son crónicas de Urbina

Hubo un silencio. El maestro se mesó con la mano regordeta los cabellos castaño-oscuros, ya ralos en la frente, donde se insinuaba la calvicie. Encendió otro cigarro. Después, roto el silencio, cambiamos otras palabras, y dándonos la mano, nos despedimos.

Nunca más volvimos a conversar Rafael Delgado y yo. Al verlo cruzar por las calles, con paso breve y contoneando el cuerpo, nos hicimos a las veces algún saludo. En el maestro quedaba probablemente el recuerdo de aquella entrevista: en mí —lo confieso con pena—, quedaba un rencor para él. ¿Porque me hubiera sentido lastimado por su ataque al «decadentismo»? No: máxime que yo siempre condené el «decadentismo». Entonces, ¿fué por esa despectiva manera de tratar al «viejecito» Urbina, como queriendo, de una sola plumada, opacar sus innegables méritos como poeta y como prosista? Bien pudiera ser. Pero es el caso que en esa fugaz entrevista creí encontrar en Delgado un mucho de injusticia y un poco de petulancia.

Pasaron los años; murió el maestro; leí nuevamente su obra en prosa, de manera serena y concienzuda, y hurgando entre colecciones de viejos periódicos, me dí cuenta de su bella, vasta y valiosa producción poética. Pude, tranquilamente, darme cuenta de cuán brillante poeta era, y me asombré de que sólo se le considerara como uno de los primeros, o quizás, el primero de los prosistas mexicanos.

Ese conocimiento y el asombro que me produjera ver cómo se desconocía uno de los aspectos más valiosos de su personalidad literaria, hicieron surgir en mi alma cariño y admiración para el Rafael Delgado que causó en mí el rencorcillo de que hablo. . . .

Y en el fondo de mi conciencia cundieron entonces un resplandor y un perfume, como que ese cariño y esa admiración equivalían a una reconciliación entre el maestro y yo, después de la muerte!

BIBLIOGRAFIA

I

1. OBRAS DE RAFAEL DELGADO.

El amor a los libros, Conversaciones Literarias, Orizaba, Imprenta del Hospicio, 1886.

Angelina, 1ª Ed., Orizaba, Pablo Franch, 1893.

—2ª Ed., México, Antigua Imprenta de Eduardo Murguía, 1895.

—3ª Ed., *Colección de Escritores Americanos*, t. XI, dirigida por V. G. Calderón, Barcelona, (sin fecha).

Antes de la Boda, monólogo estrenado por doña Josefina Duclos de Figueroa, en el Teatro Llave de Orizaba, la noche del 19 de noviembre de 1885, Orizaba, Oficina Tipográfica de Manuel Castro Limón, 1900.

—En el *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 18, noviembre 15 de 1885, Orizaba, pp. 11-19.

—En *El Tiempo*, t. IV, Núm. 715, Enero 3, de 1886.

"El Caballerango", en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. II, Núm. 2, (1899), pp. 36-39.

La Calandria, 1ª Ed., en *La Revista Nacional de Letras y Ciencias*, t. III, pp. 58, 112, 145, 236, 294, 349, 441, 466 y 556.

—2ª Ed., Orizaba, Pablo Franch, 1891.

—3ª Ed., México, Biblos, Tipografía de José Ballena, (1916).

Cuentas y Notas, Biblioteca de Autores Mexicanos, t. XLII, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1902.

"Discurso" pronunciado en la distribución de premios de los alumnos de

- los establecimientos de enseñanza, verificada la noche del 1º de mayo de 1886. *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 21, (1886) pp. 1-8.
- "Epílogo", en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. I, Núm. 3 (1898), pp. 33-35.
- "La Gata", en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. I, Núm. 3, (1899), pp. 75-78.
- Historia Vulgar*, Biblioteca de *El País*, Tipografía de la Compañía Editorial Católica, 1904.
- Lecciones de Literatura, Estilo y Composición*, parte I, Jalapa, Imprenta del gobierno del Estado, 1904.
- "Margarita" en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. 4, Núm. 24, (1901) pp. 282-284.
- "La Noche Triste", en *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, t. 2, (1889), pp. 353-359.
- Los Parientes Ricos*, Biblioteca de Autores Mexicanos, t. XLVII, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, 1903.
- "El Quijote", Discurso pronunciado en el Teatro Llave de Orizaba. *Sociedad Sánchez Oropeza, Tercer Aniversario Secular de la publicación del Quijote*, Orizaba, 1905.
- "Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, La Verdad Sospechosa", en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, Año II, t. 3, Núm. 4, (Febrero de 1900), pp. 66-69.
- "Shakespeare, Hamlet", en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*. Año II, t. 3, Núm. 4. (Febrero de 1900), pp. 50-51.
- "¡Toroooo!!!", en *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, t. I, (1889), pp. 313-322.

2. POESIA.

- "A la Raza Latina," en *El Imparcial*, México, 25 de Mayo, 1914.
- En el *Parnaso Mexicano*, Barcelona, Casa Maucci, t. 1, 1910, pp. 92-96.
- "Al Sr. D. Victoriano Agüeros, De la «María» de Jorge Isaacs," en *El Tiempo*, Ed. Literaria, (México, 1883), p. 399.
- "A México," en *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 16, pp. 14-19.
- "A Ricardo Domínguez," en *El Tiempo*, Ed. Literaria (México, 1883), p. 399.
- "A Río Blanco," en el *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 2 (Orizaba, 1886) p. 17.
- "El Botánico," en el *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 1, (Orizaba, 1884), pp. 6-8.
- "Canto Nupcial," en *ibid.*, Núm. 17, pp. 10-12.
- "La Cruz de Hierro," en *Antología de Poetas Mexicanos*, 2ª Ed., México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1894, p. 238.
- "En el Jardín," en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. I Núm. 6, (1898), pp. 84-90.

- En el *Parnaso Mexicano*, Barcelona, casa Maucci, 1910, t. I, pág. 91.
- “Escamela,” en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. VI, Núm. 9, (1903), p. 136.
- “La Fuente de Zoquilán Viejo,” en *Parnaso Mexicano*, Barcelona, Casa Maucci, 1910, t. I, p. 97.
- “Gil Pérez,” en *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I (1885), Núm. 3, pp. 15-18, Núm. 4, pp. 10-17, Núm. 6, pp. 8-11.
- “Ocaso,” en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. III, Núm. 18, (1900), p. 288.
- “Ojo de Agua,” en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. VI, Núm. 9 (1903), p. 136.
- “Ojozarco,” en *Antología de Poetas Mexicanos*, 2ª Ed., México, 1894, t. I, p. 236.
- En *El Renacimiento, Periódico Literario*, Segunda época, t. III (1894), p. 397.
- “Palmas,” en *Antología de Poetas Mexicanos*, 2ª Ed., México, 1893, t. I, p. 232.
- “El río de Tlilapan,” en *Parnaso Mexicano*, Barcelona, Casa Maucci, 1910, t. I, p. 98.
- “Rosas pálidas,” en *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 5, (1886), pp. 19-22.
- “El Salto de Barrio Nuevo,” en *Parnaso Mexicano*, Barcelona, 1910, t. I, p. 96.
- “El Salto de Tuxpango,” en *Lecturas Amenas de autores mexicanos*, México, García Gutiérrez, Jesús, p. 53.
- En *Antología de Poetas Mexicanos*, 2ª Ed., México, 1894, p. 237.
- “Te Deum Laudamus,” *Corona Literaria*, México, Imprenta Francisco Díaz de León, 1889, pp. 123-127.
- “*****,” en *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza*, t. I, Núm. 10 (1885), p. 12.
- “.....?,” en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, t. III, Núm. 10, p. 147.

II

HISTORIAS Y CRÍTICA LITERARIAS

- Blanco García, P. F., *Historia de la Literatura Española, en el Siglo XIX*, t. II y III, Madrid, 1898.
- Castillo Ledón, Luis, *Orígenes de la Novela en México*, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. Época 4ª, Tomo I, Mayo y Junio, 1922, pp. 203-208.
- Ceballos, Ciro, B., *Seis Apologías, Rafael Delgado*, en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, México, Año I, t. I (1898), pp. 20-23.
- Coëster, Alfred, *The Literary History of Spanish America*, New York, 1921.

- El Cronista de Hogaño, *Los Novelistas Mexicanos*, Don Rafael Delgado, en *Revista de Revistas*, Mayo 31 de 1914.
- Enciclopedia Universal Ilustrada, Europeo Americana* t. 38, p. 1322.
- Galindo, Miguel, *Apuntes para la historia de la literatura mexicana*, Colima, 1925.
- Gamboa, Federico, *La Novela Mexicana*, México, 1914.
- Rafael Delgado, en *Revista de Revistas*, Junio 7 de 1914.
- García Calderón, V., Prólogo a Angelina, en *Colección de escritores Americanos*, t. XI, Barcelona, Maucci, 1910.
- García Icazbalceta, F. Monterde, Introducción a *Bibliografía de novelistas mexicanos de J. B. Iguñiz*, México, 1925.
- González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1928.
- Iguñiz, J. B., *Bibliografía de novelistas mexicanos*, México, 1910.
- Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1928.
- López Portillo y Rojas, J., *La novela, Breve ensayo*, México, 1906.
- Moreno Cora, Silvestre, "La Calandria," en *Obras de Silvestre Moreno Cora*, B. A. M., t. xxxii, México, 1901.
- Ortiz de Montellano, B., *Antología de Cuentos mexicanos*, México.
- Peña, Rafael Angel de la, *Estudio crítico de Angelina*, México, 1894.
- Ibid.*, en *Renacimiento*, t. III, 1894, pp. 129-132
- Peredo, Rafael, C. "Breve Nota Bibliográfica sobre el maestro Delgado", en *La Prensa*, Orizaba 1º de Mayo de 1927.
- Ramírez Cabañas, J., "Don Rafael Delgado", en *Nosotros, Revista de Arte y Educación*, México, Junio de 1914, pp. 241-244.
- Rosenberg, S. I. Millard, "La Prosa Mexicana", en *Hispania* Vol. XIII, (1930), pp. 7-20.
- Salado Alvarez, V., *De mi cosecha, estudios de crítica*, Guadalajara, Imprenta Ancira y Hno., 1899.
- "Don Rafael Delgado", en *Revista Moderna, Arte y Ciencia*, Año VI, Núm. 16, Agosto de 1903, pp. 241-244.
- Sosa, Francisco, "Prólogo" a *Cuentos y Notas de Rafael Delgado*, B. A. M., t. XLII, México, 1902.
- Viramontes, Leonardo, S., *La Novela en México y el realismo en el Arte*, México, 1909.

III

MANUSCRITOS

- Ing. Enrique Zepeda, al escritor, Jalapa, Junio, 1930, 2 pp. En posesión del escritor.
- Al escritor, Orizaba, Julio 22 de 1930, 5 pp. En posesión del escritor.